

Jessica Acuña Neira

OLAS DE BARRO

OLAS DE BARRO

Crónicas de una tragedia

Jessica Acuña Neira

editorial
alicante azul

editorial
alicante azul



OLAS DE BARRO

Crónicas de una tragedia

JESSICA ACUÑA NEIRA



Libro financiado por el aporte del Consejo
Nacional de la Cultura y las Artes.
FONDART Regional, 2016



Olas de Barro

Crónicas de una tragedia

Jessica Acuña Neira

Registro de propiedad intelectual N° A-275826

ISBN: 978-956-9724-05-3

Edición: Cristian Muñoz López

Diseño: Ricardo Inostroza

Fotos de portada: Christian Palma

Editorial Alicanto Azul

Diciembre del 2016, Copiapó

Prohibida su reproducción sin autorización de la editorial

*A mi hijo Eduardo Tapia Acuña.
A mi hijos Bruno Tapia y Mara Muñoz,
que vivieron esta catástrofe.
A todas las víctimas y personas que
sufrieron por el aluvión en Atacama.*

Introducción

Este libro de crónicas surgió de la necesidad de rescatar distintas historias vividas durante el aluvión del 25 M del 2015 en Atacama, para que no se las llevara el barro, y quedaran conservadas en esta edición. Como dijo Juan Radrigán, los libros son porfiados. A veces están años arrumados, polvorientos, incluso escondidos en un baúl o en una pila listos para ir a la basura y de pronto reviven en las manos de alguien que los descubre y les vuelve a dar significado.

Tomé algunas opciones al recopilar y hacer el trabajo de escribir. Me interesaba la experiencia humana, las historias contadas por quienes las vivieron, desde abajo, no desde las instituciones o los expertos. Así se armó, ineludiblemente aparecieron algunas que por su tragedia se fueron imponiendo. Ojalá registrarlas valga también como un homenaje que de alguna manera ayude a aliviar el dolor que han significado. Algunos creemos que escribirlas puede ayudar a que no se repitan, que exponer el dolor, el sufrimiento, las injusticias, hace que como sociedad seamos más conscientes de ellas y quienes están en posiciones de tomar decisiones o de poder, las tomen en cuenta desde nuevas miradas. Es parte de la esperanza que anima este trabajo.

Otra opción fue hacer lo posible por rescatar el habla de cada personaje, a pesar de que al tratarse de un texto escrito fue inevitable seguir algunas de sus reglas y editar, con mucho respeto, en un intento porque la forma particular en que cada persona usa esta lengua mestiza continuara viva en sus líneas.

Así, el resultado es una historia coral donde las diversas voces conforman una historia mayor. En algunas crónicas, escribí directamente los testimonios, en otros, incluí una narración que los intermedia. Pero en ambos casos creo que la realidad contada es tan potente que se impone sin problemas.

La metodología empleada en las siguientes páginas, fue la realidad vista por algunas de las personas entrevistadas. Absolutamente nada es ficción, incluso los diálogos que aparecen fueron recordados por los propios entrevistados. El resultado fue posible gracias a largas horas de conversaciones grabadas, reuniones grupales, transcripciones, y luego la construcción de las crónicas que pongo en sus manos. Pero antes de todo, de mucha investigación en terreno, buscando las historias, conversando, siguiendo un dato, consiguiendo un teléfono o una dirección. Revisando imágenes de medios de comunicación o redes sociales. Me hubiera gustado que todas las personas que me ayudaron, me guiaron, me confiaron sus vivencias hubieran quedado en el libro, pero hubo una selección que dejó fuera a algunos y algunas por motivos de espacio.

Seguí el único límite que Martín Caparrós indica a este género “no escribimos ficción. Establecemos un compromiso con el lector, le prometemos que vamos a contar sucesos reales lo más honestamente que podamos. Lo que te voy a contar es lo que me parece que es cierto”. Así, sin tampoco creer ser dueña de ninguna verdad absoluta.

Dicen que las experiencias límites sacan lo mejor y lo peor del ser humano y algo de eso también encontrarán en los actos y las reflexiones de este libro. En lo personal, como a muchos, me impactó la capacidad de solidarizar, el heroísmo que brotó en muchas personas, el dejar atrás el individualismo por aquellos días y meses, que tanto prima como paradigma en nuestra sociedad. También la sorpresa, para mi formación positivista, de que aparecieron en mi investigación al menos tres personas que soñaron hechos similares al aluvión días antes de que

ocurriera, lo que para Carl Jung sería más bien una obviedad. En su biografía, relata que él y otros más soñaron con imágenes que les anunciaban el baño de sangre que vendría con la segunda guerra mundial.

Invité a algunos escritores y periodistas de la zona a aportar con sus voces, los que, en mi opinión, enriquecen absolutamente esta edición y les doy las gracias por su generosidad.

A modo de agradecimiento, a los fondos concursables de la Región de Atacama del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, que creyeron en mi propuesta y la financiaron, a las presidentas de las juntas de vecinos de Llanos Cuatro Katherine Araya; Los Llanos, Viviana Aranda; y sector central de Paipote, Norma González. A la concejala Rosa Ahumada, a la Fundación Ser Humano, en especial a Constanza Holzapfel, a mi editor Cristian Muñoz, y a Ricardo Inostroza por su trabajo, a mi hijo Bruno Tapia por su lectura atenta y sugerencias, a Sonia Flores y Christian Palma, por el desprendimiento de ambos con sus fotografías.

Voces de barro

Campamento La Campana

San Antonio, Valle de Copiapó

Claudia Contreras

“Yo vengo de Arica, llevo siete años trabajando aquí, en el Valle de Copiapó ya que en mi ciudad no hay trabajo, el que hay es muy mal pagado y no alcanza ni para sobrevivir. Dejo a mis hijos y vengo por largas temporadas acá y vuelvo a Arica un mes, después para acá por un par de meses más.

Lo que pasó la noche del aluvión fue prácticamente algo de película. No podía creer lo que estaba viviendo. En Arica no llueve. No hay truenos, relámpagos, nada. Estaba muy inquieta por la lluvia, era demasiado, más que la noche anterior, era como que nosotras estábamos dentro del cielo. Yo me levantaba a cada rato a ver qué sucedía. En eso escucho un ruido, que venía no sabía de dónde, salí a asomarme nuevamente.

—Vistámonos, porque este ruido no es normal, chiquillas —les dije a mis compañeras de la pieza y empecé a despertarlas— levántense, porque algo va a pasar.

Me vestí, fui al baño, cuando iba llegando vi entrar agua limpia, venía del campamento de los hombres, se atravesó en mi camino. Escuché gritos desde allá, y ese ruido pero mucho más grande. Venía un *container* con gente arriba, explotó el baño, salió todo, fuertemente, era como una ola de mar. Así entró el barro destruyendo todo. Lo único que hice fue correr y despertar a mis compañeras de las otras piezas.

—Levántense, levántense, se viene el barro, levántense.

Y en eso vi que venían más *containers* destrozando las piezas. Mis compañeras empezaron a salir, no entendían lo que pasaba, estaba todo oscuro, no sabíamos para dónde arrancar, en la desesperación tratamos de subir por las paredes pero no

se podía, alguna subía al techo de un *container*. Fue todo muy rápido, nos quedamos todas aprisionadas, en la zona de emergencia, no pudimos salir porque el cierre perimetral estaba cerrado con rejas como de dos metros, y arriba había alambres de púas. Traté de subir el muro que daba al hostel y me caí, muy fuerte, pero no sentí el dolor yo creo que con la desesperación, la adrenalina, no sé. Volví a intentarlo y logré subir.

Cuando iba subiendo miré hacia atrás y estaba todo destruido, el barro llevándose a mis compañeras, rezaban, gritaban, lloraban, suplicaban, trataban de subir las rejas, era un horror, yo salté hacia el otro lado y allí había una cabaña de cemento, busqué la escalera, la señora pensó que me quería meter a robar, y no la pesqué no más y la subí, había gente en el hostel, parece que mineros, subimos todos arriba y desde allí vimos el panorama completo, escuchamos los gritos, presenciamos pasar los *containers*, y el barro alrededor de nosotros.

En ese momento pensé que me iba a morir, sinceramente, se me pasó toda mi vida por la cabeza, mis hijos. No tenía miedo de la muerte, sí del sufrimiento que iban a sentir mis hijos si yo no estaba, como iban a salir adelante solos, sin mí.

Después de eso escuché muchos gritos, también yo grité a mis compañeras a ver si alguna me respondía por ahí, sus nombres, algunas me contestaban por allí, otras por allá, estaban todas lejos, dispersas.

En eso se vino otro alud. Escuché otro ruido y gritos de todos, y no escuché a nadie más. Grité, grité y grité y nadie me respondía, pensé que todas habían muerto. No lo podía creer, antes de esto decía no creo en Dios, pero esa noche rezaba, le suplicaba que nos ayudara, que no podíamos morir así. Habían unas compañeras que estaban conmigo ahí en el techo, me abrazaban, me decían ‘no me deji’s sola, y nos tratábamos de cobijar y darnos fuerza.

A las siete de la mañana nos fueron a rescatar, estuvimos toda la noche mojándonos, con hipotermia, arriba de esa caba-

ña. Vi a uno de los campamenteros de la empresa caminar por entre el barro buscando a la gente. Él estaba muy limpio, muy tranquilo, fumándose un cigarro, como viendo el panorama.

Vi salir a mis compañeras del barro como zombis, cuando el muro cayó y las arrastró a todas hacia el otro lado, gracias a Dios que no alcanzaron a llegar hasta el río, porque las hubieran venido a arrastrar hasta Tierra Amarilla o Copiapó.

En la mañana llegamos a la carretera donde había una fogata y no estaban las compañeras, volví a pensar que estaban muertas. De repente empezaron a llegar unas bajando del cerro, otras debajo de los parrones, a otras las traían en brazos, gente con los huesos afuera, brazos quebrados, personas cojeando, traían camillas improvisadas y otros compañeros que fueron a rescatar a personas, gente del pueblo, niños y mujeres, que el barro había arrastrado. También a nuestros jefes, mis propios compañeros los sacaron del barro, les salvaron la vida y ahora desmienten todo.

Eran como las diez de la mañana y seguía lloviendo, teníamos que arrancar porque nos dijeron que venía el tranque, intentamos subir el cerro, pero estaba todo embarrado, apenas pudimos subir cuando vimos que venía otra vez el barro bajando, y volvimos todas a bajar corriendo, desesperadas mis compañeras tratando de subirse a cosas altas, árboles, parrones. Yo iba corriendo y como estaba todo embarrado me caí en un hoyo de los que estaban construyendo para poner estos tubos de desaladora de agua que hay en toda la orilla de la carretera, y desaparecí en esa zanja, y cuando salí a flote le rogaba a la gente que iba corriendo que por favor me ayudaran. Y nadie lo hacía, todos huían y yo no podía salir porque mientras más me trataba de afirmar en las paredes el barro se iba desarmando y más me iba quedando enterrada. No sé qué persona habrá sido, pero alguien tiró mi mano y me sacó de un tirón, y seguí corriendo, tratando de subir otro cerro pero ya era tanto el cansancio que no podía más.

—Bárbara, ya no puedo más —le dije a una compañera.

—No. Tenemos que seguir no más —y me tiraba.

En eso el peso del barro era tanto que me tuve que sacar la ropa y seguir corriendo así y subir el cerro. Y ahí nos quedamos hasta que paró la lluvia y se tranquilizó todo. Teníamos hipotermia, porque estuvimos toda la noche así. Estaban los jefes, asustados, igual que nosotras, o más, por lo que nos había sucedido.

El marido andaba buscando a Sandy, la compañera peruana que estaba embarazada.

—¿Han visto a Sandy? —preguntaba a todas.

Dos de mis compañeras le dijeron que la vieron morir, aplastada en la pieza con los camarotes, fue atravesada por unos fierros, la compañera era de terreno, yo no tenía comunicación con ella, pero la ubicaba, teníamos otro horario de trabajo. A ella la encontraron después muerta, 50 kms abajo de donde estábamos.

La empresa no hizo nada por nosotros, no teníamos un botiquín para primeros auxilios y habían muchos heridos, los jefes no hicieron nada, nuestros propios compañeros nos fueron a rescatar, nos bañaron, nos vistieron, nos llevaron a comer, ellos se organizaron e hicieron cuadrillas unos para buscar alimentos, otros para curar a las personas. Había una compañera que sabía primeros auxilios, ella con su marido limpiaron y entablillaron.

Los helicópteros de la empresa que llegaron estuvieron no más de cinco minutos y se iban, sólo llegaban a dar instrucciones, no fueron a dejarnos comida, ni medicinas, llevaron heridos sólo la primera vez. Nos dejaron unos bidones con agua y se fueron.

Estuvimos como tres días allí, de terror, no dormíamos, nos quedábamos arriba de los árboles, hacíamos una fogata, para estar alerta porque el refugio estaba al lado de un cerro, tam-

bién ahí cayó un alud pero gracias a Dios se desvió hacia los lados, y no les pasó nada.

Eran muchos días y no nos rescataban, no sabíamos nada de los jefes, así que nuestros compañeros formaron otra cuadrilla para ir a buscar ayuda a Copiapó para que nos vinieran a rescatar. Se levantaron muy temprano y caminaron y llegaron a la planta de Nantonco que es de la empresa de Frutícola Atacama, y se encontraron con la tv, los entrevistaron y ellos hablaron todo lo que había pasado, de la gente que estábamos ahí, como 400 personas de los campamentos, creo que por eso la empresa en ese minuto subió a buscarnos.

Cuando llegaron las camionetas lo primero que hicieron fue sacar a las mujeres de Capilla, cuando llegamos a Nantoco, fueron súper fríos con nosotras.

—¿Ustedes vienen de Capilla?

—Sí.

—Ya.

Andábamos trayendo puesto lo que pudimos de otros compañeros. Nos dieron ropa, nos vestimos, y afuera estaban todos los buses. Mientras íbamos terminando de comer nos subíamos, y nos dijeron que de ahí nos llevaban a Santiago.

—Pero cómo me voy a ir a Santiago, yo soy de Arica —le dije.

—Es que no hay camino para allá —me respondió.

Lo único que quería era salir del valle, así que me fui a Santiago. Nos dijo “van a pasar por La Serena, les van a dar una colación y \$50.000”. Llegamos con los buses allá, tuvimos que hacer unas tremendas colas, nos entregaron la plata y la colación, llegamos a Santiago y nos dejaron en el terminal y se fueron. Y hasta ahí no más tuvimos contacto con la empresa. Nunca nos llamaron para saber cómo estábamos, si necesitábamos sicólogo, médico, nada. Sólo nos ubicaron sus representantes diciéndonos que querían que cobráramos el finiquito que habían \$500.000 más de indemnización para que firmáramos, y muchos lo hicieron porque necesitaban la plata.

Cuando llegué a Arica me llegó una carta de la empresa desvinculándome, y yo me sentí súper pisoteada, hasta el día de hoy tengo impotencia, rabia, mucha pena, yo trabajé mucho tiempo para ellos, fui una de sus mejores trabajadoras, y así me trataron”.

El 90 por ciento de la localidad de San Antonio fue arrasada, el aluvión dejó siete muertos y un número indeterminado de heridos y no se registra cifra de desaparecidos. Claudia Contreras narró esta experiencia al Tribunal Ético de Anamuri sobre lo que vivió en el campamento La Campana, de San Antonio, de la Frutícola Atacama.

Mi vecina la defensa

Quebrada Paipote, calle Candelaria Goyenechea

Jeimy González Apablaza

“Vivimos en esta casa mi papá, mi mamá, mi hermano, yo y mi hijo. Somos de la cuarta región, del interior, hemos vivido temporales, por eso era algo novedoso que lloviera, así, tan fuerte, con truenos y relámpagos, algo bonito. El día antes del aluvión fuimos a mirar, como todos decían que iba a bajar el Río Copiapó. Nosotros llegamos hace 25 años, y no lo alcanzamos a conocer, porque se secó, así que estuvimos esperando pero nunca apareció, nos aburrimos y nos vinimos a casa. Hasta ese instante, corría algo de agua por la quebrada, llovió fuerte en la noche y nosotros nos acostamos, para mi papá era un fenómeno tan lindo que se quedó hasta tarde viendo llover. A las dos de la mañana se fue a acostar.

Como a las cuatro de la madrugada, desperté porque sentía un ruido muy fuerte, parecía que se movía la casa, vivimos al lado de la quebrada, no tenemos nada que nos divida, corrí un poquito la cortina, miré por la ventana y me sorprendió que había gente tomando fotos a esa hora, bajé la vista y el agua venía encima de la defensa, ya se estaba por desbordar. Bajé corriendo.

—Va a quedar la embarrá —le dije a mi papá.

—Vamos a ver —me dijo.

Se levantó, se vistió y salimos a mirar. Teníamos una reja hacia allá, miramos por abajo, el agua venía encima. Salimos a ver más de cerca, y pasó una camioneta flotando, ductos de alcantarillado, neumáticos de camiones, pura basura. Mi papá tenía una arrendataria, le golpeamos la puerta para que despertara, porque estaba en más riesgo que nosotros. Se levantó la señora.

—Ya —dijo mi papá— arreglen sus cosas que nos vamos.

Empezamos a echar ropa a unas maletas y él fue a avisarle a los vecinos. Salió gritando, muchas casas no tenían rejas así que golpeaba directamente la puerta. Llegó hasta la mitad de la calle Candelaria Goyenechea y se tuvo que devolver porque el agua venía hacia arriba. Fue cuando se tapó el puente, el agua empezó a rebalsarse. Entonces no alcanzó a llegar a la junta, porque él iba a buscar a un amigo que tiene un camión, nosotros llevamos tres años acá, eran todos los muebles nuevos, su idea era llevarlos. Cuando volvió, yo había sacado la camioneta, estábamos todos arriba, el agua ya venía por la calle, se había desbordado en el badén, y ahí en la esquina, en Rómulo Mandiola, venía de vuelta. Aceleré y el caudal empezó a venirse. Eso fue a las 4:30 de la madrugada.

Nos fuimos donde mi hermana, que vive en los Llanos de Ollantay, en el último callejón, al frente de las parcelas de Ghiglino. Era tipo cinco de la mañana, y nosotros golpeándole a mi hermana y ella no nos abría, por la hora... Cuando por fin abrió se asustó, no sabía qué había pasado y le contamos, y empezaron a llegar mis tías, que viven en los Llanos uno en calle Ticsa, en las primeras casas que se construyeron. Mi tía llegó con sus vecinos, habían más de cincuenta personas en la casa, que es chiquitita, sirviendo café, porque llovía. No paraba.

A las once de la mañana, cuando ya se desbordó todo, llegó el agua donde mi hermana. Era como un río, los vecinos, sabes, se miraban y no atinaban a hacer nada. Nosotros teníamos los vehículos estacionados afuera, en la calle y cómo apareció con tanta fuerza el agua, se movían. Había al frente de la calle un cerco con malla y mucha basura, mi papá dijo que nos consiguiéramos palas, chuzos, algo para romper el muro para que el agua se fuera hacia esas parcelas porque obvio que las personas tienen todo asegurado. Un caballero nos preguntaba ¿qué van a hacer? Y nosotros le dijimos y él echó a andar un camión con pluma y agarró la malla y la arrancó. Y ahí se fue toda el agua hacia allá. Si no, todas esas casas se hubieran inundado.

Durante la tarde, la última vez que mi papá vino a ver la casa junto con mi cuñado, no pudo meterse, ya el agua estaba como hasta los hombros, todo lleno de barro. Mi papá nos llamó.

—Nos vamos a ir a dormir al cerro, porque esto si sigue va a ser para grande —nos dijo. Eran las seis de la tarde.

Como pudimos armamos mochilas, lo que alcanzamos a llevar para los niños chicos, y subimos. Estábamos arriba, en el cerro, la gente gritaba mucho, se escuchaba horrible el ruido del agua, las piedras, se oía con más claridad en la noche. Mi cuñado estaba ahí con mi hermana. Y tengo otra hermana que no alcanzó a subir, porque tiene un bebé, mi cuñado nos llevaba thermo, ropa, cosas para comer, y nos dijo ‘voy a ir a buscar a Cynthia’, así se llama mi hermana, y vuelvo, y él bajó, en ese instante la gente empezó a gritar que se había desbordado completa la quebrada. Entonces nosotros con desesperación llamábamos, hasta que nos pudimos comunicar con mi hermana, y ella nos dijo que gracias a Dios allí no había pasado nada, los vecinos cerraron todos los pasajes y no ingresó el agua. Dormimos una noche en el cerro, fue tormentoso. Teníamos una radio a pilas que escuchábamos y toda la gente alarmaba, y decían también que se iba desbordar el Río Salado, cosa que ya había pasado temprano.

Mi esposo lo tengo en Ovalle, me comuniqué con él gracias a Dios, cuando me fui de mi casa, lo llamé por teléfono y él le avisó a mi suegro, que estaba cerca del cuerpo de Bomberos, con una cuñada. Mi suegro llamó a mi compadre, para avisarle lo que estaba pasando, porque tampoco se habían dado cuenta y gracias a eso, se salvaron. Mi compadre vive en 21 de mayo con Arturo Prat, la calle que sigue a ésta, donde estamos. Y tenían a la abuelita acá en Candelaria Goyenechea al fondo y alcanzaron a sacarla con el agua hasta la cintura. Entonces gracias a esa cadena que se hizo se logró salvar gente.

Llegamos completamente mojados al cerro. Salimos a las seis de la tarde, estaba oscureciendo, nos costó subir porque

con niños chicos, más bolsos, frazadas, llevábamos dos carpas pequeñas y éramos once personas. Hicimos dormir en las carpas a los puros niños. A mi cuñado habían ido a verlo sus papás, que no les pasó nada, ellos vivían cerca del colegio de Paipote por ese lado de la línea hacia allá y cruzaron, y su hija también. Y cuando intentaron volver no pudieron porque la pasarela se había ido. Entonces tuvieron que subir a dormir al cerro con nosotros. Se nos perdió el perro, un rotweiler mestizo, y desapareció como a las cuatro de la mañana y el papá de mi cuñado también, pero él andaba buscando leña para tratar de hacer fuego para abrigarnos. Como estaba todo mojado, agarraba un poquito, una llama pequeña y se apagaba. El perro, a la mañana, llegó embarrado entero y mi papá dijo ‘se fue a dormir a la casa’.

Nosotros somos muy católicos, cuando nos fuimos de acá mi papá le encomendó la casa a sus papás, y después cuando estábamos en el cerro lloró mucho, porque la construimos gracias al sacrificio de nosotros. Él conversaba y lloraba, era un sentimiento grande que tenía, a mi me daba pena, entonces me di la valentía y le dije:

—A ver, papá, no llores más, porque gracias a Dios usted tiene dos casas y plata ahorrada, hay gente que perdió todo, no tiene nada de qué echar mano. Por lo menos nosotros, no hemos perdido el trabajo, tienes a toda tu familia bien, viva, y vamos a salir adelante, como siempre lo hemos hecho.

Ahí se contuvo y ya no lloró tanto. Cuando aclaró, caminó con mi mamá, y los papás de mi cuñado, hacia el cerro, pero bien hacia arriba, a una planicie y vio la casa y ahí lloró, pero de emoción, porque estaba en pie. Ahí bajamos.

—Si está el poste es porque está la camioneta —le dije a mi mamá mientras bajábamos.

El poste se encontraba intacto al lado de los dos vehículos. Llegamos donde mi hermana y le ayudamos a limpiar, porque igual se le había entrado el agua, y en la tarde nos metimos

donde mi otra hermana, que no le había pasado nada, en Las Brisas. Mi papá desapareció. Había ido a ver la casa y se devolvía, estuvo así como dos días, casi. Como el cuarto día no volvió, y mi mamá al llegar la noche se preocupó tanto que le dijo a mi hermano, que tiene dieciocho años, que la acompañara, como pudieron llegaron hasta la casa, perdieron zapatos, ropa, todo, estaba el barro todo el primer piso hasta la mitad, pero más agua que barro, porque se rompió un vidrio y afuera era todo barro, mucho lodo. En el segundo piso estaban todos los dormitorios, en el primer piso hay sólo uno, el de mis papás, entonces mi papá usaba la ropa de mi esposo, y mi mamá la mía, y así lo hicimos, le pasamos también ropa a los vecinos que perdieron todo. Mi papá ya no se fue. Yo dejaba a mi hijo con mi hermana y venía a dejarles el agüita caliente, el pancito, la comida.

Mis papás se consiguieron una escalera con unos vecinos, la pusieron en el balcón, entonces subían y entraban por ahí, a este living no se podían meter porque estaba lleno de barro. Yo me entraba y pasaba derecho porque arriba en la defensa estaba despejado, el agua se desbordó pero no se rompió la defensa, entonces estaba todo el barro encima, así como una planicie, en el medio estaba todo húmedo y arriba seco. Ellos almorzaban atrás de la casa, al aire libre.

Yo me seguí quedando donde mi hermana, porque la humedad de la casa le iba a hacer mal a mi niño. Una noche, mi mamá me llamó y me dijo que fuera a buscar a mi hermano porque estábamos con toque de queda y no había llegado. Él pololea con una niña de los Llanos de Ollantay, y crucé, embarrada entera, a buscarlo. Cuando venía de vuelta, en la sede comunitaria grande, habían hartos milicos, me causó curiosidad, y fui con la intención de decirles que vinieran hacer rondas por acá, porque estaban entrando a robar y mis papás estaban solos, y mi papá es muy arrebatado, le podía pasar cualquier desgracia.

Y salió un hombre.

—Buenas tardes, ¿Qué necesita? ¿Ropa, agua, comida?

—No —le contesté yo— lo que necesito es que ustedes, si tú me dices que eres autoridad —porque era Domingo Rifo— vayas donde está la cagada. Porque aquí la gente está bien, pero dónde está lo realmente mal ustedes como autoridad ni siquiera han ido a visitar —con esas palabras se lo dije.

Me dio su tarjeta y me dijo que al otro día, lo llamara o fuera a verlo para ir al lugar que yo le decía. Lo llamé a las nueve de la mañana, estaba todavía en la intendencia, me pidió que lo esperara un ratito, me quedé en la sede hasta que llegó, incluso tenían un plano grande donde estaban trabajando con las zonas críticas, y me dice:

—Aquí en el plano, identifícame cuál es el sector.

Y se lo mostré y no había ido nadie. Y me lo traje, nos tratamos de meter con Domingo por todas las calles hasta que llegamos, le pedí a mi mamá que tratara de reunir a toda la gente que pudiera, porque hablaríamos con alguien de las autoridades. Y comenzamos a conversar, después vino la Ministra de Desarrollo Social, que también nos ofreció ayuda, un camión, pero teníamos que tener un sector donde dejarla y no había calles, estaban colapsadas con barro. Entonces como Avenida Vergara se encontraba habilitada y contaban con una junta de vecinos, ahí quedó el camión. Gente de acá se ofreció para ir a entregar las cosas, pero en vista de que no funcionó, porque a veces la gente es muy aprovechadora, entonces Domingo me dijo que me hiciera cargo de mi sector, me di el tiempo de anotar casa por casa, así tuve un catastro de todas las personas, cuando él me dijo que iban a tratar de abrir un centro de acopio en mi casa, acá teníamos lleno de barro, y justo llegaron familiares de Viña a ayudar, traían mercadería, y mi papá había salido donde un amigo para ver cómo podíamos limpiar, porque tampoco podíamos meter máquinas y se encontró con un amigo que venía de Vicuña, de El Tambo, y le traía un camión

con ayuda, pero era para nuestra familia. Como pudo se metió hasta esta calle y la gente nos ayudaba, porque no teníamos como entrarlas, teníamos todo amontonado. Y el otro día me llamó Domingo Rifo en la mañana y me dijo si podía ir a su sector, fui, y estaba el Alcalde de Santa Cruz.

Y andaba con su casco blanco, le pasó plata a mi mamá, \$60.000 que no se los quería recibir, pero él le dijo que a ella le servía más que a él en ese momento.

—Te voy a ayudar con tu sector —me dijo— no te prometo altiro, pero voy a volver. ¿Qué necesitas en este momento?

—Que limpien las calles, para nosotros poder limpiar la casa y ayudar a la gente —porque la ayuda que nos había traído el amigo de mi papá podíamos entregarla a varias personas.

Él habló con Sacyr que estaba limpiando la quebrada, y metió máquinas, en dos horas estaba despejada la calle. La empresa nos ofreció ingresar máquinas adentro de mi casa. No quisimos, porque si pudiste darte cuenta tenemos todo con cerámica, y una máquina iba a destrozar todo.

Como había llegado familia, aprovechamos a mi suegro, y a limpiar. Tirábamos la carretilla y la máquina pasaba y sacaba el barro. En la tarde ya teníamos despejado. Al otro día en la mañana, Domingo Rifo mandó ayuda de la Gobernación y bajo ese catastro que tenía la empezamos a entregar. Mucha ayuda. Todo muy organizado.

Después el Alcalde de Santa Cruz me llamó y me dijo:

—¿Puedes buscarme donde aterrizar un helicóptero? —yo quedé plop, porque no sabía qué hacer.

—No, no tengo idea.

—Ya, no te preocupes.

Y al ratito empezó a volar el helicóptero aquí encima, y aterrizó en la defensa. Y las personas se juntaron de la nada, pero un millar de personas, parecían hormiguitas. Venía Chilevisión con él, nos ofreció ayuda, quería a todo Paipote, pero no se podía, las juntas de vecinos en vez de ser unidas se dividen en

una catástrofe, eso no debería pasar. Al ratito llegó un camión gigante, con acoplado, muchas cosas, le dimos a más de 600 familias acá en Paipote. Empecé a entregar primero a la gente de mi sector que tenía en el catastro, ellos traían un saquito y se les echaba la mercadería. Había gente incluso de Copiapó que nunca le había pasado nada, o del sector de Rahue, venían a pedirme cosas, para mí era una estupidez compartir con personas que no les había pasado nada. Esta gente era la que necesitaba.

Después conversé con don Williams, le dije que había gente del otro sector de Paipote que realmente necesitaba ‘usted sabe’ me dijo y entonces llamé y le pedí a las presidentas y tesoreras que me trajeran la lista con cada integrante de la familia, la dirección y el número de teléfono y así le empezamos a entregar ayuda a los que de verdad necesitaban.

Gracias a eso llegó Desafío Levantemos Chile, él mismo los trajo. Cuando llegaron, me preguntaron si quería trabajar con ellos, bajo mi catastro de las personas registradas, les dije que sí. En primera instancia íbamos a ayudar a un triángulo que era Candelaria Goyenecha, Caupolicán y ese pedacito entre Los Carrera y Rómulo Mandiola. Eran poquitas casas, ellos pensaban que eran más. Cuando empezamos a trabajar con planos, no, les dije, porque acá hay instalación de empresa, empezamos a descartar y así pudimos ayudar a más familias, a casi toda la calle Caupolicán. Gente que tenía casitas de barro, que perdieron todo. Las casas no se limpiaron, las demolimos, con Desafío tuvimos que hacer un documento de autorización, tratamos de que salvaran lo que más pudieran. Por fuera algunas se veían bien, pero tú golpeabas un poquito el cemento y adentro el adobe estaba húmedo, si las dejabas así podía venir un temblor y se iban a caer y ahí sí que iban a sufrir daños mayores, podían haber pérdidas fatales. Había casas que se podían reparar, y se hizo. Las casas nuevas se entregaron amobladas completas, lo único que no entregamos fueron

lavadoras. Era llegar, instalarse y dormir. Las queríamos dar con título de dominio, se ingresó una carpeta en la Dirección de Obras Municipal, tenemos que esperar que levanten esta zona de riesgo, pero todo lo va a dictar el trabajo de Obras Hidráulicas, teniendo el estudio de mitigación listo estas carpetas se firman y se entregan a las personas.

Nosotros perdimos muebles, ahí teníamos un *rack*, era nuevo, pero se abrió por la humedad. El living era nuevo, mi mamá se dio el tiempo de lavarlo, a hidropresión, lo barnizamos, el refrigerador estaba de espalda, mi cuñado lo limpió, lo lavó, y recuperó todo el computador del refrigerador. Nosotros acá adentro no ocupamos, porque como somos del campo nos gusta tomar tecito al aire libre, con brasitas, todo en familia, súper grande, mi mamá tiene nueve hermanos, y tenemos siete que viven en la zona, con toda su familia. Acá se celebran cumpleaños, bautizos, porque es el terreno más grande.

Afuera teníamos sillas y mi papá tenía todas sus herramientas de trabajo y se las llevó el agua. Yo tenía mis máquinas, soy modista, todas se fueron por el agua y máquinas de ejercicio nuevas porque con mis hermanas íbamos a poner un gimnasio. Perdimos todo, pero nos hemos estado levantando de a poquito.

A pesar que fue una tragedia tan grande, lo que pasó, al final fue algo tan bonito. A mí me gusta la ranchera campesina, escuchaba a todo chanco, entonces la gente especulaba que nosotros vendíamos drogas, porque afuera se juntaban muchos vehículos, de toda la familia, mis tíos han trabajado, se han sacado la mugre, siempre está la envidia, en todas partes. Ahora la gente nos conoció, conversan y lloran cuando nos agradecen porque nunca habían tenido una familia así. Después que pasó el aluvión me fui a Ovalle una semana, con mi pareja que es de allá, a descansar, y cuando volví en septiembre vi que estaba muy desorganizado, desunido, como que recibieron sus casas y nada más, chao, cada uno viendo lo suyo y no me gustó. Le

dije a mi mamá ¿por qué no formamos un comité con la misma gente que le ayudamos? Hicimos una reunión, todas aceptaron, antes de la Navidad hicimos un plato único, juntamos plata, le pedimos que inscribieran a dos nietos por familia, porque como es puro adulto mayor, se les hizo regalos, bolsas de dulces y les hicimos una tarde recreativa con juegos y un chico que canta, Henry, y en la noche una cenaailable. Para el día de la mamá, lo mismo.

Si las juntas de vecinos fueran más organizadas sería muy lindo. Nosotros no habíamos participado en algo así, siempre estuvo el interés, como familia ayudábamos al hogar de ancianos, les hacíamos una cajita con útiles de aseo y los íbamos a dejar, a los niños de los hogares, pero nunca formamos parte de una organización para ayudar y compartir.

Se formó un centro de adulto mayor acá, después del aluvión. Gracias a las amistades, a los contactos que uno tiene, cuando se empezó a dictar esto como zona de catástrofe zona cero, se formó una sicosis entre la gente, yo le pedí al intendente que viniera a terreno a informarle directamente a las personas qué pasaba. Le hemos explicado mucho a la gente que si tú estás al lado de una quebrada o de un río estás bajo tu responsabilidad porque si pasa algo el gobierno te va a decir yo les avisé con anticipación que salieran pero nosotros no los podemos ayudar. Nosotros en Paipote tuvimos una reunión con el gobierno regional. Primero el Intendente me llamó que si podía avisar a la gente, él iba a venir con el MOP, el Seremi de Vivienda, pero la gente al final no te deja hablar y escuchar lo que ellos vienen a decirte, porque todos salen preguntando distintas cosas y de esa reunión al final no se sacó ningún provecho.

Le dije que necesitaba una reunión con mi sector, que era el más dañado. Y así tuvimos a las autoridades acá, donde nos vinieron a informar con proyector, todo lo que iban a hacer, incluso, nos dieron hasta fecha y se cumplió con instalar el puente mecano.

Nosotros todo le preguntamos a mi papá, él dice que esto ya pasó, él subió la cordillera, fue a mirar y a ver los cerros, quedaron todos limpios. Aquí tienen que pasar unos cientos de años más, para que se junte un montículo de tierra y vuelva a caer agua, porque eso fue lo que sucedió. Habían puros montículos de tierra que arrastró el aluvión. Nosotros, el día antes que ocurriera el aluvión, pasamos y la defensa no tenía más de metro y medio y más allá, no era mugre, ni basura, eran esos pimientos grandes que estaban en el medio de la defensa hacia el río, entonces dime ¿por dónde iba pasar el agua?. Del puente hacia el río era un embudo, estaba lleno de árboles. Ahora está todo limpio, tiene buena profundidad, está encajonado, entonces el agua va a correr.

Lo del puente lo recalcamos desde un principio, cuando nos fuimos de acá a las 4:30 o cinco de la mañana llamamos a la radio, que por favor dinamitaran ese puente. Si lo hubieran sacado, el agua hubiera pasado, no se habrían atascado esas camionetas, esos ductos, y el agua no se hubiera devuelto. En cambio si el puente hubiera sido más alto, habría pasado todo hacia el río. Quizás hubiera sido más trágico hacia Copiapó hubiera quedado más la embarrada en el mall, la alameda, pero ahora, como nosotros estamos viendo los trabajos, no va a volver a pasar.

Lo que sí cuando terminen los trabajos les vamos a pedir a las autoridades que tengan más vigilancia, antes se tiraban la pelota, que el MOP era el encargado, que el municipio, al final tú no sabías quién era el responsable de la limpieza de la quebrada, ahora ya se sabe que es el MOP. Que vigilen las empresas que hay hacia arriba, que no tiren basura, porque al final la pasarela se fue por el *containers* que se atascó y se la llevó”.

Olas de barro

Zona cero

Olga Cisterna

“Vivo frente del centro comunitario, en la calle Francisco Cortes Cartabío. Mi esposo me despertó como a las cuatro de la mañana y me dijo:

—No sé qué pasó, que veo tanta gente que cruza hacia arriba. Ocurre algo hacia abajo.

Salimos a mirar. Se había salido la defensa en el puente, y había tapado todas las casas, una cuadra hacia abajo de donde vivíamos nosotros. Abrieron el centro comunitario, para recibir a todos, así que la gente venía para acá. Nos fuimos a acostar y en la mañana salimos temprano a la calle. Como las doce del día el vecino del lado me dice:

—Vecina, ¿usted ha visto hasta dónde llegó el barro?

—No —le contesté.

—Salga a ver.

Y había llegado hasta la esquina de la calle en la que vivimos.

—Hugo —le dije a mi marido—, si hubiese seguido el barro hacia arriba no nos hubiéramos dado ni cuenta que se nos habría metido a la casa. Pero gracias a Dios, no nos pasó nada.

En eso estábamos, mirando el barro, cuando sentimos un ruido terrible que venía por la calle de atrás del comunitario, de allí vimos cuando se asomó el agua, y pasó de largo por la calle, llevando sillas, mesas, cosas, en la esquina al frente de la defensa se metió a una casa y como que hizo un remolino y sacó todo para afuera.

Las olas que hacía el agua... la que se venía al lado de nosotros comenzó a subirse a la vereda. En eso venía cruzando un

matrimonio jovencito, que arrendaba una pieza un poco más abajo de mi vecino, y no podían pasar. La niña estaba gordita, unos gritaron por un cordel, mi esposo entró, sacó uno y se los tiró, se amarraron, y el agua se los llevó hasta la esquina, los cabros no tenían nada de fuerza, mi marido salió corriendo y los comenzó a tirar, a tirar, arrastrar y la niña salió negra completa con el barro. Los ojos llenos de barro, la boca.

Siempre he tenido una preocupación: botella que desocupo, la lleno con agua. Lo que más tengo en mi casa es agua. Corrí para adentro, saqué una botella grande de agua y le convidé, para que se echara en la cara y se sacara el barro de los ojos, la boca, las narices. Tragó mucho barro.

—Hija —le dije yo—, al frente están recibiendo damnificados.

Sentía gritar la gente que arrancaba, venían de la calle de atrás y cruzaban por el frente corriendo, algunos alcanzaron a llegar a la esquina y no pudieron seguir, gente que quedó desnuda cruzando, porque el agua les sacaba la ropa, yo gritaba que salvaran a una niña, cuando se la iba llevando el agua, y zapateaba, más encima había un perro y yo también, que salvaran al perro. Era una cosa que todos gritaban. Dicen que iba cruzando a una señora del otro lado, al llegar a la plaza le dio un infarto, y al mes después creo que falleció la hija.

Estábamos mirando y pasó el agua por el otro lado, por la calle de la plaza, y se fue juntando la de allá y la de acá. Mi esposo no escucha bien de un oído, yo le gritaba y no me oía, en una de esas me miró y le mostré que estaba entrando a nuestro ante jardín. Entonces nos metimos para adentro, cerramos la puerta, y comenzó a entrar el barro por el portón. Yo más encima estaba quebrada del brazo, enyesada, así que como pude metía trapos en la rendija con un cuchillo debajo de la puerta. Usted miraba el barro cuando venía entrando y quedaba como hipnotizada, me quedé así, pasmada, observaba como se desparramaba. Hugo me plantó un grito, que le llevara un tarro grande.

Ahí reaccioné, corrí y le llevé el tarro, y él lo sacaba para afuera, por la ventana. Y no dejó subir el nivel. Nos quedamos encerrados hasta el otro día, mi esposo se levantó, se tuvo que subir por el techo del otro lado, el vecino le puso una escalera entre medio del barro, que le llegaba más arriba de la rodilla. Se quedaba pegado, porque nos poníamos botas y se chupaban. Así que empezó a tirar barro para la calle, con pala igual. No entró el barro a las piezas, pero sí el agua, yo decía por dónde se metió, claro, el nivel del baño se subió, pero no era para que se metiera a los tres dormitorios. El agua se filtró por debajo. A mi vecino se le metió el agua y el barro por atrás y por delante, si viera la cantidad que había y de ahí se empezó a entrar para acá. Pero gracias a Dios no nos pasó nada.

Cuando estábamos encerrados, desesperados, porque somos los dos solos. Tengo mi hermana, pero ella vive al lado de la defensa y perdió todo. Después vino una máquina, que puso no sé qué compañía, y comenzó a sacar el barro, llegó mi cuñada, ella me tiraba las cosas de un lado para otro, nos llevaba pan, sobre todo para el Hugo, que es diabético, cosas para que no se enfermara. Ella, como podía, se metía en el barro y nos pasaba las cosas, porque podía ir en el auto a Copiapó y comprar.

Durante varios días me quedaba dormida y sentía el ruido del agua y despertaba. Fue terrible. La noche antes de que se saliera la defensa no se podía dormir, el sonido que se sentía era horroroso, como que bramaba el agua. En la tarde la vecina me dice vamos a ver la defensa ya, le dije, llegamos a la esquina y se veían como se hacían las olas. Le dije “no, vecina, no voy para allá”. Y en la noche salía a darle comida a mi perrito que estaba en el patio y se sentía fuerte, terrible el ruido. Nunca había pasado eso, porque antes la defensa bajaba, pero no como ahora.

Soy nortina, de la segunda región, llegué a este pueblito a los 17 años, mi suegra vivió más de 60 y tantos años acá. Ella

me contó de cuando bajó la defensa y se perdió Puquios, fue una de las primeras que llegó acá, y habían dos defensas, la de ahora y otra, esa la cerraron para hacer el barro industrial. Así que cuando bajaba la quebrada, tenía dos lugares por donde irse al río.

Llamé por teléfono a mi hermana cuando me dijeron que había bajado la defensa, aunque eran a las cuatro de la mañana, y le dije:

—¿Te pasa algo?

—No.

—¿Dónde estás?

—Estoy donde mi hija la Lupa —ella vive más arribita y no le pasó nada.

—¿Y te pasó algo hermana?

—Sí, —me dice— perdí todo. Salí con la pura camisa de dormir.

Ellos viven al lado de la defensa. Ella se despertó, levantó la cortina y vio que venía el agua, le rompió el vidrio con mucha fuerza y ahí empezó a meterse el barro. Arrancaron, todos con camisa de dormir, saltaron los patios y vinieron a caer al pasaje más seguro. Terrible.

En casa, comencé a tirar trapos y secar, sola, porque mi marido estaba fuera, y después el vecino le ayudó a sacar un poco de barro del ante jardín, nos sirvió que la muralla la hicimos bien alta, de bloques, para el patio no nos pasó nada.

—Si hubiéramos tenido adobe, se me ahogan mis perritos en el patio, o nosotros. Menos mal que mi suegra no estaba, porque se hubiera muerto de un infarto —le decía al Hugo.

Fue horrible ver todas las casas tapadas, se les veía la puntita del techo, más abajo perdieron todo. Nosotros hicimos la casa sobre el nivel de la vereda y de la entrada de la casa, pero igual el barro subió. Pero el barro era... como que estaba vivo. Yo después lo vi en la tele, cuando mostraron esparciéndose hacia abajo, igual como que a uno la dormía. Dice mi hermana que

cuando salió al patio el agua le llegó hasta el pecho, y estaba caliente. En ese tiempo no sentimos frío, como todavía había barro, como que abrigaba.

—Gracias a Dios no perdimos nada —le dije al Hugo— así nos hubiéramos metido para adentro se nos hubiera llenado la casa de barro, y para donde íbamos a arrancar si tenemos unas piezas al fondo, y la muralla súper alta. Más de alguna cosa nos hubiese pasado.

Mi hermana, después que pasó esto, se enferma, se alienta, se vuelve a enfermar de los huesos, se marea, se cae, yo creo que del susto que pasó, más encima que ella es operada del brazo y donde los niños la levantaron, le anduvo afectando, ahora siente dolor.

Estuvimos más de quince días que no podíamos salir, encerrados en la casa, porque a medida que la máquina iba sacando barro de las calles, iba saliendo como solo de los sitios, y se iba llenando nuevamente la calle. A la iglesia, no fui durante un mes. No lo quisiera volver a vivir porque es una cosa que se queda metida en la cabeza. Y sacar el barro, como que no se termina nunca, cuesta hartito. Ojalá hagan una cosa buena, para que no se vuelva a salir la defensa.

Y demos gracias a Dios que más arriba habían hecho un muro de contención, el de Holvoet, que tiró harta agua para el cerro, si no hubiese estado, todo eso también se viene para acá”.

La niña del cerro

Llanos de Ollantay, Copiapó

Camila Abarca Ubilla sigue viviendo en el mismo pasaje donde estaba cuando comenzó el aluvión. Ella y su hija, Yovhanela Francisca Gattica Abarca, protagonizaron una de las historias más conmovedoras difundidas durante esta catástrofe, al parirla en el cerro La Cruz, donde habían escapado junto a su familia. Buscando conocer los detalles, llegué a su pasaje, uno de tantos con nombres de la geografía local, y me sorprendí de lo mejorado que está. Alguna vez lo recorrí cuando estaba destrozado por el barro, casas sin electricidad, paredes y puertas rotas, calles difíciles de transitar. Dos señoras que conversan en una esquina me preguntan qué dirección busco, al ver mis pasos erráticos en una dirección y luego en la contraria, les cuento y casi adivinan que busco a Camila, me indican la casa. No hay nadie ahí, entonces las vecinas se dan cuenta y van a buscarla donde su mamá.

El sector es de viviendas de dos pisos, bajo un sol ineluctablemente, no se ven árboles en las veredas ni en los antejardines. Tampoco a simple vista se aprecian plantas, maceteros, enredaderas, o algo verde. Son viviendas modestas, y a pesar de que hay paro en la educación, por esos días no se observan niños jugando en los pasajes. Tal vez las madres tratan de que no tomen tanto sol, pienso. O tienen computadores, celulares, tablets que los absorben. Llega Camila, joven, sonriente, con su hija en los brazos, falda larga, y me invita a pasar a su hogar.

Me cuenta que su pequeña ha estado enferma, que está con bastantes cuidados, ya que ahora tiene una virosis, pero viene saliendo de una varicela que le llenó el cuerpo completamente de granos, le provocó una fiebre tan intensa que la

hizo convulsionar cerca de cuarenta y cinco minutos, la llevó al hospital en un trayecto demasiado largo para una emergencia. Le dijeron que el virus le había atacado su pequeño cerebro, sin que pudiera despertar durante horas, ni responder a las inyecciones y medicamentos destinados a bajarle la fiebre. Estuvo en estado crítico. Ahora se mantiene en observación, con un diagnóstico de epilepsia como secuela de lo ocurrido, aunque no ha vuelto a convulsionar, pero los exámenes hablan de tomar precauciones.

Con tranquilidad, Camila también me cuenta que ha tratado de ponerla en el jardín público, que funciona a una cuadra de su casa, pero que la asistente social y la parvularia a cargo le han respondido que requieren de un certificado de que puede asistir “normalmente”, ya que no tienen la capacidad para destinarle cuidados especiales. Su médico tratante le dijo que debía estimularla mucho, por lo que la educación preescolar es muy necesaria. Pienso en esa negación de ayuda de parte de quienes debieran hacerle el camino más fácil. Una niña con epilepsia requiere más bien de la precaución de tomarla de manera que no se vaya a caer en caso de un ataque, lo que no debería ser un sacrificio tan grande para un personal que atiende a 20 párvulos con cuatro asistentes y una educadora, más o menos. Y también de saber cuándo el ataque se pone complicado, es decir si supera una cantidad de minutos que en su caso estimaron como diez, momento de llevarla a urgencia o llamar a una ambulancia. Parece que la tranquilidad y la calma no han llegado para ellas. La vida continúa con dificultades, aunque esta vez no sea el barro.

Yovhanela es inquieta, curiosa, alegre, quiere registrar mi cartera, jugar con el estuche de los lentes, le muestro un pequeño peluche de orangután con el que se distrae unos minutos, se sube a los brazos de su madre y luego huye, siempre tratando de subir la escalera que está bloqueada, pero que ella logra sortear así que en ese punto detenemos la grabación para ir en su búsqueda.

—¿No le pusiste Esperanza? Habían dicho que ése sería su nombre.

—Es que ella ya tenía su nombre.

Me comienza a contar como empezó todo, cuando vivía en la casa de su mamá.

—Habíamos ido a mirar la defensa, cómo corría el agua, con mi marido y con mi papá. Fue el 25. Nosotros decíamos pobre-cita esa gente, ya no se le ven las casas. Yo me había ido a acostar, con mi hijo, estaba muy cansada. Llegó mi papá corriendo y me dice “hija, despierta que se viene el río”. “Papá, deja de molestar, déjame dormir” le dije, y en eso siento que llega el agua a la casa. Abrió la puerta. Entró con mucha fuerza. Dejé a mi hijo sentado en el sillón y el sillón se levantó, mi hermana lo pescó y se lo llevó para arriba, yo me quedé ayudándole a mi papá a tapar para que no siguiera metiéndose el agua.

Camila vivía en el primer piso, en una pieza que habían construido ampliando la casa hacia el patio, donde tenía todo preparado para el nacimiento de Yovhanela.

—Yo perdí todas las cosas. Tenía lo que le habían regalado en el *baby shower*, ropa, todo. Su cuna también.

El agua y el barro ganaron esa batalla, así que no les quedó más que refugiarse en el segundo piso. Estuvieron allí muchas horas, tantas que para Camila fue difícil contarlas. En la tarde, sintieron que paró un poco el caudal del río que ahora corría por su casa, su pasaje y todo el sector, momento en que también llegaron los suegros de Camila, después de haber dejado a salvo a uno de sus hijos donde un familiar. Eran cerca de las cinco de la tarde.

—Llegaron y nos ayudaron a salir, porque nosotros estábamos encerrados en la casa. Nos fuimos al cerro, subimos con las cosas, nos llevamos lo que más pudimos porque tengo un hijo que ahora tiene cuatro años y era chiquitito en ese momento, para poderlo abrigar.

Iban subiendo lentamente, pasando por entre piedras, barro, agua, mojados, sucios, tratando de esquivar los peligros del camino llegaron al faldeo del cerro y el suegro de Camila le dijo:

—Niña, no se te vaya a ocurrir ponerte a parir acá en el cerro.

El cerro “La Cruz” de Paipote no es difícil de subir, sus faldeos son suaves, pero en ese momento producto de la lluvia ofrecía un mayor peligro. Tiene varias planicies que permiten ubicarse aunque no ofrece una gran protección del frío y el viento, que abunda en el sector. Desde allí se podía ver uno de los puntos de desborde de la quebrada de Paipote, donde comienza Llanos de Ollantay, como también el estropicio en el sector circundante a la quebrada, lo que después llamaron la zona cero.

—Estábamos desesperados, porque mirábamos para abajo y seguía pasando el agua, el barro y el ruido, sonaban las piedras, aparte que no saber si esto iba a subir más, o qué iba pasar —recuerda Camila sobre esos momentos.

Comenzaba a anochecer, así que armaron la carpa que llevaban y se acostaron dispuestos a dormir. En la carpa, casi no había espacio. Ella no podía conciliar el sueño, un dolor de espalda se lo impedía, o tal vez eran los nervios, interpretaba.

—Me voy a levantar porque me duele mucho la espalda, le dije a mi marido, no asimilé que eran contracciones —me cuenta e instantáneamente se ríe—. Mi papá estaba afuera, había un niño en una camioneta y él le pidió que si me podía acostar ahí porque estaba embarazada. Le dijo que sí. Me tendí y me empezó a doler más fuerte la espalda, le echaba la culpa al cansancio, como un dolor no más, el niño me preguntaba qué me había pasado, yo que sólo tenía un dolor. Después llegó mi papá, me sirvió una taza de té, y empezaron las contracciones más fuertes. El niño bajó a buscar una persona, don Pedro, lo llevó, él me revisó, y me dijo que todavía me faltaba para dar a luz. Eran como la una o dos de la mañana. Él es paramédico y trabaja en la Clínica.

El diagnóstico fue que al amanecer tendría la güagüa, siete u ocho de la mañana. Pero las contracciones continuaban cada vez más fuertes.

—El niño me miraba no más y yo me afirmaba. Me quedé tranquila. Nunca se me pasó por la mente que iba a tener a la Yovhanela en el cerro. No estábamos en buenas condiciones ahí, no había nada.

A su alrededor ya se había corrido la voz que una mujer estaba a punto de dar a luz, vía celulares llamaban a las autoridades, a las radios que transmitían ininterrumpidamente, al hospital, en busca de ayuda. Se sabía que habían llegado helicópteros a la zona y como Camila era optimista, suponía que uno de ellos vendría a buscarla para trasladarla al hospital.

Eran como las cuatro y media de la mañana cuando las contracciones de Camila motivaron al joven a volver a ir en busca de Pedro. Él llegó, por suerte ya no llovía, y volvió a examinarla.

—Ya estás en trabajo de parto —dijo.

Inmediatamente los celulares volvieron a llamar, muchos desde el cerro tratando de obtener ayuda, hasta que lograron una conexión con la entonces Seremi de Salud, Brunilda González y matrona de profesión, quien pidió que le pusieran con el paramédico, y comenzó a darle indicaciones de lo que tenía que hacer. Él escuchaba e iba siguiendo las instrucciones. Pedro había atendido partos como ayudante.

—Tú tienes que estar tranquila —era lo que repetía el paramédico a Camila.

Mandó a calentar agua, otros fueron a buscar cosas, géneros, ropa. Llegó una amiga de Camila, Clare, también paramédico pero del hospital, con ropa para la bebé, y pañales. Tenían todo preparado hasta que llegó el momento en que ella nació.

—Cuando estaba naciendo yo tenía nervios, porque a uno le hacen un tajito cuando tiene su primer hijo, él me decía

que tenía que tener cuidado con que no se abriera porque no teníamos nada para coserme. Ése era un peligro. No estaban las condiciones para que ella naciera.

Pero Yovhanela llegó al mundo a las cinco dieciocho de la madrugada. Aún no amanecía. Se escuchó un grito de alegría en todo el cerro. Camila seguía preocupada. Veía que la ropa le nadaba a su pequeña, y trataba de abrirla con su cuerpo. Esperaba que llegaran luego los helicópteros a sacarla de allí.

—Al final dijeron que habían mandado helicópteros, pero no apareció nunca uno. Bueno, llegó al otro día —me cuenta Camila.

—¿Has hablado con Pedro? —le pregunto.

—Sí, cuando la ve, la abraza, le da besos —me responde Camila—. Tuve que esperar ahí hasta que llegó el helicóptero, a la una o dos de la tarde. Bajó en el regimiento, nos llevaron en un camión al Hospital, ahí yo iba afirmada porque con la guagua, la bolsa y el dolor que tenía... En el hospital me subieron en silla de ruedas para arriba, estaba lleno de agua, barro, cómo se habían tapado los alcantarillados y salido todo eso. Ahí me quedé, me iban a dar el alta alto pero tenían que revisarla a ella, no la tuvieron que limpiar. Al otro día la bañaron, en la mañana, y me dieron el alta a mí y no se lo querían dar a ella, igual me la pasaron para que me la trajera y después el día lunes tenía control, para ver cómo estaba.

Camila se fue unos días a casa de unos familiares de su marido, pensando en proteger a Yovhanela del frío, el viento y toda la contaminación que abundaba en el sector. Pero fueron pocos.

—Después me vine para acá porque tenía que ver mis cosas, cómo habían quedado, si podía recuperar los recuerdos, las fotos, al menos algo. De todo lo que teníamos para ella no pude salvar nada. Tenía su cajoncito, se perdió con todas sus cosas.

Yovhanela ocupó portadas y titulares de diarios y noticieros y se transformó en una especie de mito, algo positivo dentro de tanta catástrofe. Cuando un medio de comunicación la descubrió durmiendo en el cerro con su bebita, hubo críticas al gobierno y también una campaña de solidaridad. Le pregunto si recibió mucha ayuda.

—De la gente particular que venía al cerro, sí. Personas que venían de otro lado, la ayudaron mucho. Le llevaban ropita, también gente de la población, de Paipote. Unos carabineros llegaron cuando yo la tuve, venían de Rahue, con un regalito que le había mandado la gente.

Afortunadamente tuvo leche para darle, y en abundancia, hasta los seis meses. Así que los días que continuó viviendo en el cerro, durmiendo en la carpa, al menos no tuvo que preocuparse de cómo sacar agua, esterilizarla y lograr que sus maderas se mantuvieran limpias. Con más tranquilidad, hoy ve que era probable que el parto ocurriera en el cerro.

—La tuve el día 25, en la madrugada del 26. Ese mismo 26 a las ocho de la mañana yo tenía que estar en el hospital, para que me indujeran el parto, porque ya se estaba pasando. Tenía 41 semanas y algo.

—¿Cómo te estás reponiendo de todo eso que pasaste? Veo que ahora tienes casa.

—No es mía, estoy arrendando. Tratando de que sea mía con un subsidio. De a poquito uno se va recuperando, con la familia, los mismos vecinos se ayudan entre todos, uno va saliendo adelante, si al final perdí todo y tuve que empezar como de cero. Entiendo que es empezar de nuevo, comprar todo, camas, ropa. En ese momento despidieron a mi marido del trabajo, por el barro él no podía ir a trabajar, y tenía que ayudarme a mí, él trabajaba en un taller mecánico, cerca de Tierra Amarilla. Igual allí lo ayudaron en algunas cosas.

—¿Qué sacaste de lección de todo esto que pasó?

—Que hay que disfrutar a la familia, porque nunca se sabe cuándo va a pasar algo así. Demostrar más el cariño.

—Y a ella, ¿cómo le vas a contar la historia?

—Todos le dicen, “ándate de acá a dónde vives tú, ándate a la punta del cerro” —me responde riéndose, y Yovhanela sigue en lo suyo, dando vueltas, subiendo a los brazos de su madre, bajando, caminando y riendo. Nos mira, pero aún no comprende tantas palabras a su alrededor y que hemos estado hablando también de ella todo este rato.

—No sé cómo contarle. Tú buscas en google y sale todo. Pones el nombre de ella y aparece como la niña del cerro —me dice Camila.

Zona cero, zona roja

*Nicanor Torres, Esteban Aguirre Cáceres y Norma
González Paredes, Presidenta de la Junta de Vecinos
del sector central de la Estación Paipote*

La zona cero es la más afectada por el desborde de la defensa, cauce que sigue la Quebrada de Paipote hacia su encuentro con el Río de Copiapó. Se trata de la población más antigua de Paipote. Los vecinos ubicados a ambos costados de este cauce —que normalmente está seco— vivieron las olas de barro que en muchos casos, se llevó sus casas. Por esta cercanía, están ubicados en un sector de riesgo. En primera instancia el gobierno dijo que ahí no volverían a construir. Luego, prometieron y diseñaron obras de mitigación y protección, mientras una cantidad importante de los habitantes afectados se negaban a irse del lugar, argumentando que no tendrían el espacio con que contaban en sus generosos terrenos, ya que una vivienda modesta y por tanto pequeña, en otros sectores de Copiapó, sería a lo más que podrían aspirar.

Las autoridades fueron cediendo, ante la falta de alternativas rápidas que solucionaran el problema de numerosas familias de donde vivir, y sin posibilidades de instalar rápidamente viviendas de emergencia, dada la magnitud de la catástrofe, permitieron que se volvieran a acomodar en estos sectores. Un ejemplo de ello fueron las casas que construyó “Desafío levantemos Chile” que en forma bastante más rápida, seis meses después de la tragedia, les permitió estar en una nueva casa, amplia, y además amoblada. Los del otro lado de la quebrada se quedaron en medias aguas, cabañas, viviendas de emergencia, o esperando como allegados en casas de familiares, hasta

tener un lugar donde vivir, porque las construcciones del gobierno recién comenzaron después de un año y ocho meses después del aluvión.

Un estudio preliminar a cargo de la dirección de Obras Hidráulicas del Ministerio de Obras Públicas zanjó la discusión, estableciendo una línea imaginaria, una zona a la que denominó roja, en la cual el Estado no podría hacerse responsable de ninguna vivienda ni entregarles las provisorias. En las zonas contiguas, podría construirse y utilizarse las ayudas estatales. Todo esto, considerando que la defensa de la quebrada sería reforzada y profundizada. Y que en un plazo más largo, entregarían un estudio definitivo sobre las obras de mitigación necesarias para que Copiapó no volviera a inundarse de barro y lodo, y si se autorizaría habitar la zona roja, como también establecer límites precisos de hasta dónde es seguro construir.

Por eso conversé con varios de quienes viven en este sector de la zona cero y otros en la zona roja. Lo más complejo lo sufren quienes están afectados por esta última, disposición que les impidió acceder a las ayudas estatales y les ha hecho mucho más difícil y lento volver a tener sus hogares. Más aún considerando que sus pobladores son en su gran mayoría adultos y adultas mayores, con pocas posibilidades de obtener los recursos necesarios para volver a construir por su propia cuenta.

NICANOR TORRES

Nicanor Torres me recibe en su casa, la que considera actualmente muy pequeña, en un terreno grande. Él siente que éste es su lugar en el mundo, y me cuenta la historia de Paipote.

“Este terreno lo tengo hace como cuarenta y tantos años, lo heredé de mi papá, él estuvo viviendo aquí, cuando recién estaba empezando Paipote, por el año 1945. Mi papá acarreaba

agua, porque había una sola llave. Usabas esas barrigas donde hacen el vino, le ponías un gancho a los dos lados y se tiraba por alambres, había muchos que hacían esa pega aquí. La gente hacía fila para la única llave, si para sacar una tina o dos, había que estar todo el día, y no perder el lugar. Estaba al frente de la estación, por ahí pasaba antes el ferrocarril, el longitudinal que llegaba Arica, el Longino le llamábamos. Después se terminó la parada de pasajeros del tren, por allá por el año cincuenta y cuatro, y se hicieron pedazos las líneas. Era una poblacioncita, chiquitita, que recién se estaba formando, lo que sí existía era la Fundición de Paipote, y de ahí seguía Tierra Amarilla. Copiapó llegaba hasta la Iglesia Punta Negra, y dieron un terreno por acá, y se empezó a poblar. Ahora Paipote está grande, y abarcamos hasta la Placilla Morales, incluso ya se está peleando para traer un alcalde para acá, ahí estamos viendo lo que va a pasar más adelante. Llegamos el año 73, yo trabajaba en Potrerillos nos vinimos por el golpe de Estado, la mayor de mis hijas tenía 25 años, y la más chica seis, cuando nos radicamos aquí”.

“Lo que pasó el 25 de marzo, nosotros la palabra que vulgarmente usamos es que el terreno quedó pelado. No tengo nada por delante, ahora estoy haciendo las gestiones si me pueden cerrar la muralla hacia la calle Ana Vallejo y Candelaria Goyenechea, con una empresa nada que ver con la de acá, la que está trabajando para el gobierno. Esta otra constructora parece que lo va a hacer, nadie ha querido cerrarme porque estoy en zona roja. Eso está en el plano que tienen en la oficina, se ve la raya roja. Incluso esa iglesia que tenemos acá al frente, también le pesca como diez metros, dentro de la zona roja. Al mirar desde la calle me toma como cerca de quince metros hacia adentro, entonces voy a perder terreno. La empresa que me va a cerrar aquí, vamos a hacer la misma línea que teníamos antiguamente”.

“Aquí, en Paipote, hay mucho construido que todavía es puro adobe. Lo que pasó el 25 de marzo hizo pedazos todos los adobes y nos echaron abajo todo lo que había en el terreno. Acá yo tenía seis piezas. Como quedó no hubo más remedio que irnos a la casa de la hija, estuvimos como seis meses fuera para hacer esto otro que tengo aquí, que lo estaba parando de a poquito, ahora estamos viviendo en esta casa, que son estas cuatro piezas que usted ve y el living comedor. No tenemos más. Antes no, teníamos el tremendo living comedor, cada uno tenía una pieza, no vamos a decir que estamos malviviendo aquí, porque somos cuatro en esta casa”.

“Usted ve cómo está el terreno, ahora con el nuevo puente que nos hicieron, toda la gente mira, se ve todo para adentro y cuando pasan en las micros, más se ve. Yo no sé qué va a pasar con las veredas que las están haciendo más altas. Porque este terreno lo entregaron el año 1961, entonces lo hicimos a flor de tierra, como estaba, y ahora que hicieron esta calle aquí nosotros estamos quedando cuarenta centímetros bajo nivel, eso es lo que estaba conversando aquí con los caballeros, y ellos van a hacer la vereda nueva, van a subirse para tirar el agua por Ana Vallejo hacia la plaza. Pero tengo el problema que el agua se nos va a entrar aquí a la casa, todo eso ahora va a caer aquí, así que yo mañana tengo una entrevista con el director de Vialidad del MOP, a ver qué me dice, como se puede arreglar, porque no pueden hacernos esto”.

“Dicen que la zona roja va a ser per secula, es de aquí de donde está la quebrada hasta la estación. Pero todos estamos construyendo, porque a dónde más vamos a vivir. A mí me ofrecieron 25 millones de pesos, el Estado, pero yo tenía que recibirlos y entregar este terreno. Son treinta metros de fondo por quince de frente, es grande, y que me den 25 millones, e ir a buscar a Copiapó por los cerros algún terreno, así que yo creo que ni con cincuenta millones alcanza a cubrir lo que yo tenía levantado”.

“El día del aluvión, a las ocho de la mañana, le dije a la Señora, voy a ir a ver cómo viene la defensa, y llegué arriba y veo que viene alto, con mugre, agua, barro, bajo y le digo ‘salgamos’ porque viene el agua. Y salimos por la puerta, y nos fuimos donde la hija. Del gobierno recibimos un millón 200, a todos nos dieron eso, el bono de enseres, 200000 eran para comprar ropa. Y después me dieron un millón de pesos, porque tenía un grado dos, era para reparación no más, pero como a los dos meses estaba arreglando y choqué la muralla, y empezamos a mirar y de la ventana para abajo era puro barro, ya no quedaba muralla. Arriba estaba el adobe más o menos intacto, así que fui me traje un jefe, vinieron dos caballeros y me dijeron ‘ah, no, deje esto hasta aquí no más. Está malo todo’. Al otro día llegó un *payloader* y empezó a botar todo, y me dejó así, sin casa, todo pelado”.

ESTEBAN AGUIRRE

Esteban Aguirre Cáceres vive en Juan Melgarejo, al frente de la plaza de Paipote. Ahora habitan una cabaña de madera, en la que han instalado un negocio de barrio. Tiene 63 años, y su familia es originaria de esta zona. Dice que cuestionó las obras que poco antes del aluvión hicieron en la defensa.

“El puente tenía escasamente cincuenta centímetros para el cauce del agua, en cambio nosotros cuando niños pasábamos a caballo, ahí descargaban camiones con carboncillo para la Fundición. Se le avisó a las autoridades, se les llevó video, fotos, y nadie hizo caso. Ahora vienen a decir y lavarse las manos, pero fue un error, lo que no se hizo fue sacar material que había bajo el puente sino que se sobrepasó la cota que debería haber tenido. Por eso se hizo el famoso taco. Y al otro lado habían chañares, porque ahí pasa un canal por debajo de

la defensa, del Mal Paso que da agua hacia Punta Negra, Las Barrancas y Copiapó. La gente va a tirar basura a ese canal, Planta Matta también tiene un pique ahí mismo, y tiran todos los sobrantes de agua a la defensa, donde se crió un matorral, lo que también sirvió de taco. Y nadie hizo caso. Y eso estaba intervenido por el Estado. Entonces que vengan después a tirarle a otras personas, porque no son capaces, de decir yo soy la cabeza y echarle la culpa a un *container*, y dijeron que van a entregar casas de emergencia y son una pieza para cinco personas cómo es posible, y los contratistas, los alcantarillados como las guifas, da pena, hija linda, habiendo tantos recursos en Chile tengamos que andar mendigando siendo que la culpa no es de nosotros. Va a ver usted que en un año más recién nos van a construir las casas, acuérdense que cuando vengan las elecciones van a estar”.

“Era tan feliz en mi casita de adobe, la había comprado el año 2003, que me hagan un chalet, una mansión, yo la prefiero. Tuve un sufrimiento muy grande, rogué a mi sobrina y a mi Señora que se subieran al auto porque tenía información buena que iba a quedar la escoba, y 45 minutos se demoraron, cuando vieron el agua que se hizo una cresta, ahí se subieron. El niño fue más maduro, cuando íbamos a subir al auto me dice el agua y yo me quedo mirando, me quedé helado, con la ola porque arriba de la defensa era de más de tres metros. Arrancamos hacia Tierra Amarilla, y allá nos encontramos donde estaba el jardín, una quinta de recreo, que venía el agua por la carretera hacia abajo, tuvimos que devolvernos hacia Paipote, nos encontramos con una barrera, no podíamos girar y cuando uno va arrancando va más o menos así en 100 km/h menos mal que he corrido y sé usar el freno de mano, gracias a Dios, pasé así tanto la barrera, con el giro que hice, lo que más me dolía a mí, era el niño, más que las personas grandes”.

“Sé aquí me podría haber embarrado menos, el problema es que abrieron el portón, y se metió todo el agua por ahí para adentro, reventó y dejó la escoba. Yo, cuando iba saliendo, le digo a mi niño, allí donde está el buzón dejé el candado. Tomé el candado, lo iba a poner, si era llegar y colocarlo, apretarlo y listo, tenía la llave. Lo miré y no me explico por qué no lo coloqué si yo iba arrancando. Así si yo hubiera dejado cerrado el portón los vecinos tendrían que haberlo saltado. Mi hijo me dice menos mal papá, porque si no te habría penado toda tu vida, además que uno los conoce de niños, aunque te dejaron la embarrá en la casa, te dijeron que te van a pagar todo, y estamos todos jodidos de a dónde. Hay un Dios que ayuda con todo lo que he pasado, haber tenido cáncer, una neumonía, quedé pesando 38 kilos, no sabes ni dónde estás parado, no puedes ni caminar, después te estás parando y te hacen otra zancadilla y te vuelves a parar y aquí estoy. Hay que dar gracias al de arriba no más”.

“Venía ácido en el barro, no faltó que el piso se ablandó, fui a salvar unos gatitos y se me rompió el piso, acá en Paipote habían pozos negros, yo andaba con botas, engomado entero y con una cola, si no hubiese sido por la cola no me hubiese salvado. El ácido entró a mis piernas y se acumuló abajo, tengo quemaduras, rastros, las llagas mías eran visibles, los médicos acá de la posta pusieron quemaduras de tercer grado, y eran sellos negros, Chilevisión fue más empático y me pagó pasajes para una clínica, me hicieron transfusiones de sangre, se comprobó que había arsénico, plomo, cianuro. Y usted sabe que para arriba, las empresas grandes todas trabajan para sacar el oro con cianuro. No me vengan con mentiras que no habían aquí habían relaves, como el de las mineras, y otras plantas que habían antiguamente para arriba. Ni siquiera han dicho vamos a hacer un muestreo de sangre en Paipote, a la gente y los niños, por último, si no tienen empatía con los grandes...

Hay gente que tiene quemaduras en la cara, brazos, yo tengo en las piernas y me cuesta caminar”.

“En el jardín de Paipote había harta gente hospedada, hubo un momento que nos echaron a la calle y no teníamos casa. Había una pieza que estaba toda torcida acá, y era de mejor calidad que la que entregan de emergencia. Ahí estábamos, en una sola pieza. Tuve que pedir ayuda la Municipalidad, al alcalde, y mandó al negro, conseguí trabajadores y con ellos desarmamos la pieza y la pudimos montar porque yo tenía un empanizado de una casa de seis metros por tres metros, tuve que vender mi auto, para tener algo, mi dos hijos obligados a endeudarse, para poder tener donde vivir. Porque ahora mi pierna ya no me sirve para andar en el colectivo y eso que fui fundador de la línea, la siete”.

“Un plano dice que Paipote es inundable. Pero el liceo está arriba de la defensa, ¿y el techado, donde está?, cerquita aquí, a menos de cien metros de la quebrada. Y ahora vienen con que no pueden construir las casas porque es inundable, porque la contraloría, porque el plano regulador del 2008, no entiendo. Usted misma investigue, el otro día nos invitaron a una reunión, antes me habían llamado de la empresa que va a construir la casa... Lo único que yo pido que la autoridad se ponga la mano en el pecho, y que realmente ayuden a la gente, porque acá en Paipote, si salimos para acá afuera, ahí (en la esquina al frente de la plaza) hay una viejita está toda jodía de las caderas, tú crees que alguien le paró algo, el Hogar de Cristo le puso una prefabricada. Más del año y no tiene alcan-tarillado, con suerte Aguas Chañar tuvo empatía y le colocaron agua. Tiene un baño químico que todavía no se lo vienen a limpiar a una mujer como de 70 u 80 años. Doña Olguita no tiene ni luz, hija linda,”.

“En la esquina, los Gaette, ella viuda, el marido con diabetes, le cortaron las piernas, después vino el aluvión, perdió toda su casa, tuvo que encalillarse para tener una y se la están construyendo, prefabricada y tampoco tienen derecho a casa”.

Con Norma González Paredes, Presidenta de la Junta de Vecinos del sector central de la Estación Paipote nos reunimos en su casa. Huele como muchas en el sector, un aroma no muy agradable similar a algo descompuesto. Se ve limpia, y bien, los únicos muebles son una mesa precaria y unas sillas plásticas. Se escucha eco al conversar.

“Recuerdo que esos días hacía mucho, pero mucho calor. En las noches no se podía dormir, era inusual, y más para marzo. Había estado cinco días atrás en Antofagasta y era igual. El día lunes me llamó una amiga de Concepción, no había luz porque se cortó el día domingo, parece que ella sabía que venía fuerte la cosa. No, le dije yo, si hace calor. Lo único que veo es que hay truenos y relámpagos intermitentes”.

“Después en la noche me acosté, hacía ratos que llovía, prendí una radio a pilas como a las once, escuchaba que en Vallenar estaba muy fuerte. Me quedé dormida y a las cuatro de la mañana me suena el celular, la vecina de dos casas más allá, me dijo ‘levántate, porque se está saliendo la defensa’. No supe cómo me levanté, me vestí, salí a la puerta y efectivamente estaban las calles llenas de agua. Fui a buscar a mi papá”.

“Estaban todos los vecinos tratando de cerrar los pasos al agua, acá afuera tratamos, a ver si se podía hacer algo, yo tenía una arena, la puse, pero nada, era mucho más fuerte el agua. Rápidamente entraba a ver a mi papá que no se vestía. Pasaron los carabineros y les pedí que por favor entraran a decirle a mi papá que se levantara, ahí mi papi se levantó. Las personas a esa edad son muy apegadas a las cosas materiales. Los carabineros se fueron, y yo como pude lo saqué de la casa le dije vamos para la plaza, porque no tenía donde ir”.

“En la esquina de la plaza se cayó. Mi papá es muy alto, costó mucho pararlo. Salió una vecina del frente, me ayudó y me

dijo “vamos a mi casa”. Ahí conocí una señora de la calle Diego de Almeyda, que ya no tenía casa, se había entrado el barro y había perdido todo. No sé si estaba bloqueada pero no podía dimensionar que a lo mejor eso mismo nos iba a pasar a nosotros. Estuvimos ahí hasta las siete de la mañana, y como ya se había calmado un poco, había dejado de llover, todo el mundo se empezó a ir”.

“Me lo traje para darle desayuno y que se vistiera, porque andaba con el puro pijama y una parka. Le pasé una bolsa, papá, le dije, ahí eche algo de ropa por si tenemos que salir y él lo único que guardó fue un par de calcetines. Ahí perdí el sentido de la hora, arreglé el bolso, con la linterna, la radio, una caja de remedios que uso para el corazón y me dura solamente siete días. Como a las once de la mañana, se puso muy fuerte, empezó a romper y la ola se veía muy grande, como de cuatro metros. Se vino con mucha fuerza el agua, a mi papi lo alcanzamos a subir al auto del pastor del frente y cuando nos bajamos en la otra esquina el agua nos llegaba a las rodillas, estuvimos en la misma casa de la noche. Ahí esperamos todo el aluvión. En una hora como de la tarde, la gente trató de irse, porque ya se había calmado, ir a ver sus casas, y yo pasé para acá, me ayudó un vecino del frente, porque el fango tiene fuerza, entonces chupaba, me saqué los zapatos, y de afuera de mi casa veía como andaba la cerámica flotando, a la altura de la ventana, la que iba a poner en esa pieza. El portón estaba abierto, el auto de nosotros estaba sobre un metro cuarenta de barro y agua, por ahí, divisamos al vecino, porque lo llevó la fuerza del agua. Estaba todo revuelto. Y llegaron unos carabineros, ellos lo sacaron hasta la esquina”.

“Mi papá me dijo cómo está la cosa, yo le conté un poco, me preguntó por el auto. Después llegó la noche, nunca hubo luz, nos acostamos, ya sabía que lo habíamos perdido todo, pero tenía la esperanza que quizás al abrir una pieza, a lo mejor ahí no entró el barro. Al otro día mi papá me decía vamos a la

casa, si es la puerta, sacamos el barro y la abrimos. Tenía que estar lidiando con él, con todo el problema que había”.

“Nosotros sufrimos el aluvión de las cuatro de la mañana, el de la once de la mañana, y en la noche dieron una falsa alarma, empezaron los carabineros, los bomberos, a avisar que se venía el tranque, que nuevamente se venía la defensa y había que arrancar. Golpeaban todas las puertas. Y donde estaba yo, se subieron a una camioneta y se fueron. Yo les decía 'no me dejen, qué voy a hacer con mi papá', me dijo vean ustedes cómo se van. Y nos dejaron en la calle, con mi papá corríamos, pero no fuerte, le pedí a todos los vehículos que pasaban que nos llevaran, y nadie nos ayudaba, justo paró un auto rojo y yo le pedía por favor, por mi papá. Ya —dijo—, súbanse. Y el joven se quedó atrapado en la línea del tren, porque era muy alto el barro, trataban de sacarlo de todas formas, en ese momento pensé que me iba a morir. El corazón me molestaba mucho, la arritmia venía una tras otra, bajé del auto para liberar el peso, pero me chupaba el barro y era una oscuridad enorme”.

“No sé de adonde apareció una persona, me tomó, me sacó del barro y se fue. Sacaron el auto, y nos llevaron a otra casa, la única solución para arrancar era la Fundición, pero el joven dijo 'los dejo acá, en esa casa hay un segundo piso, ahí se pueden proteger'. Yo, a esa altura ya no tenía zapatos, estaba totalmente embarrada, como pude me saqué un poco de barro, ahí me prestaron ropa, me puse unas calcetas, y toda la noche dormí, con mi papá, sentada en una silla. A mi papá lo acomodé en una silla de esas de computador, con una frazada que había ahí, lo único que deseaba era que amaneciera para salir de esa casa. Tengo mucho que agradecerles, porque nos cobijaron, pero quería salir de ahí para buscar algo, cuando aclaró le dije 'papá, vámonos'. Pasó una camioneta y le pedí que nos llevara, pero no pudo atravesar para este lado. No se podía entrar a la plaza, era imposible. Nos llevó al albergue, había un soldado, cuando lo vi, el joven me abrazó y lloré. Nos hicieron pasar y a esa hora nos dieron desayuno”.

“Después nos mostraron una pieza, una profesora nos dijo donde había ropa, faltaban las cosas esenciales, no tenían cuadros, sostenes, a mi papá cómo le cambiaba de calcetines, estábamos con lo puesto. Nos pasaron dos colchonetas, delgadas, y él me decía ‘cómo me voy a acostar ahí’, ‘papá, tiene que acostarse’. Como a las once de la mañana, empecé a golpear puertas, a una señora le dije si me podía convidar una frazada, en otra parte pedí una cuchara, jarro, esas cosas. Yo le decía, yo vivo en tan parte, sino andaba pidiendo por pedir. No había cepillo de dientes, uno salía con la misma ropa que andaba hace días, había que acostarse con ropa, porque había un montón de personas en la misma sala”.

“Llegó un bus grande, de Cohayque, mi hermano prestó la casa y fue el único momento que vi que traían ropa interior. Si pasa algo, ni Dios quiera, lo primero que hay que cooperar es con esas cosas y cepillo de dientes, peinetas”.

“El día domingo llegaron los militares, de Concepción, boinas negras, lo primero que trajeron fueron agua y vacunas. Yo antes tomaba mucha agua, todo el día, y el día del aluvión saqué una botella de un litro y medio y como tres días estuve con esa agua y no podía tomármela, porque tenía que dejársela a mi papá, me moría de sed, pero me aguantaba no más, porque en el albergue no había. Llegó después, primero tuvieron que hacer camino los militares. Las vacunas vinieron en un helicóptero, con la Ministra de Salud, un día con mucho calor, deben haber habido unos 35°, y sin agua. Como el día lunes, martes, recién llegaron unos colchones flaquitos, ahí pude conseguir uno para que mi papá durmiera un poco más cómodo. Después pusieron el toque de queda, ahí en el albergue, a las nueve o diez de la noche, no se podía salir de las piezas. Lo que más me preocupaba, era que yo tenía remedio para unos pocos días, si yo dejo de tomarlo se desencadena la arritmia y no puedo estar tres días sin ese remedio. Es fatal. Por facebook pedí quien me podía comprar, y una amiga de Copiapó,

habló con la PDI y llegó una caja. Creo que pasaron como diez días que estuvimos en el albergue, hasta que vino mi hermana a buscarnos, no es que no haya querido antes, es que no había caminos y nos fuimos a su casa. Bueno, tuve que dormir en un colchón inflable tres meses, lo único que deseaba ese tiempo, era una cama. Después de haberlo tenido todo, mis cosas, lo que uno consigue en una vida, no tener una cama... Una amiga de Antofagasta me regaló una”.

“Empecé a sacar el barro acá en la casa. Con mi papá volvimos en junio. El primer día me hice una herida en el pie, me costó yo creo que unos tres meses o más en sanar, no soy diabética, no tengo nada que me impida cicatrizar. Todos los días buscaba personas voluntarias que me ayudaran a sacar el barro. Pero me costó mucho, mucho sacarlo. Eran toneladas y toneladas que sacaban y más encima, estaban todas las cosas hechas tira, la comida, todo echado a perder, la ropa, yo creo que llegué a mi pieza como al mes después, toda se había podrido. Yo creo, me encomendaba a Dios y buscaba ayuda. Iba por una calle y un joven me dijo:

—¿Qué busca?

—A alguien que me puede ayudar a sacar el barro en mi casa.

—Ah, pero nosotros tenemos agua.

—No, no necesito agua.

—Tenemos leche.

—No, no quiero leche. Lo único que quiero es que me ayuden a sacar el barro —Y eran siete.

—Mire, nosotros somos de una iglesia evangélica, venimos de La Serena y le vamos ayudar a sacar el barro de su casa, nos vamos como a las doce”.

“Eran como las nueve de la mañana, llegaron y trabajaron en una pieza toda la mañana. Y antes de irse dijeron vamos a orar por usted, y yo nunca me he olvidado de lo que dijeron. ‘Nosotros somos ángeles, y van a venir muchos ángeles, hasta que usted saqué todo el barro de su casa’. Se fueron, me llamaron

a los días después, me dijeron que conversaron en su iglesia, mostraron las fotos, la gente lloró mucho, y organizaron viajar a sacarme el barro el fin de semana. Y vinieron quince jóvenes de La Serena, quedó un poco de barro, le puedo decir que nunca me faltó ayuda. Siempre he pensado que fueron ángeles, porque se veía que era algo imposible. Hasta lo último, que fueron los militares que me sacaron del barro del patio. Cuando entraba a la casa, el olor era imposible, había que entrar con máscara. A mí me costó mucho, me hice tira las manos, me las quemé con el barro”.

“Pensé que podíamos habitarla, estuvimos como un mes y dijeron que no, que la casa estaba en grado cinco, que nos iban a dar una de emergencia, como dos meses después nos la entregaron. Está en el patio, ahí estamos viviendo, todas estas casas tienen que demolerlas. Un remezón y se van a caer”.

“Me he puesto como meta ayudar a la gente. Yo no iba candidata a nada, jamás lo pensé, en noviembre me llamaron de la municipalidad, me preguntaron si me ponían de candidata, y yo les respondí que no me gustaba nada. Me dijeron que sólo era para completar la lista, me dijeron que no me preocupara, si nadie me conocía. Esa fue la condición. Salí presidenta, yo después pensé, bueno, que tenía dos opciones, no hacer nada, o ponerme a trabajar por la gente, que encontré era lo más correcto. Estoy trabajando desde entonces”.

“El problema más serio que tenemos son las casas, el de salud, la contaminación, la salud mental. La vida del adulto mayor es muy triste, porque perdió su casa, sus recuerdos, todas sus cosas. Porque no es como una persona joven, que por último dice, ya perdí las cosas, trabajo y las compro. Pero el adulto mayor con una pensión tan escuálida que se le va casi toda en remedios ¿qué esperanza tiene?: ninguna. Por eso hemos luchado tanto por el asunto de las casas y también creamos la campaña, la que yo le decía de los bloques para cerrar los patios, porque por el gobierno es posible, pero muy lento, de

acá a un año, dos años, tres más ¿Y qué le dice que esas personas van a estar? Si día que pasa es uno menos para ellos. Este sector, donde estamos hoy, acá el aluvión golpeó fuertemente, pero toda esas otras casas, del otro lado de la defensa tuvieron la suerte que el Desafío les construyó y ellos rápidamente recuperaron su dignidad. Pero los de este sector no han recuperado nada y ya ha pasado un año y medio. Uno no puede ponerse a echarle toda la culpa a la autoridad, porque también hay que ponerse a pensar de que esto fue demasiado grande, si están el número cuatro de desastres naturales. Y uno también tiene algo que hacer, y ayudar al que no puede levantarse”.

“Lo mejor ha sido el conocernos, el cariño que uno le tiene a sus vecinos, antes uno era tan indiferente con todos, y ahora somos como uno. Hay que hacer un trabajo en salud mental, hoy día la gente está tranquila, porque sabe que no hay ninguna amenaza de lluvia, pero que se nubla un poco, se siente un poco de lluvia, y la gente no duerme, pensando que van a perder lo poco y nada que ahora tienen.”

“Mi casa no está en la zona roja, pero mis vecinos sí. Da pena verlos, en todas las reuniones están poniendo su situación, imagínese un adulto de ochenta y dos años y no tiene ninguna esperanza de que le construyan su casa, su señora está muy enferma, se vinieron totalmente abajo. Y él como lucha. El estudio final lo entregan el próximo año, lo está haciendo obras hidráulicas, para ver si continúa la zona roja o la levantan, pero yo pienso que tienen que comprometerse un poquito más y demostrar que esto fue un error del hombre, si ahí no se hizo mantención del puente. Nosotros hemos visto muchas veces la defensa llena, temporales, pero jamás esto que pasó, ni en la peor pesadilla”.

“A mí me costó mucho dormir, los primeros días cerraba los ojos y se me venía el ruido de la defensa, del agua, y veía la ola. A mí lo que me ayudó a poder dormir y sacarme eso, fue la meditación, aprendí con Constanza Holzapfel, en el centro Apacheta, eso nos ha hecho muy bien”.

El sueño de Sonia

Llanos de Ollantay, a 500 metros de
la defensa de la Quebrada Paipote

Sonia Cortés Alvarado

“**E**se día estaba en el portón con mi marido, conversábamos de lo bonito que estaba lloviendo y de repente vimos que corría agua por el pasaje, frente a nuestra casa.

—Mira, Aníbal, como pasa el agua. ¡Tanto que está lloviendo!

Mi hijo había ido al río a ver como estaba, y llegó corriendo.

—Se viene todo el agua para adentro. ¡Tapemos!

—¿Con qué? —le dije yo.

—Con lo que sea.

Aníbal puso unos cobertores de las primeras camas y los tiró acomodando para tapar la reja, pero la fuerza del agua nos tiró hasta la puerta de la casa para atrás. El agua entró por el living, pasó para los dormitorios, hasta que llegó al patio, que es cerrado, por lo que se devolvió para adentro. Entonces se empezó a apozar adentro de la casa. Teníamos tres animalitos: una perrita rotweiler, un poodle y un gato. A los más chicos, el poodle y el gato, los tiramos al entretecho para poder salvarlos porque con el barro iban a quedar tapados ahí donde estaban. Teníamos una bodega, ahí encerramos a la perrita. Mi hijo llegó con un amigo de la Universidad para ayudar a resguardar algo, pero ya no había nada que hacer. La puerta no se podía cerrar, las camas estaban todas con barro. Fue atroz.

—Mamá ¿hay agua? —me preguntó mi hijo.

Yo tengo esa costumbre de guardar todas las botellas que desocupo con agua, y cuando voy a regar las plantas les hecho de esas botellas, para renovar el agua. Le pasé una botella y me preguntó si estaba hervida.

—No, pues hijo, es de antes que pasara esto.

—Mejor hazla hervir.

Estábamos en eso, cuando el amigo salió y volvió como alterado. Él es de La Serena y nunca había visto una cosa así.

—Tía, vámonos. Tengo miedo —me dijo.

—Pero hijo, dónde nos vamos a ir, si en todas partes está igual. Te diste cuenta que la señora del lado y su familia taparon con el sofá y se fueron para el cerro —lo vi alterado y me empezaron a dar nervios. Me puse a llorar.

—Mamá, no llores, si ya va a pasar.

—Pero ¡cómo! Escucha lo que dicen en la radio —habíamos logrado prender una a pilas.

—No la pongas, apágala —me decía mi hijo, preocupado.

—Pero cómo vamos a estar callados y viendo esta cuestión —dije apuntando el agua y el barro por todas partes.

—Pero qué vamos a hacer.

Lloré mucho ese día.

—Hijo, si esto lo había soñado, pero de otra forma. Estaba en el entretecho con mi gente, teníamos comida, pero veía pasar en vez de barro lava, de esa que botan los volcanes, y el fuego como que ya nos alcanzaba ahí arriba, yo pensaba ¡ay! si va a pescar a los animalitos, van a morir quemados. Y veía la casa de la señora de enfrente, la Hilda, ella no se puede mover de su cama y ... se veía que venía entrando la lava y pensaba que esa señora murió quemada.

—Si fue un sueño no más —mi marido me decía.

—Pero papá, si hubiera sabido que iba a ser esto, a lo mejor hubiese hablado y esto no hubiese pasado. Al menos no así.

—¿Y quién te iba a creer?

—Bueno, quien me crea no más. Por último, nos hubiéramos preparado nosotros.

—Ya pasó, y ahora hay que mirar para adelante.

Se iba acercando la noche, y no teníamos pan. Este niño que es de La Serena me dice “tía, no se preocupe” porque él andaba con chores y unas chalas, “yo voy a ir a buscar pan”. Le pasamos la plata y no encontró nada.

—No sé hacer pan, ninguna cuestión.

—Haz sopaipillas —me dijo mi marido.

—¡Y cuándo me has visto haciendo sopaipillas!

—¡Cómo no vas a saber hacer sopaipillas!

—No sé hacer sopaipillas —le respondí molesta.

Me dijo que hiciera la masa de una manera, que le echara huevo, con agua tibia y sal, que la revolviera y después que la amasara, para que no quedara tiesa y después la cortara. Y me puse a cocinar.

—Pero a lo que salgan, y si salen duras las echan al té para que se remojen y se las comen no más —les dije.

Hice como un kilo de harina, para aprovechar que quedara para el otro día. Empecé como a las siete de la tarde y eran las nueve de la noche y yo seguía. Tomamos té y era para la risa, porque con todo lo que había llorado, con la mesa arriba del barro, sentados como podíamos, en unos cajones, tarros de pintura, porque las sillas estaban embarradas.

—Tía —me dice el niño— le quedaron ricas las sopaipillas.

—Claro, para alegrarme la tarde me estás diciendo que están ricas.

—No, mamá, si te quedaron buenas —se metió mi hijo.

—Sí, hija —ratificó mi marido.

—¡Ay!, por fin —y me puse a reír, me saqué un peso de encima.

Teníamos barro dentro de la casa. No podíamos cerrarla, porque el agua hizo tira la puerta. Mi marido y mi hijo hicieron guardia toda la noche para que no fueran a meterse para adentro, teníamos un espacio donde guardábamos el vehículo y otras cosas, que estaban antes en el patio, las trasladamos

para adelante. En la casa del frente entraron a robar, pensamos que si nos íbamos todos para adentro nos iba a ir mal. Ninguna puerta se podía cerrar, ni siquiera la del living. Mi hijo empezó a grabar.

—Para que quede de recuerdo, después la contamos como anécdota —dijo.

—Más o menos no más la cuestión, como para contarla —le respondí yo.

El refrigerador estaba en el barro, la cocina también, todo. Para dormir mi hijo, mi marido y el otro chiquillo se quedaban dentro del auto, le puse tiras para que el auto no se ensuciara, de todo lo que pillé por ahí, para que se sentaran. Como las camas estaban todas llenas de barro, le vine a pedir un pantalón a la Kathy ese día, y me acosté con pantalón y a pata pelada no más, con lo puesto, bien acurrucadita tratando de abrigarme para poder dormir algo. Pero acostarse no se podía porque estaba todo mojado.

Mi hijo se empezó a resfriar, él es asmático.

—Si te convidan tus amigos de la universidad a alojar, ándate no más —le dije.

—Mamá, me acaba de llamar un profe de la Universidad, dice que nos va a venir a buscar para que nos vayamos todos para allá —me pidió.

—No, yo no me voy para allá —le dije inmediatamente— Aníbal, el hijo dice que va a venir a buscarnos un profe para que nos vayamos a la casa de él.

—¡Cómo nos vamos a ir para allá si las puertas no se pueden cerrar y cuando lleguemos vamos a encontrar las puras murallas! —decía él— que se vaya él no más, para que no se enferme más.

Porque si al niño le daba un ataque de asma icómo lo sacábamos con este montón de barro! Era muy complicado.

—Hijo, a lo de Dios no más —me sentía como perdida el segundo día— ándate tú no más, a la casa del profesor, donde tu

amigo, donde estés más cómodo, toma lo que puedas y te vas. Porque nosotros no nos vamos, nos quedamos aquí. Tenemos que cuidar las cosas, y no puedo dejar al Aníbal solo, porque él es de edad. Y hay que ver los animalitos en el entretecho, hay que darles comida —yo lo veía como el fin del mundo, prácticamente —si nosotros total, ya hemos vivido tanto, hijo, y a ti te falta mucho por vivir. Ándate y sálvate tú no más.

Mi hijo buscó una mochila, y llevó todo lo que podía. Donde se fue, por suerte, había agua así que él lavaba su ropa. Después venía con un amigo en un jeep 4x4, a dejar cosas, antes había venido la Kathy a invitarme almorzar desde el otro lado del barro, hablábamos gritos.

—No, gracias, —le dije— no te preocupes.

—¿Estás bien?

—Sí, estamos bien.

Me quedé ahí con mi marido, Ahora no puedo ver el atún, porque comíamos atún con fideos. Igual los fideos, el arroz no tanto. Se comía lo que se podía no más, lo que llegaba, nada de regodearse. Otro día, hice roscas con el mismo tipo de masa de las sopaipillas, pero con azúcar en vez de sal. Y me quedaron buenas, decía yo, luego de todo lo malo, salió algo bueno.

Después pasó todo, mi hijo volvió a la casa y empezamos a limpiar, no teníamos pala, sacábamos con un tarro de pintura y lo tirábamos para afuera. La mayoría usó escobas, lo que pilló. Una mañana salí a mirar como estaba la calle y había harta gente de la iglesia mormona que estaban despejando la vereda. Fue tan divertido porque me hicieron un cuadradito hacia mi casa, quedó a harta altura y nosotros bien abajito en la casa, para poder pasar al otro lado teníamos que poner un tarro y salir.

La tercera noche, como a las siete de la tarde llegaron los milicos y nos dijeron “tienen que desalojar”. Mi marido les dijo que no íbamos a dejar la casa sola. El milico le respondió que era bajo su responsabilidad y me preguntó si me quería ir, pero le aseguré que me quedaba con él.

Nosotros nos repusimos en parte por mi hijo, él siempre se ponía a conversar y nos hacía ver las cosas. Tengo el problema que soy muy depresiva, y él me decía:

—Tú tienes que pensar que Dios hace las cosas por algo. Nosotros tenemos que pensar en algo positivo, como leer, opinar de lo que leemos, para así distraernos o poner una música que sea relajante.

Como mi marido es medio terco para sus cosas, decía:

—Sí, pues, Dios sabe por qué mandó este aluvión.

—En la Biblia están dichas las cosas que van a pasar, y todavía falta y nosotros tenemos que estar preparados para muchas cosas más que vienen —seguía mi hijo.

Después mi hijo nos empezó a leer un libro que había traído de la universidad, nos contaba como era el asunto de los minerales, y empezamos a hacerle preguntas de cómo él los trabajaba, y nos fuimos metiendo en su estudio, y ahí fuimos calmándonos más. Analizábamos lo que había pasado, pensábamos cuando vimos que el agua empezaba a pasar, debíamos haber puesto altiro algo que tapara, y no, nos quedamos mirando. Pero es que nunca nadie se iba a imaginar que iba a ser tanto, porque vimos pasar el agua igual que cuando alguien lava un vehículo, pero no pensamos que iba a ser un aluvión.

Tecito con Kathy y sus vecinos

Llanos de Ollantay, cuarta etapa

Es un día lunes. Son cerca de las cinco de la tarde cuando llego a casa de Katherine Araya, Presidenta de la Junta de Vecinos Llanos de Ollantay Cuarta Etapa, con quien acordamos reunirnos con algunos de sus asociados para hablar y recordar lo que fue el aluvión en su sector. Para invitar hicimos un afiche, unas cuantas invitaciones, y por su parte harto celular y whatsapp. Arreglamos una once, té, café, queques, brazo de reina, galletas de diverso tipo, snack de vegetales y semillas secas, jugo. Kathy, que conoce muy bien a su gente, mira lo desplegado en la mesa y decide mandar a una de sus hijas a comprar pan y mortadela, algo en lo que jamás pensé.

Comienzan a llegar los invitados. Primero una pareja de adultos mayores. Kathy abre el portón, porque Miguel viene en silla de ruedas, le falta una pierna, más adelante deduzco que producto de la diabetes. En Copiapó los diabéticos suelen perder sus pies, entiendo que en otras ciudades les salvan sus extremidades. Todos estamos abrigados, hace frío para nuestra zona donde los días nublados escasean a pesar del clima desértico que en un mismo día nos enfrenta a más de veinte grados celcius en el día y perfectamente cinco o seis, en la noche, durante el invierno. Pero ahora llevamos más de una semana sin sol.

En la mesa larga, los primeros invitados se mantuvieron siempre en sus sillas, mientras que más allá, los niños llegaron del colegio, saludaron discretamente, se sentaron a comer algo, se movieron, y una que otra vecina se fue integrando a la conversación. Las hijas de Kathy están desde siempre.

Comienzo tratando de motivarlos a hablar. Claro, primero me presento brevemente, sólo como periodista y escritora y les cuento del libro. La primera que toma el grabador es Teresa, esposa de Miguel.

—Yo estaba haciendo sopaipillas, justo terminé a las doce cuando viene el aluvión, y me asusté. En la mañana la vecina me dijo que me levantara temprano —dice.

—Ellos nos vinieron a ayudar, con la Katthy —agrega Miguel.

Teresa no puede seguir hablando, porque se pone a llorar. Es mi primera conversación grupal, y me enfrento a una de las dificultades personales y una de las interrogantes que me he hecho al empezar este trabajo, sobre el valor de registrar estas historias, rescatarlas del barro, pero sé qué me encontraré con mucho dolor, y de alguna manera también tengo miedo de mi capacidad de resistencia ante las emociones difíciles. Le pedí orientación a la sicóloga Francisca Toro sobre este punto, quien me habló de la experiencia humana siempre cercana al dolor, que es nuestro maestro y me aconsejó ayudar a resignificar lo vivido, a buscar sacar la lección de vida de todo aquello. Pero Teresa está llorando, todos la miran con comprensión, hablo acerca de que sé que para todos es difícil, que lo vivido fue fuerte, Kathy le pasa un pañuelo.

—¿Después los vinieron a buscar para llevarlos a otro lado? —pregunto, tratando de aliviar la situación.

—A Iquique —responde.

—Se quedaron acá casi dos meses —interviene Kathy— y la señora María, ella estuvo cuatro meses. La Tere y Miguel ocupaban la pieza de Yovanka, porque ella se fue, prácticamente la eché, vino el pololo a verla y los pesqué a ella, a la Renata y a Carlitos y los mandé para otro lado porque en la casa de mi papá no había pasado nada. Necesitábamos alojar a Teresa, Miguel, a la abuelita y allá estaban seguros, había luz, agua, tele, cable para distraerse, para que no vivieran la realidad de acá porque aquí no sabíamos qué pasaba. Mi hija se fue llorando, no quería.

Miguel cuenta algo de su historia.

—Estuve cuatro días sin diálisis, los bomberos me llevaron.

—Los bomberos andaban por ahí, notamos que tenía los ojos dilatados, que no tenía las pupilas normales, como hice primeros auxilios lo miré, estaba raro, pálido y en eso la Mónica se fue a buscar a Bomberos, los trajo, le tomaron la presión y el Pato se lo llevó “a tota” para allá, porque la silla de ruedas todavía no la podíamos traer, ni las muletas. Entonces teníamos que trasladarlo en los hombros para el sillón, para allá y para acá. Esperamos hasta las cinco de la mañana que llegara Miguel, porque nos dijeron que estaba muy mal —recuerda la anfitriona.

—Estuvimos un mes diez días. De Alto Hospicio nos vino a buscar mi sobrino. Trajeron tomates, pañales, arroz, azúcar. Por el pasaje pasaba el agua, bidones, de todo. Yo traje un amigo que arrendaba una casa, lloraba, que perdió todo. Y justo cuando me iba para Iquique, me sirvió para el cuidado, como andaban robando, me dijo “yo te voy a pagar la luz y el agua”. Él salía en la mañana y llegaba en la tarde y me sacó el barro del patio, con otro compañero.

Kathy recuerda esos días.

—Acá al frente era el punto de acopio de la mugre.

—De los camiones, claro —aclara Sonia.

—En la mañana echaban, se llevaban. En la noche eran las cuatro y escuchábamos el salto de una tapa por el camión. Nos amanecíamos escuchando los camiones y con el miedo que descargarán y cayera un cuerpo, un animal muerto, siempre estábamos pendientes de eso. Varios vecinos estábamos siempre mirando afuera. A lo mejor pasó algún resto de cuerpo por aquí y nosotros no nos dimos ni cuenta.

Fabiola Muñoz también recuerda:

—Llegó mucha ayuda, pero de particulares. Las filas eran enormes. Igual en un momento me sentí humillada, cuando recién comenzó a llegar ayuda, no tenía idea que era Daniela

Cicardini, llegaron en un camión, y nosotros habíamos ido con mis amigas a comprar porque todavía funcionaba la panadería y llegó un camión trayendo leche y agua y colchonetas. Y se pusieron a repartir. Estaba la tele, empezaron a entrevistar, todo bien. Como nunca, estaba casi de las primeras, para recibir leche y bidón de agua. Las que estaban cerca empezaron a insultar a la Cicardini, unas querían que atendieran primero a las de la tercera edad, obvio, otros empezaron a gritar “Ah, ahora apareció” porque Cicardini no apareció para nada por acá¹, como vino la hija, todos empezaron a atacarla. Después a la Cicardini le dio la tontera, cerró el camión y nos dejó a todos pagando. Nosotros gritándole que al menos nos diera el agua, que era lo que más nos interesaba. Me sentí humillada, por 5 litros de agua y 1 litro de leche, que te la negaran. Y hasta ahí llegamos. Y se fue de ahí, y todos gritaban “¿y dónde está la tele?” porque la tele no grabó eso, sólo el principio, cuando venía llegando el camión. Pero cuando empezaron los insultos, se fue la tele, todos buscábamos para que grabara cuando ella dijo que no se daba nada más, que el camión se cerraba y se iban para otro lado. Fueron muy rotos con ellos, pero igual no teníamos la culpa los que estábamos haciendo la fila gigante, a mi me dio la tontera y me fui, estarse humillando por cinco litros de agua.

—La Tere y Miguel ocupaban la pieza de Yovanka —cuenta Kathy—, mi hija se fue llorando, quería quedarse ayudándome, pero yo la necesitaba cuidando a mis hijos chicos en la casa de mi papá. Ellos se fueron el tercer día, cuando decretaron zona de catástrofe. Ahí logró pasar una camioneta de un amigo de mi hija, una camioneta de esas de “Los Carmona”, antigua, no sé cómo pasó Facundo en su camioneta, con dos tambores

¹ Maglio Cicardini era Alcalde de Copiapó en ese período y su hija diputada. Fue muy criticado por su ausencia y favorecer su vivienda antes que la de los pobladores, la gente hizo grabaciones de los trabajos de limpieza en su casa.

llenos de agua y tres bidones. Ese día llegamos a tener aproximadamente un litro de agua. Porque el amigo de la Yovanka traía dos tambores, y tres bidones, ellos venían destinados directamente para acá pero cuando entraron a los Llanos dos la gente se le tiró encima y le sabotó los tambores. El pololo de la Yovanka pensó “no, esto es de mi tía Kathy” así que metió los bidones adentro de la camioneta. Llegaron acá en un plan que, a lo mejor para la gente fue como de burla, y para otras no. Pero nos sentimos súper increíbles cuando llegaron, tipo niños tunning, la música a todo chanco, como animando a la gente, porque era tanta la desolación del barro, de la oscuridad, de estar sin agua, como un desierto, una cosa horrible, que fue como un ánimo que nos dieron. Cuando ellos llegaron con esos tres bidones de quince litros llamé a los vecinos, yo no podía decir voy a meter los bidones para adentro. Me acuerdo que salió uno con esos bidones de veinte litros, pensando que tenía harta agua. ‘Vecino, no le puedo llenar el bidón, le voy a echar un poquito que le alcance para la tetera por último’, y eso fue lo que hicimos, más o menos un litro para cada uno, y al que le alcanzó, le alcanzó. Era la tarde, estaba todo oscuro, y nos dijo que en el palomar estaban dando ayuda. Entre las vecinas juntamos unas monedas y le pasamos para la bencina. Y nos fuimos. Llamé a la Rosa Ahumada, y le pregunto y justo estaba con el gobernador y me pasa con él.

—Kathita, comunícate con Osvaldo Carvajal, él está en el punto de acopio del Palomar, dile que vas de parte mía, para que te den esto, esto y esto. Ya —le digo yo—, Marito, tengo una abuelita con problemas a la presión en la casa, está llegando una persona que perdió todas las bolsas de la coelectomía, está la Teresa que no se ha puesto el Modecate, una inyección para la esquizofrenia, y estábamos con Miguel que no había ido a diálisis. Kathita, tú comprenderás que por el nivel de magnitud de la catástrofe es tan grande que... —me respondió pidiéndome por favor que solucionara mi problema yo, porque eran

cuatro abuelos, como que no era tan grave como lo que había a nivel general. Yo no sabía, nosotros pensábamos que era Paipote, o solamente Copiapó, no que era Alto del Carmen, Chañaral, Salvador, Diego de Almagro, El Salado, toda la región. Tomé una actitud súper penca, que no la he conversado con él, y algún día se lo voy a decir, le dije “váyase a la mierda” y le corté.

—Nos fuimos al punto de acopio, íbamos con la secretaria de los Llanos I, la Alejandra, y estaba allí Luis Orrego, el concejal. Entramos desesperadas y vimos que le estaban negando un pantalón a un gitano, para su niño, que tenía el barro hasta el cogote. Me puse a discutir con ellos, que le dieran el pantalón, que en realidad ellos vivían acá. “¿Lo conoces?” me dice Luis Orrego. “Sí, huevón, son del sector donde vivo, o sea, yo estoy mal y ellos están peor, como se te ocurre negarles un pantalón” y empecé a tratarlos mal, porque dijeron que nosotros estábamos recibiendo ayuda, acá, cómo se les ocurría decir eso. Nosotros en realidad estábamos en la incertidumbre porque los milicos no dejaban entrar vehículos. No sé cómo Miguel se metió. En ese rato recibí un llamado de la radio Santa Cruz, y me tiran al aire.

“Kathy, te estamos llamado en este momento” —y yo paré de discutir con el viejo y los tipos de la Muni— “de Santa Cruz, sexta región, sabemos que están sufriendo allá, y tu sector Llanos de Ollanaty cuarta etapa por orden del Gobernador que fue el contacto que nosotros hicimos, nos pidió que los ayudáramos”. —Ya, les dije yo—. “Dinos qué necesitas, qué hace falta”. Cuando empezó a decirme que estaban haciendo una campaña, me largué a llorar, porque era una cosa increíble, de saber que gente de Santa Cruz, estaban tan preocupados por ti, y que la autoridad municipal ni siquiera una inquietud, o sea. En general todos estábamos devastados, desesperados y entristecidos porque hasta el tercer día aquí no llegaba ninguna autoridad.

—Después que lloré, solté el guacho, me calmé y me llenaron la camioneta con ropa, fideos, papas, cebollas, arroz, eso era lo que había. Llegamos cerca de las once de la noche, la hora exacta no te la puedo decir porque para mí las siete de la tarde o las diez de la mañana eran lo mismo, perdimos la noción del tiempo. Llegamos y guardamos las cosas, porque andábamos alumbrándonos con los celulares, con la poca carga que nos quedaba, no había velas, linternas, nada. Al otro día, como tenía quien me ayudara, estaba Miguel, la Tere, la abuelita, ellos hacían el almuerzo, para todos, ese día optamos con la Darinka, mi secretaria, mi marido, el Pato, la Susan, mis hijos, en ir a dejar ayuda al cerro, porque la gente de allá no tenía nada. Fue muy chocante llegar arriba y encontrarme a un niño en calzoncillo y polera, y mi marido le miró los piecitos y le pasó un par de zapatillas, y ese niño gritaba y saltaba de felicidad, contento, porque había perdido todo, era de los Llanos dos. A mi marido se le hizo un nudo en la garganta. Llegamos hasta el último lado, arriba, y entregamos un paquete de pañales a una niña adulta en una silla de ruedas, y bajamos. De ahí empezamos a llamar a las vecinas que habíamos visto que tenían allegados en sus casas. Les entregamos un poco de cebolla, paquetes de fideos, agua y papas, y un bidón de 15 litros para 15 personas. Esa fue la primera ayuda.

—Mi hermano pasaba todos los días, se venía a pie por el cerro, o por abajo por Los Carrera, me traía agüita, mi cuñado, mi suegra, ella todos los días me mandaba 20 panes, margarina, mortadela. Fue increíble como a los 25 días llegó mi cuñado con una botella de Sprite de tres litros, la habían metido al freezer arriba, para llegar con la bebida heladita, estábamos con la Darinka afuera, yo no soy muy de bebida ni de jugo, pero nosotras ansiábamos un vasito bien heladito, mi cuñado no alcanzó a cerrar la puerta y pescamos la bebida, corrimos para adentro y le echamos bebida al vaso, y tatatata, (risas) Sabes que fue increíble tomarse ese vaso de bebida. Porque

no tomo agua de bidón, para mí era un martirio tremendo. Cuando empezaron a llegar las ayudas de agua en aljibes yo era feliz, cuando llegó el agua primero chocolate, yo era feliz. Todos me decían no tomis esa agua que está cochina, pero me daba lo mismo que estuviera café, quería agua de la llave. Tenía la boca rota, por eso me quedó esta cicatriz ahí.

—¿Qué día empezó a llegar la ayuda para acá?

—La primera fue la que trajimos con la camioneta de Miguel, después se echó a perder, estuvo hartito tiempo mala. La ayuda empezó a llegar como a los siete a ocho días, que comenzaron particulares a venir, porque gracias Dios los vecinos somos bien esforzados, la gente empezó a tirar pala, picota y así se pudo entrar, llegaban hasta Totoral. Queríamos alcanzar hasta la casa del Miguel, la Tere, teníamos que limpiar todo, pero recién pudimos el día 12. Antes pasábamos para allá con el barro hasta la cintura, a mirar si no se habían metido, si habían hecho alguna maldad, y nos devolvíamos porque no podíamos realmente entrar. Las máquinas empezaron a trabajar donde la tierra estaba más dura, entonces para el lado de la Tere y el Miguel era agua todavía y no podían, porque trataban de levantar con las palas y la cuestión como era agua, se caía. No había de donde sacar tierra para echarle. Yo todos los días estaba pasando por donde la Sonia, a ver que no tuvieran necesidades. La gente como pudo se movilizó en las camionetas que llegaban. Tuve muchas peleas con las vecinas porque uno las estaba viendo que estaban constantemente pidiendo la ayuda de las camionetas que llegaban, se lanzaban y no esperaban, por ejemplo, a la Sonia que estaba metida en su casa. Yo les decía que por último esperaran que la gente que venía con las camionetas pasara hacia allá, para ayudar a los vecinos que estaban llenos de barro. La ayuda que llegó de Santa Cruz no se la di a la gente de ese lado, fue para la del fondo que estaba más llena de barro, la que vino del otro lado, unos abuelitos de Los Carrera, una peruanita que estuvo

todo un día haciendo una cola en la escuela para que le dieran una botella de agua y los desgraciados le dijeron que no, porque era peruana, y estaba con sus cinco hijos. Me la trajo para acá una vecina. Le dimos pañales, mercadería, de todo. La gente de los departamentos de los Llanos I de la Cintya se le entregó mucha ayuda, porque era los que estaban más mal. Considero que nosotros no estábamos tan mal, porque gracias Dios yo había ido al supermercado dos días antes y teníamos el mueble lleno de mercaderías. El primer día comimos carne, pollo, porque teníamos el freezer lleno, tuvimos que vaciarlo el primer y segundo día. La Sonia yo la veía que estaba con su marido, la Silvia y él, yo estaba más preocupada de la gente que realmente estaba sola. El tercer día llegaron militares, los llamé que se bajaran a ver a la gente adulta mayor que necesitaba ayuda. Tiene que haber sido un huevón grandote, de boina negra, saltó y me dijo: “No me grites”. “Te grito todo lo que quiero” —le respondí—y anda a ver a los adultos mayores, a los inválidos”. “¿Y a dónde tenís adultos mayores, inválidos?” Y lo hice caminar al fondo, hacia el cerro, en el transcurso que llegó a la última casa, frente a la de la Sonia, el milico quedó agachado, porque nunca había visto tanto adulto mayor y discapacitado junto. Se dio cuenta que algunos estaban encerrados en sus casas, con el barro hasta las rodillas, otros igual de encerrados pero sin barro, porque habían logrado hacer un lomito o algo para que no se les entrara, y ahí empezaron ellos a entrar y llevárselos.

—Kathita, ¡hasta cuándo vamos a estar allá? —me decía Silvia a través del celular desde el albergue.

—Silvia, si te enferma’i, estás salvá, hay medicamentos, doctores, hay de todo. Yo no sé qué va a pasar, entonces dale no más.

De la Sonia no me preocupaba porque esta vieja tiene una fortaleza tan grande. Entonces ya eran cuatro o cinco preocupaciones menos, me saqué una mochila de encima. Seguía con

la Ita, que estaba tan silenciosa que le podía venir un problema a la presión. La Tere, cuando empezaron a llegar los camiones, las máquinas, había que cuidarla porque se nos puso porfiada, se nos arrancaba y había que salir atrás de ella, producto de que le faltaba su inyección. Teníamos que cuidar las casas, la Sonia vigilaba su pasaje. Después llegó su hijo con compañeros de la Universidad de Santiago, entonces empezamos a hacer conexiones. Hubo harta crítica, sí, que yo considero que no eran justas porque uno estaba haciendo lo más que podía. Rubén dice “no, que las autoridades acá en Copiapó no hicieron nada” yo digo si para nosotros fue pesado como dirigentes de una junta de vecinos para las autoridades fue un peso muy grande, para el Intendente y el Gobernador. Del Alcalde no digo nada, porque se choquéó, no estuvo.

—Andaba buscando la casa —dice otra vecina, provocando las risas de todos los demás e intercambios de todo tipo de comentarios.

—El Seremi de gobierno se inundó también, —continúa Kathy con vehemencia— la Ely de la Gobernación, si ellos viven acá al frente, con el barro hasta el cogote y trabajando, ayudando. Fue pesado para todos. Entonces las críticas las tomé como experiencias de vida, porque la gente de atrás fue la que más habló, pero ellos no sabían qué estaba haciendo, porque no veían más allá de sus narices. No fueron capaces de ir a ver a los abuelos para allá, como estaba la situación donde la Cintia, desastrosa, las casas hasta la cresta de barro, son de un piso, no tienen un segundo donde resguardarse. Fue horrible, yo empecé a recorrer para todos lados. No fueron capaces de ver como estaba la gente en el cerro, como estaban durmiendo, como se estaban abrigando. Con el tiempo empezaron a entender cómo fueron las cosas, cuando conversamos, aquí había cuatro o cinco personas y comíamos 25, hacíamos de dos, tres rondas, y tampoco sabían que mis hijos se los habían llevado.

Por esos días el barro fue capaz de dividir la ciudad, encerrar gente en sus casas o en sus sectores y las familias se resintieron. Kathy recuerda:

—A mis hijos los vi recién a los 21 días, cuando pude tomar un camión que me arrastró para allá, y fuimos con el Pato a verlos, a dejarles algo, lo que encontramos. Ahí recién vi a mi papá, que no tiene idea de la dimensión del daño que hubo acá arriba, porque mis hermanas se lo taparon. El sabía que hubo un aluvión, que había barro, pero los niños trataron de que no viera noticias, por su corazón. Lo vi, lo abracé, porque en el momento del aluvión yo pensaba en mi papá, porque nosotros hemos vivido tres aluviones, dos en la casa de mi papá y éste. El año '84 hubo un aluvión en Los Loros con Eleuterio Ramírez, donde bajan las quebradas del Cerro Capi. Donde está el retén de Pedro León Gallo y Eleuterio Ramírez hay un muro de contención, ahí la casa más baja es la de mi papá. En esos años, el '97, nosotros salimos con el agua hasta la cintura, estaba Marcos López de Alcalde, y yo discutí, peleé con él que necesitaba que terminara el muro en la esquina porque no daba la vuelta. Entonces cuando bajaron las quebradas de Villa Esperanza, los Volcanes, llegaron hasta ahí, golpearon, pero se dieron la vuelta por atrás, y entró el agua con cuática, y salió para atrás, reventó un muro y arrasó con todo. Ahí salí con mi hijo, el Pato, el grande, tenía como cinco meses. Estábamos discutiendo con mi hermana cuando sentí un golpe en la puerta, era mi cuñado, abrió y justo el agua arrastró y entró ropa, palos, madera, de todo, horrible.

—Respecto al rol de la junta de vecinos? ¿Qué sintieron respecto a esta organización entre los vecinos? —pregunto.

—Yo no tenía ninguna vinculación con la junta de vecinos. Yo soy de mi casa, mi mamá que vive al frente, y mi vecina, no me gusta involucrarme mucho, andar de casa en casa, nada —contesta Fabiola— pero pasaban los días y no sé por qué me acerqué a la Kathy, porque todos empezaron a atacarla porque

decían que no prestaba ninguna ayuda, que las otras juntas de vecinos sí lo hacían. Le encontré la razón porque ella empezó a apoyar a la tercera edad. La cuarta etapa somos este sector más las casas de un piso que corresponden a la tercera edad. Entonces la Kathy se fue con todo con ellos, que necesitaban más que nosotros. Eso yo no lo discutía. Un día me acerqué a la Kathy y le dije “mira, están hablando esto y esto otro”, “mira negrita, sabís que llega una ayuda y necesito el apoyo de ustedes ahora” me respondió, con ella éramos el saludo no más, y “ya” —le dije— “yo te ayudo”. Nos fuimos a la vuelta a contactar a mi vecina, ahí se armó el grupo, éramos como cinco y no teníamos idea que era Farkas, le pregunté qué era y ella me contestó ‘no sé, negrita, a mi me dijeron que era una ayuda grande no más, que tenemos que estar a las ocho de la mañana allá en la calle. “¿Prestai ayuda sí o no?” “Sí”, le dije, “cuenta conmigo”. Voy a buscar a Nataly pero necesito un vehículo, la Naty tiene el jeep, yo el auto, fuimos para allá y era Farkas, supuestamente era algo piola, pero él llegó tocando la bocina del camión, y quedó la embarrá. Ahí me uní a la Kathy, a la junta de vecinos, el grupito que éramos, ya se ha esparcido, pero cuando nos necesitamos nos juntamos. Cuando llegó esa ayuda todos nos juntábamos acá, empezamos a hacer bolsitas de mercadería y ahí yo vine a saber cómo es la cosa en realidad. Tú de afuera, dices la huevona tal por cual, se roba o se deja las cosas. La Kathy recibió mucho insulto, la trataban de ladrona, de mañosa, que tenía la casa llena con cosas, yo entré y lo único que tenía era de un particular que ella se movió para ayudar a su gente, cuando llegó lo de Farkas ahí recién empezó a llegar la ayuda.

—La Katty me decía qué hacemos, como lo reparto porque no me quiero quedar con nada. Pescamos las cosas, y empezamos echarlas en bolsitas. Queríamos hacer como todo parejo, pero no alcanzaba, así que una cosa para éste y otra para éste, tomamos la camioneta, la llenamos, y le dije a la Kathy para

la tercera edad primero. Los pañales para un caballero que los necesitaba. Siempre los tuvimos abastecidos, y empezamos a repartir todo y llegamos hasta donde pudimos. Ahí yo supe lo que era estar en los zapatos de la Kathy.

Para Fabiola, el aluvión fue un momento de unión con sus vecinos:

—Me llamó una amiga que vive en la sexta etapa, que la fuera a buscar porque el agua se le estaba metiendo. Fuimos con mi marido, en la camioneta, pudimos pasar. Salió mi amiga con lo puro puesto, con su niño de ocho años en brazos para que no se mojara, y nos vinimos para acá arriba. Después decían que estaba bajando la quebrada en Los Carrera, nos fuimos en la camioneta, para ir a mirar porque era algo novedoso, nos vinimos, tomamos tecito, como las nueve de la mañana, ya no había luz, y como las once empezaron a decir que se venía la quebrada. Gracias a Dios yo tenía paneles porque estaba construyendo, y un vecino tenía una torre de arena al frente, entonces lo bonito fue que todos los vecinos se unieron, prestaban sacos, bolsas. Taparon todos los pasajes, la esquina que era la principal para que no entrara el agua.

—Yo no me moví de mi esquina —recalca Fabiola— mi marido llenaba los sacos para tapar los pasajes. Mi vecina le atacó los nervios que su sobrino, su hermano, todos, la veía llorar a ella y la cuñada y lloraba yo, porque después era mucha agua. Todos tratando que no se viniera y después me doy cuenta que se estaba entrando por un pedacito del patio, fui tapando, sacando alfombra, tirando ripio. De ahí se empezó a calmar la cosa, pero después como a las once mi hermana dice voy a ver mi casa, porque también me la traje para acá. Ella vive en Los Llanos dos, se va el marido de mi hermana primero, la llama y le dice “Carola, tenemos la embarrá en la casa, perdimos todo”. Ahí más llorando, y mi amiga la de allá, también. Después ella dijo que iba a mirar su casa, fuimos pero en vehículo era imposible pasar, seguimos a pie, con el barro hasta arriba, pero

llegamos. Abrió su casa y todo nadaba. Igual la impotencia de ver tus cosas que te han costado, dándole apoyo no más, que estaba con nosotros. Subió al segundo piso y sacó lo que pudo, una mochilita y partimos. Cruzamos todo el cerro y fuimos a ver a mi hermana, tampoco, nada rescatable, así que me los traje a todos a mi casa, de vuelta. Éramos muchos, hacíamos olla común, gracias a Dios como fue a fin de mes yo tenía para comer.

—El agua, primero empezaron a vender, bidones a ocho lucas y uno los compraba —agrega Kathy— pero yo no. El agua llegó a los 23 días.

—Como a los quince días llegaba un camión aquí al frente —agrega Fabiola.

— Si tú preguntai' si nos lavamos o nos bañamos fue como una semana que ni la punta del dedo —dice Kathy— porque no se podía, había que racionar el agua, para la comida, los niños que tenían sed, había que limitarles hasta el traguito de agua.

—Habían familiares o amigos de los vecinos que traían agua en bidones —agrega Fabiola.

—Fue rico bañarse después de 24 días —dice Kathy y todos se ríen.

—Yo puse dos pedazos de tabla en el patio y me bañé —recuerda Sonia— con calzón y sostén, mi marido me echaba agua con un tarro.

—Justo esos días habíamos tenido el conflicto con el del negocio El colombiano —agrega Kathy— todos los vecinos estaban repartiendo las carnes, mortadelas, helados, todas esas cosas y él no quiso repartir, era como si abría el negocio pensaba que lo iban a saquear. Éramos nosotros mismos, le decían los vecinos pero, regala, como no quiso a los días después andaban las hamburguesas, las vienasas. Dentro del barro, de la hediondez a mierda, las carnes podridas, y todas esas cosas que los perros andaban trayendo produjeron mucha mosca. Lo que más necesitábamos era cloro y bolsas de

basura, para recoger, que nos dieron de Enami. El tema de la basura fue bien complicado, acumularla en la casa, sin cloro, ni agua, hasta las fecas de los perros se complicó porque no tenías donde botarlas. Temimos un brote de epidemias grande, la tierra traía de todo. Gracias a Dios no hubo gran problema en ese sentido.

Ahora todos creen que hay normalidad, aunque las cosas han cambiado. Para Kathy, es hora de valorar y preocuparse más de su familia. Muchos aprendieron que podían contar con los otros, con gestos que salieron voluntariamente de muchos, como también tareas conjuntas que emprendieron con éxito, pero también quedaron algunas lejanías con algunos vecinos y, por cierto, marcas en sus cuerpos de lo vivido.

—En esos días se nos enfermó la Susan, mi hija —señala Kathy— ella sufre de una dermatitis atópica, y no tuvo límites en andar sacando barro. Ninguno. Al Pato le reventaron un dedo del pie con una pala, hubo que llevarlo corriendo a que lo pincharan contra el tétano, la Susan se le empezó a llenar de granos todo el cuerpo, quería agua para bañarse y no había tuvo que bañarse un día con una agüita de Cachantún. Y la Yovanca nos produjo un problema bien grave cuando estaba la restricción vehicular, le dio una alergia, una urticaria y la llevamos a la posta, le dieron unas pastillas, le hicieron peor, la llevábamos enrojecida entera, en el auto de Fabiola con su marido. Era muy peligrosa la tontera que tenía, no sabíamos hasta que nivel había llegado. Llegamos para allá y no la atendieron, dijeron que tenía que seguir tomando loratadina, el marido de la Fabi es paramédico y le quitó la loratadina y así se recuperó. Fue complicado, nos asustamos mucho, él decía que con la alergia que tenía podía empezar a perder la respiración.

—El marido de la Darinka se le revino una hernia en la columna y estuvo cuatro meses tirado en la cama porque él pescaba las mochilas montaña con bidones de agua y subíamos al cerro. Él tiene que operarse, pero la intervención es muy

peligrosa. A mí se me declaró una tendinopatía crónica. Antes del aluvión tenía una tendinitis y nunca le hice caso. Después el doctor me dijo que tanta fuerza que hice se me produjo una tendinopatía del hombro. Tengo que operarme y ponerme una placa. Pero lamentablemente eso cuesta muchas lucas. No creo que vea médico hasta que se me caiga el brazo —termina Kathy sobre este inventario de secuelas a las que ahora deben enfrentarse, con un sistema de salud que no facilita las soluciones.

Esa historia que me contaron tantas veces

Callejón Toro Lorca, Pueblo San Fernando

*Blanca Cortés Carmona, Presidenta de la
Junta de Vecinos del Pueblo San Fernando*

“Yo soy del callejón Guillermo Toro Lorca, en el pueblo San Fernando. Tengo una casa de bloque, en un terreno agrícola, rodeado de árboles frutales. Vivo ahí desde toda la vida. Mi familia vivió ahí. Toda mi familia es del pueblo: mi mamá y mi papá llegaron como en el año cincuenta. Yo nací el año 65, y no me he movido de mi pueblo. Ahí, en el callejón, aún se cultiva la tierra, porque el pueblo antes comenzaba aproximadamente donde hoy está el hospital, y terminaba en la Fundición Paipote, y todos estos eran terrenos agrícolas. Acá, dónde estamos paradas, era cien por ciento agrícola. Con el paso de los años y la falta de agua, se fueron convirtiendo en poblaciones, como las que tenemos ahora. Pero donde yo vivo, aún sus dueños se dedican la agricultura, hay plantaciones de tomates, lechugas, distintas hortalizas y tenemos árboles frutales también. Con la poquita agua que nos queda, tratamos de conservar nuestro tesoro.

En el pueblo, siempre los abuelos y los tíos adultos, nos contaban que algún día se iba a venir la quebrada de Paipote, le teníamos un terror, porque ellos nos trasmitían ese miedo. Nos decían que cuando bajaba la quebrada, en realidad eran siete quebradas que confluían por la de Paipote, y traía mucha agua e inundaba todos los terrenos agrícolas de ese entonces. La calle Los Carrera se transformaba en un río, y también Copayapu, y estos dos se juntaban en la alameda. Y nos contaban las historias de cómo sus casas se inundaban y se llenaban de

lodo en aquel entonces, y perdían todos sus animales y la agricultura que tenían. Yo crecí con ese miedo, pensando que si se venía la quebrada de Paipote era algo terrible. No obstante, ellos aprendieron organizarse, a lo menos tres aluviones antes de éste, de los que tenía conocimiento mi tío que ya falleció, los hombres se iban a cerrar la calle Vergara, ésa era la primera tarea, a los niños de menor edad los mandaban a cortar los alambrados, esos de púas que separaban los terrenos, porque en aquel entonces lo hacían sólo para que los animales no cruzaran de un terreno a otro, aparentemente no había ladrones. La tarea era cortarlos porque el aluvión iba arrastrando ramas, barro, a los mismos animales, por lo tanto había que dejar despejado para que no se hicieran tacos. Y muchas familias construyeron sus casas y dejaron alrededor pimientos porque permitían que el agua se fuese para otros lados y no entrara a las casas.

La familia Araya, don Juan, cuando se fue a vivir ahí con su señora, limpiaron, porque en aquel entonces era todo un potrero lleno de arbustos, ella cuenta que cuando construyeron la casa don Juan le dijo ‘este pimiento lo vamos a dejar acá porque cuando venga el aluvión nos va a proteger a nosotros y el agua no va a entrar a la casa’. Y efectivamente así fue, la señora Mercedes, nos cuenta que en más que un aluvión el agua ha pasado por ese gran pimiento y no se le entraba a la casa y de hecho, ahora fue igual, ese árbol la resguardó porque todavía lo tiene afuera de su hogar.

Así que la gente aprendió estrategias para protegerse, para cuando viniera el agua salvar lo que tenían, su casa, sus terrenos agrícolas, sus animales.

El agua salía por los potreros, por la calle Los Carrera y se quedaba en lo que hoy conocemos como la población Pintores de Chile, ahí se formaba una verdadera laguna, y cuentan mis antepasados del pueblo San Fernando, que vivió ahí el último asentamiento indígena, de hecho Don Oscar Aguilar,

que todavía hace vino del pueblo, hoy de avanzada edad, él vivió allí. Y tiene muchas historias interesantes, y bastantes aluviones a su haber.

Cuando llegó el aluvión, primero que nada, fue incredulidad de saber que estaba pasando, y que era verdad esa historia que me contaron tantas veces, pero era más terrible vivirla. Con mucha pena de ver que todos mis vecinos perdieron todo, los esfuerzos de su vida, estoy hablando no sólo lo material de sus casas, sus bienes, sino que el terreno. Los terrenos agrícolas quedaron inundados con cerca de 50 centímetros de barro, y con mucha pena porque lamentablemente no dieron recursos ni apoyo para poder sacar el barro, porque es más fácil limpiarlo de una casa de cincuenta metros cuadrados, que de un terreno de una hectárea.

Con mucha pena de presenciar como lloraban, que no podían hacer nada y, en mi caso personal, que estaba dentro de una laguna de barro, rodeada por todos lados, no había forma de salir, ni de ir a comprar. Las ayudas pasaban por calle Los Carrera y nosotros cómo salíamos del callejón a pedir ayuda si estábamos inundados totalmente. Con una pena muy grande de ver a mis hijos pasar frío, estuvimos sin luz, sin agua, aproximadamente diez días sin luz, hasta que un amigo nos prestó un generador. El agua cuando llegó como los quince días era barro, no era potable. Nos tuvimos que organizar y salir a buscar ayuda a los amigos que tenían vehículos que anduvieran en el barro y de alguna forma empezar a hacer los domicilios de toda la gente del pueblo. A través de la junta de vecinos empezamos a pedir colaboraciones, repartir agua, alimentos, hacer lo que se podía en aquellos momentos en que todos estábamos en la misma situación. Yo siempre miraba mis pies llenos de barro y decía “algún día, cuando mi zapatos estén brillantes, me va a quedar la experiencia de haber vivido esto”. Todavía mis zapatos no están brillantes, pero va a llegar el día que mis zapatos, mis botas, lo que yo luzca va a estar impecablemente limpios. Ese día voy a decir terminó el aluvión.

¿Y por qué no lo puedo decir ahora? Porque en el pueblo San Fernando todavía tenemos mucho barro, mi callejón se trabajó, se limpió y está bien, no obstante los terrenos, que son agrícolas, los más chicos son de media hectárea, la gente pudo limpiar la entrada principal a su casa, pero el resto quedó bajo el barro. Los árboles se han salvado porque le hicieron una limpieza alrededor, una tacita. Y es barro contaminado. Lamentablemente. Es cosa de mirar como viene el azufre, los minerales incrustados debajo de ese barro. Uno levanta un barro que está duro, y al darlo vuelta, por abajo, se notan los restos de minerales que brillan. Hay colores amarillos, blancos, turquesa, eso es nada más que resto del mineral molido. Uno que no es experta en el tema, pero que ha vivido acá toda la vida, se da cuenta de eso. Es fácil también porque ahora tienes internet, miras un mapa de google, y se ve los relaves antes y después del aluvión. Se ve la diferencia, como el agua arrasó con todos esos restos mineros, y se vino con este barro, que nosotros pisamos durante tanto rato, en el cual vivimos, en el que anduvimos caminando. Se terminó el aluvión, se limpiaron las calles pero las enfermedades con la que se queda la gente, por qué la gente tiene tanto dolor de huesos, murieron tantos árboles, es por algo. Este daño ecológico es muy grande, pero no se ha dimensionado, se quedan con lo superficial, pero lo que hay detrás no, y uno como simple ciudadano, no decidimos que hacemos. Antes los aluviones traían agua, barro, pero la diferencia es que eso no venía contaminado”.

El banco nunca pierde

Sector Pueblo San Fernando, Copiapó

*Susana Rubio Errázuriz, Presidenta de la Junta
de Vecinos, Rinconada de San Fernando*

“Una situación triste. Si bien sacó lo mejor de todos nosotros pero también trajo mucha tristeza, mucha amargura, muchas penurias. Vivir en un lugar así, bonito, con todo limpiecito. La rinconada era un sector tranquilo, no se veía delincuencia, individualista, sí, súper, tú podías pasar y ni siquiera sabías quien vivía al lado de tu casa, niños por todos lados, jugaban hasta tarde, y lindo, la gente era súper dedicada a su entorno. Los vecinos plantaban, pasaba un caballero que cortaba los pastos, podaba, habían muchos que cuidaban har-to sus jardines. Ahora nadie tiene pasto, primero que nada, en la entrada de sus casas. Todo encementado. La gente ya no quiere saber nada de tierra, los frentes son muros, así como preparándose, reforzados, que no entre el barro ni nada que tenga que ver con tierra. Pavimentaron sus patios y todo lo que tenían de tierra de la parte de adelante, algunas personas tienen plantas con maceteros ahora.

Fue una cuestión tan rápida. Todo comenzó la noche anterior cuando se puso a llover, siguió fuerte, y no sé en qué momento, en qué minuto pasó. De Los Carrera venía como bajando el agua, nosotros, un grupo de vecinos, intentamos cerrar Torreblanca, porque ahí nos dimos cuenta que todo lo que entra por Torreblanca es lo que nos inunda, venía entrando cantidad de agua, como río, la gente todavía como que no dimensionaba la gravedad de lo que venía, empezaron todos a salir con las camionetas y nos abrieron ahí, para mirar lo que estaba pasando.

Entonces les dijimos que cerráramos porque nos estábamos inundando, y abrieron de nuevo, y no sé en qué momento se vino esta cuestión, estábamos trabajando afuera, cerrando los pasajes cuando nos dimos cuenta que nuestras casas estaban todas inundadas. Era un agua... En mi casa que llegaba hasta el tercer escalón. Como mi patio no estaba pavimentado, era más barro afuera que dentro de mi casa. Tú entrabas y era como un pantano. En el momento uno no reaccionaba. En el día todos los vecinos decían ‘pero qué pasó, cómo llegó’, nadie entiende o explica como entró el agua, después se aposó, como que quedó barro y así una pocita de agua arriba.

Qué pena más grande la noche, se sentía una soledad. Igual estuvimos sin luz un tiempo, sin agua, los baños no se podían ocupar. En el día tenías como el apoyo, había cosas que hacer, tratábamos de organizarnos con los vecinos, pero era en la noche donde te venía la depresión, el ruido, porque el agua sonaba, era como si tú estuvieras en la playa y ese sonido de silencio y solamente el ruido del agua que sientes pero era terrorífico, igual sentías cuestiones, como arrastre, penoso. Yo creo que nadie durmió esa noche. A mí me pasa que recuerdo y me da nostalgia, pena, como una depre, porque veo lo que sucedió.

En la Rinconada nadie se enteraba si alguien tenía un problema, de cómo vivían, la gente súper individualista, ellos trataron de organizarse muchas veces. Es una villa relativamente joven, tiene como doce años de vida, en un principio hubo una organización que con el tiempo no dio resultado, la gente se aburrió, sólo hacían algo para las fiestas, la del niño, las navidades. No había una organización que se preocupara del sector. Para ellos tener una junta de vecinos era como ‘que rasca eso es de población’, no se entendía lo que verdaderamente significa una organización dentro de un sector y la importancia que tiene. Se dieron cuenta cuando la ayuda pasaba de largo, nadie nos conocía, ni la gobernación, ni en ningún lado,

no estábamos en ninguna unión comunal. No existíamos. Pasaban de los pintores y saltaban a Paipote. La poca ayuda que llegaba era porque habían unas personas conocidas de los sectores cercanos. Llegó la Rosita Ahumada, la primera, con un camión con palas, botas, y gestionó alimentación. Después que pasó todo lo del aluvión llegó el Seremi de Gobierno.

Estuvimos aislados mucho tiempo. Como dos meses más o menos. Los vecinos mismos empezaron a movilizarse y también la PY, porque yo pienso que se sintió muy responsable, porque no hay colector de agua lluvia, está la rejita esa, pero no sirven, las aguas salen de vuelta. Bueno, igual la magnitud de la catástrofe, no hubiesen dado resultado, porque estamos así, como abajo, así que la empresa llevó maquinaria, algunas máquinas de... este celular, no te preocupes, no pares la grabadora, lo voy a apagar.

Ellos se daban a conocer que eran de la empresa PY y nos pedían que no nos olvidáramos que nos habían estado apoyando. Pero había mala coordinación. Por eso nos demoramos tanto en desbloquear porque no había una persona que dijera por ahí y todo lo que había que hacer entonces sacaron por un lado se metían por otro y los barroes se daban la vuelta. Costó mucho despejar. Lo primero que tenían que limpiar era los callejones para empezar a botar de los pasajes, porque botaban de los pasajes, se entraba al otro y volvía a entrar el barro acá. Estuvo también la Candelaria, la minera, y varias empresas particulares por los mismos vecinos que gestionaban.

Claro, sí, hicimos una protesta. Fue después, no me acuerdo de la fecha, cuando hubo una segunda lluvia, una fuerte y nosotros nos volvimos a inundar en la parte baja de la Rinconada el agua llegaba hasta acá, hasta la cadera. Habían entregado incluso las tarjetas, las gift card, con la ayuda del gobierno y muchos vecinos que tenían sus materiales afuera de sus casas los perdieron. Nos volvimos a inundar, colapsaron los alcantarillados, y no venía nadie de las autoridades a ver

en qué situación estábamos, todos pasaban por alto, entonces tuvimos que hacernos conocidos. Ahí hicimos la protesta. Habíamos hecho la junta de vecinos provisoria. Nosotros nos reíamos porque cuando como directiva empezamos a trabajar con las autoridades teníamos que hacerles un mapa donde está ubicada la Rinconada, porque nadie la conocía.

Dentro de la tristeza, la unidad que se dio con la gente en el aluvión fue tan bonita, ahí éramos todos para todos. Si tú tenías un pan lo compartías con tu vecino. El primer día, cuando viste tu casa, y todo era barro y agua, barro y agua, y qué vamos a hacer, no tenemos agua, tratemos de movilizarnos y al tiro la gente como que se quebró, tampoco podía ser individualista. En la Rinconada la cocina está abajo, toda la comida, hasta el que mucho más tenía lo perdió todo, porque quién guarda en los dormitorios las cosas de comer. Así que quedamos todos de brazos cruzados, qué hago, igual tenías que depender de la solidaridad de tu vecino o de lo poco y nada que se podía conseguir. Me acuerdo que los niños de la Jota llegaron con agüita de las vertientes, la gente contenta, agradecida, los niños repartiendo. Incluso algunos decían que nosotros, por ser villa, nadie nos iba a ayudar, entonces cuando llegaba algo era como la cara de risa, me gustaría que hubiera quedado eso en los vecinos, esa rebeldía, se podría decir, no sé, no esa forma tan egoísta que de repente tienen.

Nosotros tuvimos una vecina que estaba embarazada, la bajaron con una máquina del 2º piso, porque se complicó, y, de hecho, nació su güagüita cuando llegó a la clínica, su marido trabaja bien, pero no estaba. Se quedó todo el periodo ahí, encerrada en un segundo piso, nosotros tratábamos de que no le faltara nada, e igual tenía dos niños más.

Otra señora que tenía tres niños más, estaba complicada. Muchos casos. Mucha mujer sola porque los maridos trabajan en faena, siete por siete.

El Jimmy quedó encerrado arriba, cuando venía bajando, se vino un alud antes de llegar al tranque Lautaro y cuando se devolvieron los pilló otro alud por detrás así que quedaron ahí, y perdimos la comunicación. Fue antes de que nos inundáramos, cuando venían bajando los aluviones de las quebradas, pero acá a Copiapó todavía no llegaban, yo le hablaba y me decía no, acá no voy a poder pasar, nos vamos a devolver. Después por la radio decían que se dio vuelta un bus de Caserones, y yo decía si se sale el tranque, no hay nada que hacer. Pasaron una noche ahí atrapados, la empresa despejó, para que se devolvieran. Igual estuvo como un mes encerrado allá, arriba, en la faena, porque él volvió cuando ya no había ni barro en la casa.

Ya después con el tiempo, mucha gente quedó afectada psicológicamente, en el sector de personas con tercera edad, que son tres o cuatro. Otras necesitaban urgente, limpiar y se bajaron del grado tres al dos para recibir la tarjeta con materiales de construcción y empezar arreglar. A la mayoría los bancos respondieron bien, con seguros, incluso muchos contaron con un seguro de la luz, entonces con la tarjeta más un seguro arreglaban y con el tiempo se fue normalizando la situación en la villa. Pero hay un grupo de personas que estábamos con el banco Scotiabank, ex desarrollo, que no respondió. El contrato inicial dice que nosotros debemos tener ese seguro, antes de que la ley cambiara, se tiene que respetar lo que dice tu contrato inicial, lo que dice la escritura. Pero la escritura te la entregan cuando tú terminas de pagar tu casa. Es tragicómico porque tenemos un seguro por desborde de mar. Entonces cómo el banco tomó ese paquete de seguros!, yo imagino que ellos tendrán que revisar qué tipo de seguros tiene ese paquete, y qué criterio usan como para no ver que halla seguro por una catástrofe terrestre, como un aluvión, que es más posible que un desborde de mar que nunca vamos a tener. En un principio era más de cincuenta personas, el banco sabe qué

está comprometido entonces empezó a llamar a los vecinos de a uno y ofrecerles créditos paralelos, más encima jugó con la necesidad del vecino, lucró, tres o cuatro millones les daban.

Yo acompañé a la señora Rosa, ella vive con una jubilación solidaria, dijo que yo era su hija y la estaba acompañando. El ejecutivo descaradamente le decía cuanto quiere señora Rosa, tres millones, cuatro, cinco, a una persona que gana 85000 pesos mensuales cómo le va a ofrecer eso, no le va a poder pagar, le quitan la casa no más. A una persona desesperada, imagínate. Esa era la solución que daban, o sea lucrar con la desgracia de lo que estaba sucediendo en ese momento, y ofrecían cortarles los años de dividendo con una cuota fija, entonces en ese momento uno está choqueado, no piensas bien, pero el banco nunca va a perder, lo que estaban haciendo era proyectar la unidad de fomento a futuro, pero no perdían porque eran los mismos intereses solamente que te subía lo cual permite acortar los años. No era que el banco te estaba dando un beneficio, estaba regalando plata, algo así. Hubo un grupo de vecinos que no aceptó nada. También hicimos una especie de bulla en el banco, ahí estaba yo también para poder aclarar a los vecinos y llevarle toda la información.

De ese grupo de vecinos quedamos veintitrés, ahora, hemos decidido seguir hasta el final. Tenemos demandas ordinarias así que tienes un tiempo de cinco años en que puedes hacerla, es un proceso largo, no es fácil dijo el abogado, nos está ayudando Don Walter González, no está cobrando sus honorarios así como debiera, sino que una cuota que le pagamos mensual, en el fondo está haciendo un beneficio social, él dice que tenemos grandes posibilidades de ganar porque se va a basar en incumplimiento de contrato y tenemos que tener paciencia porque el banco va a tratar de alargar esto.

Tuvimos muchas mesas de conversación con el banco, con el primer gerente, ahora pusieron a otro. En una primera instancia mandamos una carta pidiendo lo que nosotros queríamos

era que el banco respondiera, porque no fue la aseguradora la que actuó mal sino el banco, porque no contrató ese seguro. Tuvimos esa mesa de conversación, en representación de mis vecinos, porque ellos lo eligieron así, llegamos un acuerdo, ellos dijeron que sí, porque lo que se pedía en esa carta era que el banco respondiera por los seguros comprometidos. Vino una ejecutiva de Santiago y lo único que querían era identificar a los vecinos y yo les dije que no, yo soy la vocera, todo lo que quiera el banco interactuar, yo y el banco o el banco y yo, lo que le interesaba a ellos era dividir el movimiento. Por eso ellos dijeron que iban a mandar unos tasadores a ver, y todo quedó en nada después mandaron una carta donde me vetaron que yo no podía ser representante, legalmente, por artículos de ley, entonces se decidió ir a la demanda. Y en eso estamos ahora. Si hubieran estado corriendo los seguros, mínimo, el que más poco dio eran tres millones de pesos, si tú sacas las cuentas son muchas lucas las que pagamos por el seguro, entonces de qué nos sirve seguirlo pagando, es una millonada de plata a quince o 20 años, el de incendio es obligatorio, también el de desgravamen, y nuestro contrato dice que el banco está obligado a contratar un seguro de catástrofe terrestre”.

En el Hospital Regional

Paola Correa Rodríguez, matrona del servicio de Neonatología del Hospital Regional San José del Carmen de Copiapó Centro de Copiapó

Paola vivía en el sector de El Palomar, al otro lado del río, fuera de la ciudad hasta hace unas décadas atrás, pero al necesitar más terrenos para construir más casas, decidieron poblar ese sector. Algunos creían que cuando viniera una de esas grandes lluvias que se repetían después de varias décadas, se inundaría y habría allí un gran desastre. Por esos días, habían rumores surgidos del pronóstico meteorológico que las lluvias serían enormes, pero nadie alcanzaba a imaginar una catástrofe como la que ocurrió.

Esta matrona que vivía con su pequeña hija, estaba tranquila, había llovido fuerte durante toda la noche, pero no se notaba a la hora de su salida ni en las calles y menos en las casas. Tenía que presentarse en el Hospital Regional antes de las ocho de la mañana de ese miércoles 25, las clases en todas las escuelas y liceos estaban suspendidas, su hermana había trabajado durante la noche, por lo que decidió llevar a su hija al Hospital. Pero llegando al sector del río las calles comenzaron a cambiar, cruzar el puente fue difícil, y al otro lado la situación era dramáticamente distinta. Costaba avanzar de tanta agua que llevaban las calles, de color café, autos contra el tránsito en cualquier lugar, cero semáforos. Su vehículo avanzaba cada vez con más dificultad aunque logró llegar al estacionamiento habitual.

Salió del auto, junto a su hija, y al alcanzar la calle vio un torrente en vez del paisaje habitual. Tomó a la pequeña en sus brazos y le dijo que no se soltara por ningún motivo, acercán-

dose al caudal, pero la detuvieron los gritos de los trabajadores de la construcción que trabajaban en la eterna nueva etapa del Hospital, desde la otra orilla, advirtiéndole que no lo hiciera, porque bajaban piedras, que la corriente era peligrosa y era muy fácil caer. Le pidieron que esperaran ahí, y dos de ellos cruzaron, las subieron sobre sus espaldas y así las cargaron jugando con el peso, la estabilidad y la suerte. Todo salió bien y ya estaban en el hospital. Pisar esa otra calle le dio seguridad.

Cruzó la entrada y se dio cuenta que nada estaba bien. El agua le llegaba hasta las rodillas, y olía muy mal. El blanco del hospital había desaparecido. Al seguir caminando, con su hija tomada de la mano, se dio cuenta que todo el primer piso estaba inundado, y a cada pasillo por el que avanzaba una de las alarmas sonaba diciéndole con voz robótica que el hospital ya no era seguro y había que evacuar. Se dirigió decidida hacia la sala de neonatología. Pero no encontró a nadie allí, se enteró que los colegas de la noche se habían encargado de trasladar el servicio al tercer piso, a la sala de pediatría.

Los ascensores no funcionaban. Así que habían tenido que llevarlos por las escaleras, aunque se trataba de bebés prematuros con enfermedades de gravedad, varios de ellos conectados a respirador mecánico, todos en incubadoras. Los habían cargado entre varios, haciendo funcionar manualmente el respirador mecánico, en un trabajo difícil. Las incubadoras y el equipo de respiración no son livianos, ni fácilmente transportables y dependen de la electricidad. Miró el lugar, sacó algunos insumos que pensó harían falta, vio como llegaban un montón de soldados a ayudar, conscriptos, y subió con medicamentos y otros aparatos al tercer piso.

Al llegar se encontró con el turno completo. Y era muy difícil llegar. Miró con asombro a una parámedico que venía de las cercanías de Paipote, donde estaban totalmente cortadas las calles, asombrándose ante lo increíble de que estuviera allí, más aún porque tenía dos hijos muy pequeños. Paola

tenía barro, no un poco, si no que estaba empapada y el resto del equipo humano estaba en condiciones muy similares. Tomaron conciencia que debían limpiarse para hacer su tarea. Sabían que se trataba de agua contaminada con los alcantarillados que estallaron en diversos puntos de la ciudad.

—Yo no pensaba que estaba sucia, aunque sabía que era agua con caca, sólo en que teníamos que subir, sacar pacientes, tratar de salvar la situación lo mejor posible —me cuenta Paola, mientras conversamos en un café, en un día soleado, con la ciudad ya limpia, un año más tarde de los hechos. La miro y pienso que se ve “normal”, una persona con ropa limpia, peinada, maquillaje, de pelo negro y ojos expresivos y recuerdo que por esas fechas todos y todas lucíamos tan distintos, porque no había forma de salvarnos del barro. La presentación personal era simplemente terrible.

Tuvieron que bajar a buscar medicamentos o instrumentos, varias veces. Se ponían bolsas de basura para entrar al barro. En el primer piso también funcionaban la urgencia, la sala de esterilización, la UCI, UTI, pabellones donde se operaba, la lavandería y otros tantos. Los dos pisos subterráneos donde estaban los generadores estaban completamente inundados. Los pacientes habían sido trasladados en tareas titánicas.

Paola miraba por las ventanas del tercer piso y en la calle seguía bajando con furia torrentes de agua y barro, y el exterior y el patio interno del hospital se veían café. Estaban rodeados. Aislados. Pero logró encontrarse con su hermana, quien le aseguró que llevaría a su hija a salvo a su casa, donde la cuidaría hasta que lograra volver. Se abrazaron y luego se fueron. El tiempo pasó rápido, y las cosas no mejoraban.

—Nos informaron que el agua se iba a cortar, a veces teníamos luz, otras no, perdimos el generador, el oxígeno se nos estaba acabando y teníamos pacientes dependientes de él. Esos pacientes iban a fallecer. Entonces buscamos estrategias para salvarlos a todos. Tuve mucho miedo, pero trataba de mantener la calma —me cuenta Paola con tranquilidad.

Los problemas seguían. Les avisaron que no tenían comida ni siquiera para los pacientes del hospital, y que el agua se iba a acabar en cualquier momento.

—A nosotros nos dijeron que íbamos a estar encerrados en el hospital hasta que alguien apareciera, no nos podían sacar. Afuera la situación estaba cada vez peor.

La coordinadora los llamó a una reunión. Paola, a cargo de la unidad de neonatología, junto a todos los responsables de los diversos servicios, enfrentando la situación.

—No teníamos como sacar pacientes, se vieron distintas opciones, que los trasladáramos por helicópteros, pero no se podía. A pesar que estábamos tan cerca del regimiento, donde veíamos que llegaban los helicópteros pero no tenían acceso a nuestro Hospital porque el helipuerto no funciona, faltó una escalera o un ascensor, sólo llegan hasta el séptimo piso y después no se puede subir con los pacientes.

Saliendo de esa tensa reunión, Paola convocó a su equipo. Una pequeña sala los albergó. Eran como las siete de la tarde, se detuvieron unos momentos a mirarse, a sentir. Paola les contó cómo estaba la situación, algunos lloraron, hablaron del gran compromiso con sus pacientes.

—Yo creo que uno se siente como mamás, papás de las güi-güas, y era como una gran pesadilla. No sabíamos qué hacer —cuenta Paola.

La coordinadora les comunicó que la Clínica Atacama podía recibir a los pacientes más graves del Hospital. La mala noticia fue que la única forma de hacerlo era por tierra, junto al personal, y la ayuda que tenían del ejército, en sus camiones.

—Nuevamente entramos en pánico. Era ir a las calles que estaban completamente inundadas, con lo riesgoso que podía ser para los pacientes y para nosotros. Nuevamente entramos en conflicto. Yo, en algún momento, no quería salir del hospital porque tenía miedo que me pasara algo y pensaba ¿qué pasaría con mi hija?. Pero como jefa del turno comprendí que tenía

que dar el ejemplo. Sentíamos que era mucha responsabilidad y que debíamos tomar medidas para hacernos cargo de nuestros pacientes y no le podíamos decir a una madre que se nos iba a acabar el oxígeno y que sus hijos iban a fallecer por ese motivo. Por eso nosotros aprobamos esa decisión de salir del hospital.

Así que Paola comenzó a organizar el traslado. Una matrona y dos paramédicos irían con ellas, otros se quedarían con los pacientes que continuarían en el Hospital. El movimiento comenzó cerca de las once treinta de la noche.

—Nos trasladamos en camiones militares. Fue súper complejo. Bajamos incubadoras por escaleras y sin luz por tres pisos. Las incubadoras pesan 200 kilos, tuvimos gente que nos ayudaba, voluntarios, también los militares nos colaboraron mucho.

Los voluntarios fueron gente que apareció en el hospital espontáneamente, al saber la situación en que se encontraba. Se les veía sin zapatos, la mayoría de ellos y ellas con las marcas del barro seco en sus pantalones, dispuestos a ayudar al personal a subir a los pacientes en camillas que se hacían eternas por las escaleras, limpiar, trasladar cosas, poniéndose a disposición de quien les solicitara ayuda.

—Eran como ángeles que aparecían en esos momentos, gente anónima, no les pagaron ni tuvieron ningún reconocimiento por la gran ayuda que prestaron. Uno de repente los veía durmiendo en el suelo —recuerda la matrona.

Llegó el director del Hospital a supervisar el traslado. Miró la incubadora, luego la bomba de infusiones, el ventilador mecánico, el equipo de oxígeno y luego al equipo que preparaba todo. Se acercó a Paola y le preguntó:

—¿Todo esto es un paciente?

—Sí.

—No puede ser, todo lo que tienen que trasladar por cada paciente.

Con las bolsas de basura puestas en los zapatos del personal, los voluntarios descalzos y los militares con sus botas, comenzaron a bajar coordinadamente por las escaleras. Alguien pisó la bolsa de Paola y cayó, rodó un poco por las escaleras produciendo toda una emergencia por su salud y la de la güagüa, porque había dejado de darle respiración manual. Paola logró levantarse y retomar su función, y continuar bajando. Otro equipo venía con una segunda incubadora, unos minutos más atrás.

El equipo llegó al patio, tal vez sintieron el alivio de una primera tarea cumplida. Al intentar subir la incubadora se dieron cuenta que no cabían en el camión. Nuevos momentos de tensión y una decisión arriesgada: sacaron a las güagüas de sus equipos, las tomaron en brazos y las envolvieron con frazadas, mientras Paola continuaba con la tarea de hacer funcionar manualmente el sistema respiratorio. Así subieron con la ayuda de los conscriptos a un camión oscuro, porque no había ni el más mínimo tipo de luz en su interior, frío, acompañados de los soldados. Partió el motor y el camión se movía lentamente, tratando de salir del barro del Hospital al flujo de agua y barro que continuaba bajando por las calles.

Dos cuadras más allá el camión paró. Los vecinos del sector habían puesto obstáculos impidiendo totalmente el tránsito, con el fin de que jeeps y camionetas cuatro por cuatro —algunos en afán de cierto turismo de la desgracia— no salpicaran barro y les inundaran más sus hogares. Los militares primero, y después Paola tuvieron que bajarse y explicar a los indignados vecinos del sector que era asunto de vida o muerte, que debían pasar. Finalmente les abrieron paso.

El soldado le dijo a Paola que no mirara por la ventana. Ella pensaba en no desconcentrarse, no perder el ritmo de la ventilación, abrigar a la güagüa, constatar que seguía viva. No temer a lo que se vería por esa ventana, no asomarse, aunque el camión se ladeara y a ratos pareciera que se iba a ir en el cauce

flotando, como una más de las tantas cosas que se habían sumado a ese fluir. El sonido del caudal era fuerte, y matronas y paramédicos intercambiaron algunas nerviosas palabras sobre la estabilidad del vehículo. El trayecto era difícil pero al mismo tiempo corto, no más de un kilómetro y medio de distancia, que en circunstancias normales habrían recorrido en cinco minutos, pero que en las actuales no tenían ninguna noción de cuánto había durado.

Una enfermera junto a paramédicos preparados con todo tipo de equipos estaban esperándolos en el estacionamiento. Paola bajó con el bebé en sus brazos, con cuidado, ayudada por los paramédicos que inmediatamente procedieron a arreglar la entubación, ya que venía en mal estado. La enfermera abrazó a Paola y se puso a llorar.

—Yo tenía barro hasta en el pelo, me trataba de limpiar, creo que estaba choqueada. De verdad pensé que se iban a morir pacientes en el traslado, podían fallecer pero sino los trasladamos iban a fallecer. Había una probabilidad de que algo saliera mal. Como la güagüa que llevaba en brazos, se le salió el tubo endotraqueal, por el camino. Nosotros llevábamos todos los insumos para atender a nuestros pacientes en el camión, pero un militar amablemente tomó la caja de los insumos y los tiró a una ambulancia militar, nunca supimos cuál era. Sentía que era mi responsabilidad porque cuando me caí traccioné el tubo y lo pude haber desplazado.

Pero todo salió bien, aunque el traslado terminó pasadas las tres de la mañana. Los padres se enteraron después, varios eran de lugares aislados como Tierra Amarilla, donde por esos días no existía camino alguno que les permitiera llegar. El destino en la clínica era transitorio, porque irían a Santiago vía aérea, ya que les habían dado los cupos en centros asistenciales de la capital. Eso les ayudaría a resolver patologías que en la zona no se abordan, como operaciones al corazón y una hernia en el diafragma. En circunstancias normales, les cuesta

bastante obtener el cupo ya que los centros asistenciales de la metrópolis no dan abasto a la demanda de su propia zona.

Paola se quedó en la clínica esperando a los otros pacientes, porque tenía que empezar a armar los cupos con todo el papeleo administrativo, y contarle a padres y madres lo sucedido.

En el hospital, hubo un cambio de camión que permitió que ingresara una incubadora, en la que trasladaron a tres bebés juntos, les conectaron oxígeno y llegaron con más seguridad a destino. El problema mayor fueron con la otra guagua conectada a ventilador mecánico.

Paola y todo su turno completó 24 horas trabajando, sus reemplazantes, una matrona y dos paramédicos llegaron a la clínica a hacer el cambio, en parte gracias a que algo había bajado el barro y era más posible transitar. Como les anunciaron que trabajarían hasta que alguien llegara a reemplazarlos, fue emocionante el encuentro.

—Cuando la vi tenía ganas de llorar y la abracé, era como decirle gracias por aparecer y hacer el sacrificio de llegar —recuerda Paola— después como grupo nos abrazamos, con ganas de llorar y era por la reacción que ellos tuvieron cuando dijimos no, hay que salir, y eligieron hacerlo, cuando de primera todos teníamos miedo, nadie quería. Sentía que estaban súper comprometidos con los pacientes, que los priorizamos más que a nosotros mismos.

Paola Correa Rodríguez es matrona del servicio de Neonatología del Hospital Regional San José del Carmen de Copiapó. Lleva diez años trabajando en dicho establecimiento asistencial.

Retroexcavadora al rescate

Avenida Copayapu

Claudio Portilla

Claudio Portilla había salido a mirar. Caminó hacia Avenida Copayapu, la carretera que cruza Copiapó, y se encontró con un río de agua, lodo y piedras donde ningún vehículo se atrevía a transitar, por sus dos pistas y un bandejón central que ya no se distinguía. Era más serio de lo que había temido. Vio al frente de la calle, a un matrimonio sin posibilidades de moverse hacia ningún lugar. La mujer tenía un bebé entre sus brazos, como protegiéndolo contra su pecho. El hombre tomaba la mano de un niño de pocos años, pequeño, tal vez cuatro, cinco, seis años. También había una mujer a su lado. En cualquier minuto el agua podría alcanzarlos y la corriente los arrastraría, pensó.

Así que volvió a mirarlos. Luego a los alrededores. Comprobó que no distinguía nadie que pudiera ayudar a esas personas. Entonces caminó hacia su casa, a una cuadra de distancia. De ahí sacó su retroexcavadora, la que había adquirido hacía un par de años atrás porque era una pieza clave para concretar el sueño para los últimos años de su vida: volver a las tierras de su infancia, despejar, hacer camino y construir su casa en un terreno del que ya era propietario. Tenía la certeza que si no usaba esa máquina, esa familia moriría.

La primera cuadra fue avanzar sin dificultades, pero al llegar a Copayapu y meterse en el caudal comprendió que había emprendido una tarea muy peligrosa. Pensó en que si se llegaba a volcar, podría golpearse con la máquina y quedar inconsciente. Era una máquina estupenda, y él estaba en un lío. Se dirigió

los cien o doscientos metros, era difícil saberlo en esos momentos, contra la corriente del caudal. Escuchaba las piedras que golpeaban la máquina. Miró el torrente y lo encontró feo, parecido al excremento.

Logró llegar hasta donde estaba la familia, bajó la pala y les gritó que se subieran. Pero no reaccionaban. Hasta que el marido le gritó a su joven esposa que tenía que subir.

—Súbete, no ves que el caballero se puede ir. Es la única oportunidad que tenemos para salir con vida de aquí.

—Si nos morimos, nos morimos todos. Juntos.

—¡Cómo vas a ser tan tonta!

Entonces el marido se exasperó y le ordenó, se lo repitió por las buenas y luego por las malas que tenía que subir. Y finalmente ella pisó la pala, a Claudio le pareció sólo una niña, tiritaba entera, estaba en estado de schok, pensó. Ella apretaba más al bebé en los brazos, el niño pequeño fue el segundo en poner los pies sobre la pala, hasta que estuvieron los cinco arriba y Claudio procedió, lo más suavemente que pudo, a subirlos. La familia gritó. Se dio la vuelta. Comenzó a andar esta vez siguiendo la corriente. Miraba a sus pasajeros, y juraba que esas manos temblaban. El agua subía y comenzó a mojarle las piernas, las rodillas, hasta llegar al asiento. Subió más la pala y las personas gritaron. Estaban a pocos metros de llegar a la esquina.

Allí se ubicaba la Avenida Luis Flores llena de barro, pero se trataba de un fluido con una corriente más suave. Lograron tomarla. Una calle que se hizo más fácil de cruzar, hasta llegar a Los Carrera, otro río de barro, pero menos profundo y más angosto, donde se distinguía aún el bandejón central. La atravesó con mayor facilidad, hasta que un hoyo lo atrapó. Sintió que nunca iba a salir, podía divisar media cuadra más abajo el regimiento, donde los militares podrían ayudarlos. Un impulso y nada. Luego otro. Hasta que logró volver a avanzar. Pasó ante las cámaras y los celulares que grababan la escena,

parados en una esquina a la que no llegaba el barro y que tenía conexión con veredas limpias. En una de ellas los dejó, cuando bajó la pala y pudieron volver a pisar tierra firme y seca. Sintió aplausos y luces de cámaras.

—Lo que más me recuerdo de la señora es que al bajarlos apretaba mucho la guagua y se reía, como que comenzó a recuperar la confianza. Me miraban, me hacían señas, me daban las gracias —recuerda este chofer-propietario de taxi colectivo.

Había visto un perro negro en un bandejón. Se subió a la máquina y se devolvió a buscarlo. El barro había alcanzado hasta allí y tenía gran parte de su cuerpo cubierto. Bajó la pala y le gritó que subiera, pero el animal no le obedecía. Así que él descendió, el agua golpeaba fuerte, qué fácil sería caerse, pero lo tomó en sus brazos y lo dejó sobre la pala, advirtiéndole que se quedara allí. A su alrededor, un par de personas que vivían en las casas y que luchaban contra el barro, le reclamaron que su máquina provocaba olas y más inundación hacia sus viviendas.

Levantó la pala, pensando que el perro podía asustarse y tirarse al flujo, pero en cambio se quedó quietísimo, hasta que fue depositado en el suelo de la calle del frente. Unos Carabineros se acercaron a felicitarlo, y también el dueño del animal, al que subió a la pala y cruzó hasta Los carrera.

Hasta allá llegaron unas personas a pedirle que ayudara a una familia atrapada en una vivienda. Se trasladó y las rescató, sin mayores dificultades, hasta dejarlas a salvo en el mismo punto.

—La gente salía a gritarle a la retroexcavadora. Perdí la cuenta cuantas personas rescaté. A veces contaba 10 cabezas en la pala, la gente salía con los perros, los gatos — recuerda, mientras nos tomamos un café-. Lo único que querían era que los dejaran lejos del torrente, del barro, no importaba que los dejara en la calle.

Es un hombre maduro, de pelo corto, mirada lejana, de colores claros en su rostro rectangular. Su pelo corto está a poco de quedar completamente encanecido, pero no sabría calcular su edad, se ve tan vital. Lo conozco desde hace algún tiempo, así que sé algunas cosas de él: que estuvo bastante años en Estados Unidos, trabajando en diversos oficios, que le interesa la política, la ciudad, su familia. Participa en su junta de vecinos y actualmente es presidente. Cuando ocurrió el aluvión, su hija, joven abogada, se desempeñaba como Seremi de Transportes y él estaba inhabilitado de trabajar su colectivo para evitar “conflictos de intereses”. Fueron tres días los que recorrimos en la entrevista.

Esa misma noche fue a buscar, a petición de otra de sus hijas, a unas personas atrapadas en el segundo piso del sector centro sur de la ciudad, hasta donde había llegado el barro, siguiendo la dirección del valle, pero esta vez embancándose. Siguió en su misión hasta que sintió un fuerte dolor en las clavículas, y se fue a acostar, cerca de las dos de la madrugada. En casa, lo esperaba su señora y muchos mensajes de la hija, preocupada por los resultados de su encargo. Limpiarse no era fácil, ya que no había ducha, ni agua en las cañerías. Tenía frío, tiritaba entero.

Al otro día volvió a salir. Un hombre le ofreció dinero, y él lo rechazó. Fue en rescate de vehículos de la PDI, mientras a través del dinero uno de los acaudalados de la ciudad pugnaba por llevarlo a su vivienda. Dice que se sintió mal de no poder ayudar a más gente, aunque no tiene un número de cuántas personas rescató, porque fueron muchas.

De la municipalidad le dijeron que guardara las boletas de combustible, que se las reembolsarían. Carabineros lo acreditó como vehículo de emergencia, para que le vendieran combustible, y un poco más tarde su hija, le comunicó que desde la Intendencia le solicitaban que ayudara en las tareas de emergencia. Se fue hacia el centro geográfico y político de la ciudad.

Allí Bomberos examinaron el vehículo, lo limpiaron de barro y abastecieron de combustible. Fue a despejar la explanada debajo del edificio, con el fin que llegaran algunos cargamentos relacionados con el ámbito de la salud. Sin embargo, no pudo concluir la tarea, porque se cortó un tensor de la máquina. Claudio entonces la estacionó y se fue a su casa. Eran cerca de las cinco de la tarde, y no recuerda como cruzó los dos kilómetros y medio que en circunstancias normales se caminan en media hora, pero que en una ciudad colapsada más bien le recordaba al huracán Katrina en New Orleans.

Lo llamó nuevamente su hija, esta vez con el claro mensaje que tenía que sacar a como diera lugar la retroexcavadora de la explanada del edificio de gobierno. Claudio volvió a la Intendencia cruzando el barro. Dos cuadras más allá, Carabineros le autorizó a dejar momentáneamente la máquina. Él sabía que apenas podía moverla. Pero tuvo que volver a hacerlo al poco tiempo, ya que también le exigieron que abandonara ese estacionamiento. Encontró un mecánico dispuesto a arreglarla, aunque fue difícil y más bien momentánea. Pero también algo dentro de él se quebró.

—Me di cuenta que era la retroexcavadora la que servía, no el piloto. Cuando la máquina estaba buena, había mucha gente que quería aprovecharse. Comencé a darme cuenta de cómo funciona esto, como es la gente de abusiva, cuando hay una máquina. Después la retro comenzó a fallar por todo el barro que se había metido por todas partes y quedó abandonada. Nunca nadie me ha ayudado, tendido la mano, ha dicho esta máquina fue capaz de rescatar más de trescientas personas en esos momentos tan terribles, tan críticos que vivimos.

La búsqueda interminable de Álvaro Plaza

Diego de Almagro

Octubre de 2016. Álvaro Plaza Santander aparece en un video que circula en las redes sociales. Se ve en la orilla de una playa, piel oscurecida por el sol y una polera que dice “Álvaro Plaza Ramos” abajo de la foto de su hijo. Cuenta que en ese lugar encontraron el cuerpo de una de las víctimas del aluvión, por eso ahora la recorren con palas y picotas. Que tiene fe en Dios que lo encontrarán y no descansarán hasta lograrlo.

Es uno de los muchos videos que constantemente aparecen sobre esta búsqueda, junto a otros que difunden actividades para reunir dinero, ya que una máquina retroexcavadora le ayudaría a cumplir su objetivo. Ha juntado varios millones, más de 13, pero le faltan como diez más para lograr la compra.

Su hijo, Álvaro Plaza Ramos, tenía 16 años cuando el 25 de marzo del 2015, al saber de la crítica situación que enfrentaban con un aluvión de agua y barro que destrozaba gran parte del centro de la ciudad y el sector cercano al río, abandonó la seguridad de su hogar, se despidió de su madre y partió al cuartel de bomberos.

Teresa Naranjo recuerda que estaba atrapada en una vivienda, con su pequeño hijo Jason, de seis años de edad, amenazada por la fuerza del caudal cuando llegaron los bomberos en su camión para rescatarlos. El torrente golpeaba el vehículo, lo cubría más arriba de la mitad y aumentaba el miedo de Teresa a que se volcaran. Ella logró subir al camión, pero Jason seguía sobre el techo. Entonces Álvaro le hizo cariño y le dio ánimos, diciéndole que no se preocupara, que saldría de allí junto a su hijo, que estuviera tranquila. El joven bombero logró rescatar al pequeño, lo tomó, ayudándose de una cuerda

para llevarlo desde el techo de la casa que parecía deshacerse en cualquier minuto y lo dejó sobre el camión, pero en ese momento cayó al caudal ante los ojos de Jason y de su madre. Alguien estaba grabando desde la orilla y captó ese preciso momento. Una imagen que recorrió los canales de la televisión chilena, la internacional y estuvo en redes sociales y *you tube*.

Teresa sabe que de no haber sido por el joven bombero, ni ella ni su hijo hoy estarían vivos y lo agradece con una profunda pena por su desaparición y el dolor de sus padres que hasta el día de hoy lo buscan. Confiesa que en los momentos en que estaba atrapada hubo instantes en que había perdido la esperanza de salir vivos.

Álvaro Plaza padre estaba en Antofagasta cuando fue el aluvión, trabajando como Carabinero. Llegó a Diego de Almagro el 27 de marzo con la terrible noticia que su hijo estaba desaparecido. Le habían dicho que la ciudad había desaparecido como también la localidad cercana de El Salado. Un avión lo trajo hasta Caldera y un helicóptero hasta su hogar, donde Juvisa Ramos Lara, su señora, le confirmó que era cierto, que Álvaro no había vuelto y circulaban rumores que había caído al caudal, pero no tenía la certeza de que fuera cierto. No existían ningún comunicado oficial de parte de bomberos, reunión, visita a la casa, algo en medio de toda la emergencia que le asegurara que así había sido.

El padre fue inmediatamente a la escuela Aliro Lamas, donde se refugiaban numerosos damnificados, muchos niños, muchas mujeres. Recuerda que estaba desorbitado, y no podía creer que su hijo estaba desaparecido. Ahí comenzó su búsqueda. Primero con la ayuda de familiares, amigos, bomberos, voluntarios que llegaron a ayudar a la ciudad de diversos lugares del país, en medio de una localidad que durante varios meses no tuvo agua potable, suministro eléctrico ni alcantarillado. Por esas horas vio las trágicas imágenes, las que ningún padre debería jamás mirar, y tomó la determinación de comenzar en el lugar donde el joven cayó al cauce.

Golpeó puertas junto a su señora y logró la ayuda del gobierno que dispuso máquinas durante meses para la búsqueda del joven bombero, la que ha impactado y conmovido a miles de personas.

Converso con él una tarde en Diego de Almagro, me cita al memorial que construyeron en recuerdo de su hijo en un sector cercano al río, un sitio actualmente eriazado ubicado en una de las principales vías de tránsito de la ciudad, a espaldas del edificio consistorial. El sol quema y el viento no para, el paisaje es café, gris, aún lleno de barro seco, casas despintadas, restos de maderas, restos de la línea del tren, otras que se levantan tímidamente y un cielo azul sin interrupciones. La gruta es espaciosa, tiene un techo, rejas que la protegen en medio de una estructura de metal, un banco de plaza, una construcción de ladrillo lleno de fotos de Álvaro, sus diplomas, gorros, flores plásticas. Se le puede ver de bombero, o sin uniforme, con su sonrisa de 16 años. Nos sentamos en el banco y conversamos. Recuerda.

—Iban pasando los días y no sabía que buscaba. Yo vine a chantar cabeza acá, de mi triste realidad, de todo lo vivido, prácticamente, lo poco y nada que recuerdo en el mes de mayo, cuando se celebró el cumpleaños de mi hijo. Los otros días no me acuerdo. Ahí revisé mi teléfono y tenía muchas llamadas perdidas, de meses y de días anteriores, que no atinaba a contestar porque como les digo, estoy viviendo una triste realidad, muy dolorosa, más menos en junio o julio sabía que mi hijo estaba desaparecido, más aún cuando vi por televisión el video de mi hijo, el cual me impactó muchísimo. Lloré mucho. Impotencia, rabia, y no tener la ayuda suficiente para seguir buscándolo —me dice mientras el viento se cuele irremediablemente en la grabación, tanto como el dolor en sus palabras.

—Yo hasta ese momento tocaba muchas puertas, empecé a activar mi instinto de papá, pedí ayuda y llegó mucha, de gente anónima, que no recuerdo los nombres, me pasaron una

máquina, dos máquinas, en el mes de junio llegó la ayuda por parte del gobierno. En esa oportunidad estábamos con el señor de apellido Maturana, de la Onemi, en una reunión con él en representación del señor Intendente. Y la tuvimos hasta el cinco de diciembre de 2015, que ya no contamos con la ayuda del gobierno. Nosotros hemos buscado por distintos lugares donde cayó mi hijo Alvarito y donde pensamos que podía haber bastante lodo, escombros, algo que indique que no pertenece a ese lugar y metíamos la máquina ahí. Así que en esa situación estamos, en este momento no contamos con ningún tipo de ayuda, sólo tenemos la promesa del señor Intendente, hasta la fecha estoy esperando que se cumpla pero no pasa nada con la maquinaria, igual que de parte del seremi, el señor Leiva. Lamentablemente ahora estoy haciendo la campaña de la alcancía para recolectar los fondos y comprar mi propia maquinaria retroexcavadora, así no molesto a nadie, vivo por mi hijo a tiempo completo.

La bocina de un camión interrumpe la conversación. Un saludo que se repite varias veces más a medida que avanza el tiempo, de parte de camionetas, autos, otros camiones. No sé si es una demostración de respeto al joven héroe, o su destino es el de aquellos que por su muerte trágica o la pureza de su alma, la gente les confiere capacidades de intermediar ante Dios por los otros seres humanos cuando tienen un apuro o necesitan un milagro.

El 9 de julio de 2015 trasladaron en procesión a la Virgen María hacia el memorial. Una banda de bronce, la imagen sobre varios hombros fuertes, avanzó lenta hasta llegar al lugar acompañada de numerosos fieles. Un recorrido que formó parte del advenimiento, días en que los diego almagrinos la siguen por diversos sectores rezando, a veces con música nortina y bailes, a la espera del 16 de julio en que celebran la tirana chica, el día de la Virgen del Carmen.

A un año del aluvión, el hall del municipio estaba repleto. Los rostros son serios, hay una especie de silencio aún antes de empezar la actividad. La primera en hablar es Ana María Egaña, quien perdió a su tía, recordó los breves minutos en que el agua, el barro, las piedras, los bolones, inundaron su vivienda y la de sus vecinos a los que luego veía sobre los techos arrancando de la muerte, sintiendo el terror más grande de su vida. Luego cantó junto a su hermana, no sin antes decirles “detengámonos un poquito, no vivamos tan rápido, abracemos al hijo, a su esposo, esposa, digámosle que lo ama, nada más, un segundo, un minuto será, no es mucho, como si fuera el último día”. El Alcalde Isaías Zavala, hizo un homenaje a quienes fallecieron y comprometió nuevas tareas de reconstrucción.

Al finalizar el acto, en medio de un sendero dibujado por las llamas de cientos de velas, una procesión avanza con velas en sus manos hacia el memorial que recuerda a Álvaro. También iluminan la noche las luces del carro de bomberos, y sus voluntarios que en formación esperan en el lugar a la multitud. Ahí están Álvaro y Juvissa, escuchando los nuevos discursos y dirigiendo unas palabras, mientras un emocionado Juan Pablo Astudillo pedía que el lugar se transformara en un parque lleno de árboles en honor del mártir.

Algo similar ocurrió durante el desfile de aniversario de la ciudad, que reúne a casi todo el pueblo, ya que marchan las juntas de vecinos, clubes deportivos, culturales, escuelas de fútbol, el Partido Comunista, los funcionarios municipales, escuelas y liceos, los tunning y cuánta organización exista. Un evento importante, que culmina con fuegos artificiales, pero que en el discurso del Alcalde recordó a quienes habían perdido la vida, ocupando un lugar destacado Álvaro, el mártir, el bombero héroe, como le dicen.

—Alvarito era un joven inquieto, con ganas de aprender, tenía muchos sueños, amaba su guitarra, su skate, contaba con

muchos amigos, fue elegido uno de los mejores compañeros también en el colegio, por casualidades de la vida también en mi infancia fui elegido mejor compañero. Así que teníamos hartas coincidencias, a él le gustaba el rock, a mí también, yo igual toqué alguna vez en mi vida guitarra. Él era fanático, en el caso mío fue un entusiasmo no más. Aprendió solo, le compré su guitarra eléctrico acústica, tenía su amplificación, un grupo musical y habían varios jóvenes que lo apoyaban. Lo más bonito, a él le gustaba ayudar al prójimo, aprender, tenía una vocación enorme de servidor público, porque pasaba todo el día en el cuartel. Era un muchacho normal en el liceo, sacaba notas buenas, también malas, conducta normal, en el fondo tranquilo, un niño de 16 años que tiene mucha inquietud, respetaba mucho a las niñas, sus compañeras —me dice este padre de corrido, en unas palabras donde el orgullo se desborda. Claro, junto a la tristeza. No me mira, supongo que ha aprendido a no llorar al hablar de su hijo, porque es más fácil mantenerse firme si no te encuentras con otros ojos.

Al principio, en buses, una decena de personas ayudaban en la búsqueda. Hasta antes que llegaran las máquinas financiadas por el gobierno. Todos voluntarios, bastantes bomberos, colaboraban en la búsqueda. Otras veces conseguían maquinarias y llegaban a más lugares.

Ahora están solos buscando. Así se ve en un video del 28 de septiembre del 2016, Álvaro Plaza en medio del desierto con una picota, polera blanca con la foto de Alvarito, y aplicando fuerza sobre una tierra dura. A sus espaldas, un tramo de la línea férrea que sobrevivió al desastre. La tierra, antes barro, suena ante los esfuerzos por removerla. Su perrita podle, aburrida, se acerca a la picota asumiendo tal vez que es un juego. Álvaro no dice nada.

En otro video de los primeros días de octubre, se le ve por un sector llamado Los Olivos, haciendo lo que describe como “un recorrido de infantería”.

—Aquí también pasó parte del aluvión, como ustedes ven hay una escalinata, montículo de tierra que se excavó buscando a mi hijo Alvarito, pero aún falta mucho por revisar. Lamentablemente quedó a medias este trabajo, porque el gobierno me quitó las maquinarias y no pude seguir buscando, porque faltan muchísimos sectores. Caminamos, de alguna manera u otra marcamos los puntos para así a futuro... y soñamos que alguien nos facilite una máquina o comprar una y encontrar a mi hijo Alvarito, el cual se merece ser encontrado como ustedes dicen —narra para los amigos de facebook y whatsapp que lo verán.

Estas apariciones han mantenido viva la memoria de muchos, que en Caldera, Copiapó, Ovalle, y otros tantos lugares han hecho actividades para juntar dinero y aportar así a la búsqueda y, de alguna manera, acompañarlos en la dura tarea. Y también para que fuera elegido uno de los ganadores en el concurso organizado por el empresario Leonardo Farkas para el día del padre, que le otorgó seis millones de pesos. También ha recibido otros estímulos, medallas, galvanos, condecoraciones. Un homenaje significativo fue la inauguración del nuevo cuartel de la primera compañía de bomberos Diego de Almagro, ya que el anterior fue destruido por el aluvión. Tanto el edificio como la compañía se llaman Álvaro Plaza Ramos.

En la ceremonia estuvieron presentes las más altas autoridades nacionales de bomberos, como las regionales y municipales. Allí se entregó la condecoración “Brigadier Álvaro Plaza” para los estandartes de las compañías que fueron a prestar ayuda durante la emergencia. En todas estas actividades el padre tomó la palabra y reiteró que necesita ayuda. Así como lo repite en la conversación que sostenemos en el memorial.

—Quiero encontrar a mi hijo Alvarito. Estoy aquí en Diego de Almagro. Pertenezco a Carabineros, que me ha dado las facilidades para dedicarme cien por ciento a la búsqueda, recibo mi sueldo y con eso mantengo a mi señora y a mi hija, puedo pero necesitamos la ayuda para comprar la maquinaria que

tanto anhelo y así encontrar a Alvarito. Dedicarme por tiempo completo a mi hijo, porque aún falta mucho donde buscar. Hay varias casas que no se han revisado en Diego de Almagro, en el sector Paul Harris, están desocupadas, y hay que meterse. También falta muchas partes donde arrasó el caudal, saliendo de Diego de Almagro en dirección a El Salado y llegando a Chañaral. Faltan tantos lugares que no se han metido, en uno de esos, como le digo, puede que esté mi hijo.

—¿Usted es un católico creyente?

—Sí, creo en Dios, lo amo con todo mi corazón, con toda mi alma y mi mente, esto fue algo... fue un accidente y yo le pido a Dios todos los días que me ilumine para encontrar a mi hijo, le doy las gracias por la fortaleza, la energía y las ganas de seguirlo buscando. Si no creyera en Él estaría en otras condiciones, Dios me da la ayuda necesaria en la parte espiritual, me ha levantado de momentos muy difíciles y aquí estoy, tratando de salir adelante.

Cuenta que Alvarito, como le dice, era un joven tranquilo.

—Muy apegado a sus dos hermanas, a la Valeska Plaza, que actualmente tiene 21 años y a Robertita de siete, siempre estaba pendiente de ellas y de su madre. Alvarito, cuando estuvieron en Antofagasta el mes de febrero, él siempre me dijo que cuidara y ayudara a su madre y a sus hermanas y eso hago, estoy con ellas en todo sentido.

El joven bombero quería seguir los pasos de su padre, pero había escogido la fuerza aérea en los últimos meses, luego de debatirse entre la opción de integrarse a Carabineros. Terminamos la conversación, la temperatura ha bajado anunciando la noche del desierto. Su esposa y su hija bajan de la camioneta, me saludan y ayudan al padre a grabar un nuevo video, en la entrada del memorial, él levanta la voz, se da ánimo, utilizan las últimas luces de la tarde y vuelve a presentarse para los amigos y amigas de facebook e invitarlos a una actividad, esta vez en Copiapó. Minutos más tarde ya está circulando en las redes sociales.

Transmitir, aunque un aluvión se lleve la radio

Carlos Alamos Chañaral, Radio Cobremar, calle Merino Jarpa

“El día 25 estábamos en nuestras casas en la madrugada, había una lluvia normal, sabíamos del frente de mal tiempo que estaba atacando a la Región de Atacama. A eso de las seis y media de la mañana acudimos a nuestra radioemisora ubicada en calle Merino Jarpa, en pleno centro de la ciudad, para poder ponernos al corriente de lo que sucedía y a disposición de la comunidad, para entregar la información de lo que estaba sucediendo a cada momento.

La gente se pudo dar cuenta que este frente de mal tiempo no era “normal” comparado con lo que habíamos visto desde hace muchos años atrás. Nos pusimos en contacto con las autoridades, cosa que era muy difícil, con el Alcalde, para ver qué sucedía más arriba, porque toda la gente estaba pendiente del reporte del Río Salado. Porque si bien es cierto había aumentado su caudal, no revestía, hasta esa hora, peligro, cerca de las seis y media a siete de la mañana. Como eran muy difíciles las comunicaciones, el Alcalde nos pedía que tratáramos de avisarle a la gente, era complejo porque había un corte de energía eléctrica, pero tratamos de contactarnos con bomberos para tener mayor información de lo que sucedía, con nuestro equipo, Francisco Nofal, Bastián Valdivia, y yo, que me quedé en estudio y ellos se fueron a terreno para poder ir sondeando y a la vez comunicando a la gente lo que iba sucediendo. Desde las ocho de la mañana hasta las diez, pudimos ver que aumentaba cada vez más el caudal, no imaginando lo que iba a suceder a eso de las trece y algo. Tuvimos la oportunidad de poder conversar con la gente de la gobernación a eso de las once y cuarto de la mañana, ellos citaron a un COE

comunal para ver qué sucedía, en ese instante no tenían idea de lo que venía de más arriba.

No había comunicación a nivel de radio, de teléfonos, y todo era incertidumbre, se estaban armando los grupos para el caso que sucediese algo. Acto seguido nosotros, desde la radio emisora, nos quedamos tratando de transmitir para la comuna. Como no había luz eléctrica estábamos trabajando con generadores eléctricos y radio UHF.

Nos dieron orden de evacuación, nos avisaron alrededor de una hora antes de que ocurriera. Durante toda la madrugada bomberos hizo el recorrido diciéndole a la gente que tenía que abandonar la zona baja de Chañaral, pero como había sucedido muchas veces antes, sólo llegaba un poco de agua y después las personas vieron que no había mucho peligro y volvieron a sus casas, nuevamente llamaron a evacuar y ellos regresaban a sus casas, y así fue el transcurso de toda la mañana. Muchas personas estuvieron en el sector del borde del río, en la carretera, viendo la cantidad de agua que corría como un espectáculo.

A eso de las trece, nuestro equipo en terreno, Francisco Nofal, nos señaló a través de la radio emisora que la avalancha de agua que venía tenía alrededor de tres metros de altura, avanzaba arrastrando sedimentos, camiones, vehículos, un sinnúmero de cosas. Nosotros tratamos de alertar a la comunidad de alguna manera para que pudieran retirarse. Bomberos también hizo lo mismo. Pero hasta ese momento nadie dimensionaba lo que iba a suceder.

Nosotros estábamos transmitiendo con el micrófono inalámbrico puesto en la bocina, y nos iban relatando minuto a minuto ‘que vienen camiones’, ‘que el agua viene con tres metros’, ‘que la gente tiene que arrancar’. Fue bastante complicado para nosotros, por el hecho de no saber lo que venía, tú ibas transmitiendo de manera ininterrumpida, nos habíamos olvidados de todo, de nuestra familia, de nuestros amigos, y solamente nos abocábamos a nuestra gestión que era entregar la mayor información a la gente.

Nosotros seguimos transmitiendo a través de la bocina de un UHF, con garabatos, como se dice un buen chileno “a chuchá limpia”, tratando de decirle a la gente que arrancara, ‘esto es un caos’, hasta ese momento nosotros no pensamos, al menos yo, que estaba en el estudio, no dimensionamos que venía una catástrofe. Estuve ahí hasta el último instante, cerré la puerta con llave pensando que era por un momento, que íbamos a volver y a encontrar nuestra emisora como estaba. Pero al ver hacia el lado norte la cantidad de agua con una altura que alcanzaba entre tres o cuatro metros sólo podíamos arrancar. Dejar todo y pensar en la familia. Desde el sector alto de la plaza pudimos volver a transmitir, desde nuestro móvil y trabajamos de nuevo con micrófono inalámbrico. Ahí pudimos ver qué realmente había sucedido, en esos momentos no teníamos palabras ni explicaciones. Pero el afán que nos movía, como medio de comunicación, era transmitir y trasmitir.

De ahí salimos del sector y fuimos a ver a nuestras familias, nuestro director, Francisco, perdió su casa que estaba en el sector de calle Salado, nuestros padres que estaban muy cerca de donde pasó el río, pudimos constatar que gracias a Dios, había gente que los habían ayudado para salir y de ahí ir a buscar a nuestras familias, a nuestros hijos, que estaban en distintos lugares, sin comunicación, sin teléfonos, era muy difícil. El caos en ese momento, estamos hablando ya alrededor de la 2:30 PM, a una hora que había sucedido esto, era imposible, había un albergue dispuesto la calle en la escuela Angelina Salas Olivares, no tenían luz eléctrica tuvieron que cambiarse al liceo Federico Varela, seguimos tratando de encontrar a nuestros parientes, aparte de ver si estaban a este lado o al lado norte, porque Chañaral quedó partido en dos. Ese momento fue de mucha confusión, pero lo bueno es que tratamos de mantener la calma, ya habíamos digerido un poco lo que sucedía, las imágenes eran dantescas, pero continuamos a disposición de la comunidad, que lo importante, ya sabiendo que

nuestras familias estaban bien, resguardadas, a seguir nuestra labor, tratar de comunicar, volver a pararnos de la manera que fuese.

Armamos la radio con una antena muy antigua, con unos equipos de los años 80 y un electrógeno que nos conseguimos y lo pudimos instalar en el liceo. De alguna manera, no teníamos mucha cobertura, pero lo poco y nada que podíamos cubrir era importante, porque toda la noticia estaba centrada en el liceo Federico Varela, el albergue de nuestra comuna. Me acuerdo que llegó la gente de radio Carabineros de Chile con apoyo técnico, bastante importante, la gente de la Cooperativa también nos ayudó bastante, para armar un equipo con mayor capacidad para poder abarcar un sector más grande y ahí poder transmitir todas las informaciones.

Había mucha gente desaparecida, informábamos de la que fue apareciendo, de donde se podía obtener ayuda, la atención de salud era muy importante, la alimentación, cooperando también con la municipalidad en el albergue, porque recordemos que ya la primera noche y madrugada me acuerdo que llegó la gente de la armada para tomar posesión, en el estado de excepción que había. Fue una noche, tú estabas, cinco de la mañana en un silencio absoluto y se escuchaba el ruido del agua que seguía bajando, esos ruidos metálicos. Si tú mirabas a la gente, todos andábamos como sonámbulos, caminábamos, caminábamos, y de repente nos sentamos en un momento, como a digerir las cosas. Como había visto en la televisión, en las películas, ha pasado en otras ciudades y nunca en Chañaral, entonces la gente trataba de reflexionar, es decir por qué. Más allá de donde estábamos nosotros era como que la gota rebalsó el vaso, que más podía pasar, no sabíamos.

Pero lo importante fue que la gente se fue reponiendo, poco a poco, a medida que pasaban las horas, creo que el primer paso fue el poder conectar el lado norte con el lado sur, significativamente fue muy importante. La visita de la Presidenta de

la República también fue muy relevante, aunque muchísimas personas no la entendieron, nos decía que ya no estábamos solos. La cosa no era fácil, sino de largo aliento, hasta el día de hoy lo podemos ver.

Es una experiencia de vida, hay muchos que compartieron con el vecino, significó que se fueran uniendo un poco más, conocer al del lado, la solidaridad de la gente local, y la de afuera”.

Tres fugas y un aislamiento

Diego de Almagro

Sonia Flores, Carla Cortés, María Paz Ramos y Roberto Aravena

Sonia Flores estaba en el estudio de la Radio Nuevo Mundo, en el programa “Zona de mujeres” junto a las panelistas del día. A las nueve de la noche fue a dejarlas a sus respectivas casas, y cuando cruzaron el río Salado, se percataron que estaba alcanzando el borde. Sonia se despidió pidiéndoles que tuvieran cuidado y que ante cualquier dificultad se fueran a su casa sin dudarlo.

En vez de retornar a su hogar, volvió a la radio y comenzó un programa alertando a la población del peligro de acuerdo a lo que había visto. Llamó a Patricio, su pareja, que como ella, trabajaba en la Municipalidad, se encontraba junto a Luis Garrido, visitando poblaciones. Comenzaron a hacer contactos al aire, contando lo que ocurría en uno y otro lugar de Diego de Almagro. Llovía fuertemente, estaba oscuro y muy cálido. Comunicaban que el río estaba peligroso y había que tomar medidas ante una posible inundación. Que quienes vivían cerca del cauce, mejor fueran a dormir a otro lugar más seguro. A la una de la mañana Sonia se dijo a sí misma que era hora de descansar, se despidió, cerró la radio y esta vez sí fue a su casa, ubicada en la céntrica Avenida Juan Martínez con Colón.

Patricio no llegaba. Recién a las tres de la mañana volvió y Sonia pensó que ya todo iría mejor. Pero a las 3:30 lo llamaron y salió nuevamente. Entonces por fin se durmió. Pero a las cinco de la mañana despertó, con el sonido del agua que estaba entrando suavemente a su casa. No se alarmó, ya les había pasado una vez y entonces bastó con tomar un balde y tirar el

líquido hacia afuera. La causa probable sería la ubicación bajo el nivel de la calle.

Llegó un amigo. Había alcanzado a salir y ver como subía el río ya libre del cauce rumbo a su casa y su sector, sin poder volver atrás. Llegaron más amigas, buscando refugio. Salieron a la esquina a mirar, y la imagen era aterradora. Sonia pensó, como la audiovisualista que es, que veía río en primer plano, en segundo plano, hasta el final del horizonte y todo era río. Era difícil de comprender y asimilar. Ella volvió a entrar, mientras su amigo de pronto comenzó a gritar que evacuaran. Pero el agua fue más rápida y entró, Sonia luchó con la puerta hasta que logró cerrarla, trancarla con un durmiente que guardaba en una especie de mini museo de antigüedades que había armado con el tiempo y las grabaciones por el desierto en muchos pueblos y campamentos abandonados.

El agua había entrado por atrás y por delante, su vecino había roto el muro del patio, como hicieron muchos para que el líquido escurriera y no se acumulara en la propia vivienda. El sillón flotaba, la imagen le pareció más bien la de un tsunami, como siempre la habían preparado para una de esas catástrofes durante su vida de niña y adolescente en Antofagasta. Y entonces lo más rápido que pudo, sacó a Martín, su hijo, por la ventana, afuera el barro le llegaba a las rodillas así que le pidió que la esperara en la esquina y volvió por una mochila pensando en qué sería lo más importante para conservar, sabiendo que tenía muy pocos minutos. Se decidió por unos discos duros con sus trabajos de años, la cámara fotográfica, algo de ropa para el hijo, un álbum de fotos, un par de regalos, dos cuadros con fotografías enmarcadas.

—Tengo que llevarme todo lo que me permita hacer dinero, para volver a tener mis cosas. Con eso yo trabajo, puedo comprarme un living, una cocina, un refrigerador, con ellos no tienes sentimientos, pero con un álbum de fotos, con la ropa de tu hijo, con los regalos de tus amigos, con los cuadros de fotos, con todo eso sí —cuenta que fue su razonamiento.

En eso se cortó el suministro eléctrico y paró un camión gigante, traía personas de la población del frente. Se bajaron su cuñada con su familia. Sonia les explicó la situación y buscaron otro lugar donde refugiarse. Mientras, le encargaba a su hijo a la vecina de la esquina junto a lo que había rescatado. Ella volvió a entrar a su casa. Sacó un cobertor, abrió el closet y metió cosas de Martín, buscó zapatos pero ya estaban flotando, irremediablemente perdidos. Aprovechó de echar un computador mac estacionario, y trató de sacar todo por la ventana. Pasó un tipo joven que le ofreció ayuda, ella le pidió que le recibiera las cosas y las llevara hasta la casa de la esquina. Al ver el computador, le reprochó que no eran artículos de primera necesidad. Así que ofuscada, Sonia le dijo que dejara en el suelo el paquete. Pero el joven lo llevó hacia la casa indicada.

El cobertor aguantó dos viajes más a la casa inundada, cosas de Pato, pensó Sonia, los libros que estaba leyendo, y al tercero, vio que era imposible volver a entrar, incluso acercarse. En casa de la vecina pudo ponerse ropa seca. Esa esquina ahora estaba llena de gente. Ahí no llegaba la inundación, así que las grúas y palas dejaban ahí a los rescatados, allí escuchó de la desaparición de Alvaro Plaza, y vio las caras de tristeza del Capitán, de las autoridades que también se encontraban en la zona segura.

—Me acordé que era fotógrafa, y dije esto es histórico, tengo que hacer algo, no me voy a quedar aquí llorando, y fui a buscar mi cámara, se había humedecido un poco, grababa con dificultades, las fotos salían empañadas, así que de mi registro fotográfico no pude rescatar muchas cosas. Llegué a la conclusión que yo no puedo ser reportera o fotógrafa con ese tipo de presión, cuando hay pérdidas humanas o una catástrofe. Si iba a tomar fotos de la llegada de la grúa con la gente me sentía irrespetuosa, incómoda, que estaban viviendo un momento tan trágico y yo estaba “chiqui-chiqui”, fotografiando, me costó mucho —relata Sonia.

De su pareja, no sabía nada, pero estaba tranquila, en medio de tantos lamentos ella nunca pensó en algo terrible, sólo que en algún momento llegaría. Y así fue.

—Él me ve toda embarrada en la esquina y se queda mirándome y me dice ¿y por qué estás aquí? y ¿por qué estás así? Y yo lo miro y me pongo a llorar. Le dije anda a ver la casa, y yo creo que se sintió mal, porque estaba ayudando a otras familias. Y a todos los hombres que estaban colaborando que eran de operaciones, de los camiones, todos en la misma, nadie se preocupó de su casa y ahí te das cuenta. Alguna vez piensas que es egoísmo, o servicio social, a mí me cuesta a veces sacar conclusiones de qué está primero. El Pato me dice que en lo único que pensaba era su mamá y su abuela, decía que no estaba preocupado de mí porque no soy histérica, que él estaba seguro de que como iba a actuar todo saldría bien.

Carla Cortés escuchó muchas sirenas, se levantó pensando que sólo podía ser algo grave y vistió a sus hijos. Hizo un pequeño bolso, con una muda para cada uno, estaba en eso cuando su esposo volvió del trabajo. Él tenía más claro, aunque no demasiado, que estaban en peligro, así que le pidió que sacara rápidamente a los niños de la casa y volviera más tarde a buscarlo mientras él cerraba todo, pensando en impedir que entrara el agua que estaba cerca. Subieron a la camioneta, planeando ir rumbo al centro, a casa de su madre. Ahí se enfrentó al río, o la inundación y no había por donde cruzar. El agua corría por todo lugar que miraba. Hasta que encontró la fuerza para entrar al torrente.

—Esos momentos fueron traumantes, mis hijos lloraban adentro, me decían, mamá está entrando agua, pensábamos que por los vidrios, porque estaban abiertos, pero no, era por los pies, llevábamos hasta las rodillas mojadas, adentro. Y la gente que te gritaba que salieras, pero a quién con mis manos ayudaba, soy una y les dije que nos quedáramos adentro de la

camioneta y como pudimos logramos pasar. Me demoré en cruzar un espacio normalmente de cinco minutos, como cuarenta y cinco. Logramos llegar al lugar más o menos del Hospital. Ahí nos resguardamos, estuvimos cuatro días sin poder volver a la Villa Potrerillos, sin saber de mi esposo esos días, ni de mis vecinos —resume Carla sobre ese momento.

Eran cerca de las ocho de la mañana cuando logró estar a salvo. Con la luz del día todo se veía. Ahora estaba del otro lado, y miraba a la gente que estaba al frente del Hospital, niños chicos arriba de los techos, que gritaban por ayuda, sin que ella supiera cómo, lo que le provocaba impotencia, especialmente después del llanto y el peligro junto a sus propios hijos. Las máquinas trataban una y otra vez de cruzar la avenida Juan Martínez, y era imposible. Los camiones y las camionetas tampoco lo lograban.

—Tú veías poco caudal, como cincuenta centímetros, pero era una fuerza que no te dejaba, no podías ayudar a nadie. Estuvimos como ocho horas ahí. La gente solidaria, pusieron cuerdas, en esas horas se rescató harta gente. Pero haberlo vivido de ese lado, fue horrible, porque no sabías como estaba tu casa, tu familia, tus vecinos.

Roberto Aravena miró la lluvia con detención y pensó que era extraña. Venía bajando de su trabajo con un compañero, habían transcurrido sólo quince minutos desde que había comenzado, y el río ya traía un caudal grande. Miró con detención y encontró que las gotas eran grandes, estaba demasiado templado, y la idea fue clara: era una lluvia tropical.

Su compañero paró la camioneta. Se bajaron. Miraron el río. Estaba desde un borde al otro. Por eso decidieron cruzar. Justo a tiempo, porque quince minutos más tarde vieron como bomberos cerraron la pasada pensando en el peligro que revestía ese puente que había sido superado por las aguas.

Camino a casa escuchaba el ruido del río, las piedras, y tímidamente el agua había comenzado a correr por esas calles. Alcanzó a pisar el suelo de su hogar, y junto a sus vecinos participó de las obras destinadas a que el agua no entrara. Diques de todo tipo comenzaron a emerger, mientras la lluvia continuó durante todo el día. Sacos con arenas, protegiendo la entrada de las casas, de los pasajes. Pero en la noche ya todo era un caos y el agua continuaba avanzando. Sabían que algunos lugares estaban anegados, y tenían aviso de evacuar el sector. Él, como la mayoría de sus vecinos, se negó a salir, pensando en que no tenían como cruzar ni vislumbraban un lugar realmente seguro.

—Quedamos aislados entre el río que se había separado en dos brazos y nos rodeó, eso hizo que nosotros quedáramos totalmente anegados. Durante todo ese tiempo, las familias tratamos de estar más unidas, en la noche nos hablábamos porque se cortó la luz, no había comunicación con nadie de afuera, se supone que estábamos solos. Se trató de llevar a algunas familias de las orillas hacia el medio para poder sostenernos porque el agua venía en avanzada, en la noche subía bastante. Eso era producto, muchos dicen que de la bajada de los cerros. La primera noche subió dos o tres veces. La segunda, como seis veces se elevó. Y la última llegó como a unos sesenta a ochenta centímetros de la pared. Traía bastante barro y material, rocas, maderas, residuos de casas, por acá pasaron baúles, si se acercaba veía como iban lavadoras y cosas, los vehículos, lo que se llevaba la corriente — recuerda Roberto sobre esas tres jornadas en las que no durmió.

Fue una comunidad la que siguió resistiendo en el sector. Sabían que la ayuda demoraría en llegar, y desconocían la magnitud de lo que estaba pasando más allá de las fronteras que el caudal les había impuesto. Aunque suponían que era grave. Muy grave.

—La gran lección fue la falta de preparación, nosotros como humanos a lo mejor somos pequeños ante la gran naturaleza, y nos falta mucho para ser sabios y aprender a mirar hacia atrás. Dicen que es histórico, que cada 50 ó 60 años ocurre algo parecido. A lo mejor ahora fue más grande, si es así debíamos aprender —reflexiona este diegoalmagrino.

María Paz Ramos ahora piensa que no tenían conciencia del peligro, cuando junto a las vecinas miraban esa noche el río, porque habían escuchado que venía un alud y ellas estaban allí, mirando, sacándose fotos, riéndose, esperando el fenómeno. Hasta que el sueño y el recuerdo de las obligaciones diarias, le ganó a la curiosidad. Al otro día se levantó, su esposo se fue a trabajar, pero a los cinco minutos llegó de vuelta diciendo que había que arrancar. Sin saber para donde ir, fueron a la casa de la madre de ella, pero cuando llegaron, el agua los alcanzó y en menos de cinco minutos tuvieron que salir. Su madre perdió todo.

Entonces fueron donde la cuñada de María Paz.

—Estuvimos como diez minutos, cuando tuvimos que arrancar de nuevo. Nos sacaron al albergue, estuvimos seis horas allí, una familia nos prestó su casa, estuvimos ahí tres días, hasta cuando pudimos cruzar, teníamos hermanas, mi sobrina, que no sabíamos donde estaban. Ese fue un momento súper tenso para nosotros como familia, porque los que logramos salir de la villa nos salvamos, pero sin saber de los otros. Mi hermana estaba con hipotermia, mi cuñado se dializaba ese día y no pudo ir. Fue súper traumante en realidad lo que nos tocó vivir —recuerda.

Mirando con distancia lo sucedido, ella cree que la relación con los otros fue lo bueno de todo lo vivido.

—Personas que no se hablaban ahora sí, el compartir, esas son las enseñanzas que más valoro. Ayuda que nunca te esperaste de una persona, y la recibiste —dice.

Sonia no quería ir al albergue, como Patricio le había dicho. La vecina era amorosa, tenía harina para hacer pan, alimentos y sentía que Martín estaría más seguro allí. Pero durante la tarde gritaron que se venía el río, como a las seis, y el agua comenzó a ingresar. Pusieron un cordel entre poste y poste, y al ver el rápido ascenso del torrente, Sonia comenzó de nuevo, primero a proteger a su hijo, luego a su perra, después a su amiga y llevaba en brazos a la perra de su compañera. Pero la mascota se tiró al río, complicando las cosas. La audiovisuallista llevaba con ella sólo una mochila y dejó todo lo que había sacado de su casa ahí, pensando que a pesar de todos los esfuerzos por rescatar algo, al final lo iba a perder todo.

La vecina se quedó en la casa, dijo que preferiría en último caso subirse al techo. Sonia volvió a entrar y puso en altura sus pertenencias y volvió a salir. Después de eso partieron hacia el albergue, donde durmieron en un colchón de una plaza los tres, y agradecieron no tener hambre, porque no había comida, aunque las ganas de fumar no se las quitaba nadie y algunos tenían cigarrillos dentro de la escuela que los acogió. Estuvieron seis días allí.

—Al segundo día me levanté, dije ya lloré, pataleé, ahora hay que ir a ayudar y me dediqué con la gente que estaba en el albergue empezar a organizarse para funcionar. Después me puse a tomar fotos, entrevistar. Lo que no podía era hablar con mis papás, recién el segundo día tirando para el tercero. La primera señal que se perdió fue Claro, después Movistar y la última Entel. Y cuando volvió la primera fue Entel, después Movistar y al último Claro, así que después de normalizar todo, lo primero que hice fue salirme de Claro. Además que la familia está viendo otra película desde otra ciudad, para mi mamá Diego había desaparecido porque las noticias no decían nada.

De esos días, Sonia recuerda haber trabajado mucho, estar constantemente preocupada por su hijo, hasta que logró enviarlo fuera de la ciudad, pasar embarrada, ayudar en la entrega

de agua, comida, lo que había, y llegar al descanso y no tener el vital elemento, por ejemplo. De militancia comunista, ella confiesa habérselo cuestionado ante actitudes que vio en la gente.

—Pensamos que el comunismo no existía, que el individualismo va más allá, a veces le decía al Pato, me siento ridícula que nosotros estamos luchando por un ideal, por una forma de ver el mundo que va a ser imposible. Cuando pasaban cosas demasiado injustas como que las personas querían que se entregara casa por casa y no podíamos, teníamos que canalizar a través de las juntas de vecinos. Te acusaban de ladrona, como que me estaba robando el agua y nosotros habíamos perdido todas las cosas, no teníamos zapatos ni ropa. La gente es egoísta y nos ven como los funcionarios municipales obligados, te retan, te pueden insultar, sin conocer qué historia de vida estás teniendo. Personas que acaparaban mercadería, agua, mentían, esa es la parte fea. La parte linda los nuevos líderes que surgen, después del aluvión habían voceros por todos lados. Gente que se organizó, se crearon nuevas juntas de vecinos.

Su familia hoy vive en una casa arrendada y está bastante atrás en la lista para la reconstrucción. Pudo recuperar las cosas que puso en altura en la casa de la vecina que la refugió, pero cree experimentar una particular forma de lo que ella llama síndrome traumático post aluvión.

—El otro día quería salir a un lado y me quería poner ‘esa’ polera. Y la empecé a buscar. El pato me mira y me dice la perdiste para el aluvión. Y todavía me encuentro buscando cosas que no sé que las perdí, porque perdí una casa entera y te das cuenta cuando lo estás buscando —me dice mientras conversamos en un restaurante. Sin embargo, cree que aprendió algo más respecto a lo material— puedes vivir con dos pares de zapatos, con una cartera, no necesitas acumular cosas. Si no la estás usando regálala, para que otro la use. Y vivir..., si tienes una idea hazla ahora.

Nota de la autora: Las entrevistas a Carla Cortés, María Paz Ramos y Roberto Aravena me las facilitó Sonia Flores, quien las realizó originalmente y a quien agradezco no sólo su testimonio, si no también su generosidad, a la que sumó una serie de fotografías que acompañan este libro.

Miradas de la tragedia

La vida en tres kilómetros

Dedicado a Carlos Ortiz

Por Christian Palma Pizarro

Julio Palma nunca creyó en Dios. Esto a pesar de las numerosas conversaciones teológicas con cuanto cura llegó al puerto de Chañaral en el último siglo. Las charlas sobre lo terrenal y lo divino, que muchas veces se alargaban hasta la madrugada, no modificaron en nada su particular mirada sobre la vida y la muerte.

“Si tiene que hacerlo... ampute nomás”, le dijo al doctor que —a principios de los ochenta— lo atendió luego que lo sacaran del interior de un auto achurrascado tras desbarrancarse en la carretera y que le pulverizó uno de sus tobillos. La frialdad del comentario dejó helados a todos los que escucharon, no así a sus cercanos que sabían de los nervios de acero de este tipo que ya registraba varias conversaciones, cara a cara con Caronte.

Los días estaban extraños. La sofocante humedad y el calor inusual para fines de marzo en la Región de Atacama era tema obligado ese 2015 en los círculos de amigos que Julio Palma frecuentaba en toda la zona.

Los organismos de emergencia tomaron nota del fenómeno climatológico pronosticado, alertaron a los servicios correspondientes y se determinaron los resguardos normales en caso de lluvias y probables crecidas de ríos o quebradas. Ni la tecnología e instrumentos disponibles como tampoco el olfato que da la experiencia a los lugareños entregaron señales de lo que sucedería horas más tarde.

—¿Cómo está la cosa?

—La situación es compleja. Estoy en El Salado, viene harta agua, lo bueno es que no hay desbordes... por ahora.

—OK. Cuídese, hablamos mañana.

—Ojo con lo que informas, no se trata de alarmar a la población, pero hay que estar atentos, estaremos toda la noche monitoreando el río, hablemos temprano.

La conversación a través del chat de Facebook calmó los ánimos del reportero que logró comunicarse con Julio Palma, cerca de las 2 de la madrugada del día 25 de marzo. El periodista replicó el mensaje en su muro de Facebook para intentar dar alguna información relevante a través de la red social y se echó a dormir.

Los truenos y relámpagos que se colaban por su cortina, demasiado transparente, no le permitieron dormir. Se levantó e intentó sacar algunas fotos del cielo. No había luz hace un par de horas y las chispas de un poste cercano lo mantuvieron en vilo hasta casi el amanecer, cuando la batería de su teléfono móvil murió definitivamente.

Al mismo tiempo en que Julio Palma dejó de teclear su celular, su mano izquierda encendió un cigarrillo en la operación simbiótica característica de un fumador empedernido. Al botar la colilla por la ventana de su 4x4 y beber un sorbo de Coca-Cola, ya sin gas, se dio cuenta de que el caudal del río Salado crecía minuto a minuto.

Sus largos años como miembro de los comités comunales y provinciales de emergencia y la experiencia adquirida en los aluviones del 67, 72 y 87, entre otros, lo pusieron más alerta que de costumbre. A esa hora, las unidades de socorro tenían más claro que la jornada sería lluviosa, algo atípico —por esas fechas— en la zona precordillerana, pero que, al igual que en el pasado, de caer mucha agua, lo más probable es que sólo cause daños en las viviendas cercanas a los lechos de los ríos, parte de la infraestructura y algunos caminos.

Julio Palma no tenía conocimiento o no recordaba de alguna muerte por las crecidas de los cauces en casi medio siglo de labores de apoyo y rescate. A pesar de eso, un gustillo amargo y una picazón extraña por todo el cuerpo lo mantenía inquieto. Algo no andaba bien y, al parecer, pocos lo notaban.

Mientras la brasa de un nuevo cigarrillo se encendía con cada bocanada que daba, Julio Palma relataba a quienes le acompañaban esa madrugada que los aluviones tienen ciertas singularidades especiales. En alguna medida son como los tornados, es decir, para detectarlos hay que salir a buscarlos y cazarlos. Con ello, se logra calcular su potencialidad de riesgo, sus desplazamientos y su capacidad destructiva.

Su hipótesis —aunque reconocía no tener idea de las causas— era que los aluviones se manifestaban de noche, como una oscura pesadilla nocturna, que cobraba aún más poder con los primeros rayos del sol.

En varias ocasiones anteriores, Julio Palma había salido a cazar aluviones con la única ayuda de los focos de su vehículo y, a veces, con la fortuna de una buena luna que iluminaba las quebradas en medio del rugido ronco y aterrador de las aguas arrastrando cuanto encuentran a su paso.

Una hora antes del diálogo con el reportero, Julio Palma recibió una llamada del director de Obras Municipales de Chañaral y responsable del Comité Comunal de Emergencias.

—Julito, te llamo de parte del alcalde que te pide ir en ayuda de los viejitos de El Salado. Hay algunos funcionarios municipales, unos pocos vecinos y una decena de voluntarios de Bomberos tratando de reforzar un punto crítico por el que pasarán las aguas cortando el pueblo en dos. Julito, si se desborda esa parte, la destrucción será terrible.

—OK. Te paso a buscar y vamos para allá.

Ambos hombres revisaron las compuertas diseñadas para tratar de controlar las aguas de las lluvias y siguieron a El Salado, un pequeño pueblo minero construido muy cerca del

lecho del río del mismo nombre. Si bien los goterones golpeaban con fuerza el parabrisas de la 4x4, no había señales de aguas aluvionales escurriendo y avanzando a la costa. Aun así, el trágico pronóstico fue inevitable.

—No podremos impedir que las aguas con un caudal de suma peligrosidad lleguen a Chañaral — dijo Julio Palma.

—Las obras de mitigación para estos fenómenos son mínimas si queremos contener una lluvia torrencial, estamos realmente jodidos —sentenció.

El gesto del funcionario municipal dividió su frente con una gruesa arruga y aceptó el cigarro que Julio Palma le ofreció para calmarlo. Carraspeó un poco y abrió la ventanilla. Las gotas caídas del cielo mojaron copiosamente su rostro desencajado.

Pasada las dos de la madrugada, la lluvia en El Salado caía a baldazos. Ninguno de los dos recordaba haber presenciado algo igual en la zona.

—Esto solo lo vi en Argentina o lo leí en los libros de Horacio Quiroga —dijo Julio Palma a su acompañante que no se atrevió a responder.

Ya en la localidad minera, Julio Palma y otros viejos experimentados de la zona dispusieron cuatro equipos humanos para intentar adelantarse al aluvión y determinar con precisión los caminos que tomarían los caudales y quebradas desbordadas.

El primer grupo se conformó con media docena de Bomberos de Diego de Almagro, el siguiente equipo por voluntarios de Inca de Oro, el tercero, por un dispositivo de El Salado, mientras que el cuarto lo lideraba Julio Palma y su acompañante.

Tantos años recorriendo la geografía inhóspita de la zona y el enfrentamiento a otros fenómenos naturales, instalaron a Julio Palma como el líder natural de la avanzada. La primera inspección hacia la cordillera fue demoledora.

Las cuatro cuadrillas entendieron que estaban ante un evento cuya magnitud no tenía registros y que muy poco se podía hacer para aminorar las consecuencias destructivas.

El caudal bramaba y los golpes de las líneas del ferrocarril, los pedazos de caminos y puentes, hacían más horroroso el ruido infernal de la crecida. La lluvia no paraba y era cosa de horas para que la naturaleza desnudara la fragilidad de Diego de Almagro, El Salado y Chañaral.

La historia estaba a punto de hacerse añicos, pero ninguno de ese puñado de hombres, imaginaba siquiera con qué había que enfrentarse.

No hubo tiempo para encender otro pucho. A las 3.30 de la madrugada, Julio Palma dio la primera alarma. A través de su radio y de su propio celular alertó al Cuerpo de Bomberos de Chañaral.

—Muchachos, lo que se viene es fuerte y muy feo. Por favor saquen a todos los voluntarios disponibles y que vayan a la calle Salado alertando a la gente, deben evacuar de manera urgente —dijo.

Julio Palma sabía que esa avenida, ubicada en la parte baja de Chañaral, era una hoya hidrográfica natural de la quebrada y que sería seriamente destruida.

Cinco minutos más tarde y tras fumarse, ahora sí, medio cigarrillo de tres pitadas, Julio Palma transmitió una segunda alarma a la empresa donde trabajaba. La llamada la recibió el jefe de talleres de la firma.

Tenía claro que por la ubicación de la misma, casi al borde del antiguo cauce del río, la destrucción era inminente. En el lugar y como un ejército de avispas amarillas, estaban estacionados 40 camiones metaleros vacíos. El problema no era ése, sino la docena de otras máquinas cargadas con casi 30 toneladas de ácido sulfúrico cada uno.

Esa situación era lo que realmente perturbaba a Julio Palma. Sabía que la fuerza de las aguas podría estrellar los camiones

entre sí, fracturar los estanques y derramar el ácido. Esto, sin duda, provocaría una poderosa reacción isotérmica capaz de levantar una nube tóxica lo suficientemente potente como para contaminar a buena parte de la población de Chañaral.

—Esa sí que sería tragedia, amigo, peor que esta huevía de aluvión, la amenaza química nos mataría a todos —dijo Julio Palma a su copiloto.

El jefe de talleres de la empresa entendió de inmediato que no podía quedarse de brazos cruzados y con la ayuda de otros trabajadores convocó a un pequeño grupo de choferes. No se trataba de una operación para salvar camiones ya que todos ellos estaban cubiertos por seguros, sino de evitar o al menos minimizar el riesgo de una lluvia ácida.

Cuando Julio Palma volvió a Chañaral cerca de las 9.30 de la mañana, un porcentaje de los camiones de alto riesgo ya estaba fuera de convertirse en un peligro, aunque aún quedaban algunos estacionados en lo que fue el taller, oficina, estacionamiento y casino de la más grande de las empresas de transportes asentadas en el pueblo.

Antes de pasar por el taller y haciendo uso de todos sus conocimientos de la ruta y viejos caminos mineros, Julio Palma se dio el tiempo de subir a su vehículo al alcalde de la comuna que había quedado atrapado entre El Salado y Chañaral, debido a las crecidas y al cual fue a dejar a su domicilio en el sector Aeropuerto de la ciudad, en otras de las acciones paralelas que realizó durante esa mañana.

En el preciso momento en que el reloj de la 4x4 marcaba las 10.00 horas, El Salado era partido en dos por el torrente y las labores se centraron en poner la gente a salvo en los lugares de menor riesgo, tarea que le correspondió a Bomberos.

El peligro estaba en todas partes. La carretera que cruza la pequeña localidad estaba convertida en un río caudaloso, muchas viviendas ya no existían al igual que las líneas férreas, los cuarteles de Bomberos y de Carabineros. El comercio y zona central del pueblo desapareció en unos pocos segundos.

A las 10.15 Julio Palma pudo llegar a su casa. Bebió un café de tres sorbos y salió otra vez a inspeccionar la carretera. Su mujer, presintiendo que algo no andaba bien, le pidió que no fuera. Ante la negativa de su marido y entendiendo, con esa mirada dura y fría como el acero, que no le haría caso, le pidió que se cuidara.

Justo cuando la puerta que da a la calle se cerró de golpe, la mujer se sentó en el sofá. Vio la tasa de café a medio terminar y el cenicero con dos colillas todavía humeando. Supo, por quién sabe qué designio, que la tragedia estaba por llegar.

Julio Palma recorrió velozmente el trecho de la 5 Norte que atraviesa la ciudad. Revisó la situación de los servicentros que se ubican en medio del caudal y se estacionó fuera de la empresa donde trabajaba con una idea clara: asegurarse que no quedaran camiones con ácido y que nadie estuviese en el recinto. Siete minutos después la muerte se le presentó sin ambages.

El Flaco, que era más que un compañero de trabajo para Julio Palma, lo recibió con el terror en el rostro. Estaba atrapado en un camión, no podía hablar y solo emitía sonidos guturales ininteligibles. En esa cara se podía ver el infierno.

Más por señas que otra cosa, Julio Palma se dio cuenta que quedaban algunos operarios al interior de la empresa. El agua venía con fuerza y ninguno de los que permanecían ahí lograría salir por sus propios medios.

El miedo no tuvo oportunidad alguna de aparecer. Julio Palma acercó su camioneta a uno de los costados del camión en el cual el Flaco seguía luchando por escapar. Se dio cuenta que solo tendría una oportunidad para zafar de la muerte y, tan ágil como pudo, dio un salto y se aferró a las barras anti-vuelco exteriores de la 4x4.

Julio Palma respiró aliviado al ver por el retrovisor que su amigo se había puesto a resguardo. Pero el terror es testarudo y volvió en menos de un minuto con más bríos. Otro camión

de varias toneladas de peso se acercaba flotando como un palito de helado con dirección al pickup a una velocidad endemoniada.

Ya nada se podía hacer para evitar que ambos murieran aplastados por la mole de fierro. Los dos hombres se miraron fijamente y entendieron que era el final. El rostro del Flaco se puso más pálido todavía, los ojos se salieron de sus cuencas y giraban desorbitados.

Nunca entendió la razón, pero Julio Palma no sintió temor. Es más, enfrentó la situación de manera desafiante, como si supiera que no había más opciones para sobrevivir que pelear, incluso, más allá de lo razonable. Tampoco sabe cómo el inminente golpe entre los vehículos no se produjo. Lo malo es que Rodrigo desapareció del ángulo de visión de los espejos.

La situación del jefe de talleres era similar. La camioneta avanzó lentamente por el agua y el barro hacía el camión que lograba, a duras penas, mantenerlo guarnecido del torrente. Estaba a unos centímetros de ser rescatado cuando la 4x4 fue levantada por el torrente y se fue contra el muro que separaba el recinto con una planta de revisión técnica para vehículos.

Todos apretaron los músculos esperando el golpe. Sin embargo, la camioneta pasó flotando por sobre la pared sin estrellarse. Una vez que traspuso el muro, rozó las estructuras del techo de la planta de revisión técnica. El Flaco no se molestó en dimensionar la maniobra que estaba a punto de intentar. Haciendo gala otra vez de su presteza, aprovechó de afirmarse a ellas hasta que una máquina pesada lo rescató horas más tarde. Tal decisión le salvaría la vida junto a otros de sus compañeros de trabajo.

Carlos era chofer de la empresa. Julio Palma lo conocía desde antes que comenzara a gatear. Ambos se consideraban amigos. En la desesperación provocada por el torrente, Carlos, que también estaba en la empresa tratando de liberar los camiones con ácido, logró subirse a la cabina de la camioneta que seguía realizando labores de socorro.

La 4x4 se mecía como una cascara de nuez en medio del río de la muerte. Julio y Carlos lograron flotar algunos minutos, hasta que la camioneta comenzó a hundirse. Los fierros crujián por la presión hasta que los vidrios reventaron. El agua y barro llenaron la cabina sin permitir ningún tipo de reacción más que abandonar el lugar a como diera lugar.

—Tienes que salir, Carlos —gritó Julio Palma a su amigo.

Luego, los recuerdos se hacen escasos. La oscuridad lo nubla todo y al aire no llega a los pulmones. Con el último aliento y el lodo que mordía los ojos, Julio Palma levantó la vista y pudo ver las suelas de los zapatos de Carlos que escapa por la ventana lateral. Él siguió el mismo camino, no había otro. Como pudo logró abandonar la camioneta que era un bollo de latas. De Carlos no supo más.

Hay situaciones extremas, en que las personas reconocen haber adquirido fuerzas sobrenaturales para ir en ayuda de un familiar en peligro o para salvar una vida o la propia. Eso explicaría la determinación que mantuvo a flote a Julio Palma, en medio del torrente más destructor que se tenga memoria en Atacama.

Cuando los brazos se negaban a realizar un movimiento más, un tronco o quizás un trozo de durmiente apareció de la nada para darle apoyo y la posibilidad de seguir en la superficie.

Con la mano derecha afirmaba el madero, mientras que con la otra intentaba protegerse la cara o cabeza de los miles de objetos que bajaban a toda velocidad por el caudal.

Un par de vehículos pasaron rozándolo antes de terminar pulverizados, metros más allá, contra una pared. Por su lado también cruzaban camiones y buses de pasajeros que flotaban como pequeños barquitos de papel en el río infernal. Casas destruidas, maquinaria pesada, durmientes, que parecían juguetes en la tina de baño de un pequeño. En ese enjambre de elementos, un objeto particular captó la atención de Julio

Palma, era un viejo y famélico sillón de color verdoso que se mecía tranquilamente por el caudal como una especie de radar predictor.

El sillón se hundía y Julio Palma tomaba aire para seguir el mismo recorrido en medio del torrente. El sillón salía a flote y a los segundos él aparecía de las profundidades, así fue hasta que vino lo peor.

El caudal a ratos se transformaba en una verdadera catarata de varios metros de caída. Ahí iba a parar Julio Palma junto a los cientos de objetos que entraban en estos triángulos de las Bermudas.

Arrastrado por la corriente y el barro, la visibilidad apenas permitía distinguir más allá de sus propias manos, fue entonces cuando el oído ganó en sensibilidad aguzado por las circunstancias. En eso estaba cuando Julio Palma sintió el rebuzno de un burro, pensó que era su imaginación, pero muy cerca de su trayectoria, el cuadrúpedo luchaba casi de la misma manera por su salvación. Nadie hizo un recuento de cuantos animales fueron arrastrados por el torrente, pero fueron muchos los que terminaron en el fondo del océano desaparecidos para siempre.

Desde ese momento, el gran desafío para Julio Palma fue salir vivo —como sea— de ese hervidero de cosas. Era apenas un objeto más cubierto por el barro que lo confundía con los escombros que avanzaban sin piedad hacia el mar, pero no se iba a rendir tan fácil.

Cuando el lodo le dio una tregua a sus ojos, Julio Palma pudo divisar a varias personas apostadas en la orilla del torrente. La mayoría filmando y tomando fotos. Ahí, luchando por su vida, no lograba explicarse cómo todos ellos no se involucraban en maniobras de salvataje.

La muchedumbre poco y nada podía hacer. Todos los testigos que presenciaron el aluvión no creían lo que la naturaleza les presentaba. El centro de Chañaral estaba destruido por completo, el río era una bestia desenfrenada que traía consigo

miles de cosas. De hecho, nadie reparó que, en medio de ese caudal, Julio Palma luchaba con todo lo que tenía para seguir viviendo. El estado de shock colectivo provocado por la tragedia, no permitía reaccionar.

Miles de sueños navegaban sin rumbo con dirección al mar. El negocio de completos levantado con esfuerzo por alguna familia, la tiendita de ropa que con mucho trabajo ya empezaba a dar algunos pesos, el puesto de frutas que se había ganado a una clientela compleja, el hotel que se aprestaba a recibir pasajeros de una faena minera cercana, el restaurant chino que logró imponer sus recetas, el supermercado que daba empleo a tantos que no habían podido seguir estudios superiores, los jardines infantiles, las casas de acogidas, el estadio techado y todos los establecimientos de la calle principal del puerto, fueron destruidos por una ola de casi dos metros de lodo y escombros.

Nunca se sabrá si fueron 30 minutos, una o dos horas. El reloj mental que cada uno tiene adosado al cerebro, Julio Palma lo perdió en esas arenas movedizas. Lo real es que recorrió más de tres kilómetros chapoteando en ese infierno de agua y lodo. Tres mil metros desde que su camioneta fue triturada por la presión del torrente hasta el borde de la playa grande de Chañaral, en un caudal frenético de a lo menos 100 metros de ancho por unos cinco de alto.

Julio Palma, además de ser agnóstico, siempre reconoció no temer a la muerte, incluso la desafió en varias ocasiones. Por eso cuando físicamente ya no quedaban fuerzas para seguir peleando, se rindió ante ella en tres ocasiones.

Subía a la superficie y se dejaba hundir en paz dejándose llevar por el encabritado torrente. Ese estado casi metafísico fue una sensación totalmente nueva para él. Una entrega total que inmovilizó todos sus músculos y pensamientos, pero no era cosa de dejarse llevar por alguien o algo, simplemente aceptaba que había llegado la hora de dejarlo todo, en medio de esa plenitud mágica.

Imbuido en esa sensación gloriosa llegó al fondo del caudal. Con el rabillo del ojo seguía viendo los objetos pasar por su lado, pero no los sentía ni le hacían daño. La solemne paz la rompió una voz potente, casi como una orden interna que vocifero con una potencia abismal: “esto no te la puede ganar mierda”. Y sin explicaciones, llegó a él una fuerza superior, indescriptible, que lo puso de nuevo en la superficie.

Siguió el recorrido agarrado de cualquier cosa que flotara, los elementos otra vez lo comenzaron a golpear por todo el cuerpo y la energía, inevitablemente, decaió profundamente. En esa situación de extrema vulnerabilidad, Julio Palma se entregó por segunda vez a la muerte. Lo hizo con más tranquilidad que en la ocasión anterior. Cuando la paz se apoderaba de nuevo de su ser, dos chispazos similares a una fotografía instantánea pusieron ante sus ojos la figura de Patricia, su esposa, y Fernandito, su bisnieto. De nuevo al abismo, la voz interior y el regreso la superficie.

La tercera vez que Julio Palma le dijo a la muerte “ven por mí”, simplemente se dejó hundir sin más pensamientos que por fin descansar. Mientras descendía por el torrente, alcanzó a preguntarse: ¿Existe realmente Dios? ¿Es la hora en que debo golpear su puerta? La respuesta jamás la encontró.

Cuando las aguas lo hundían para siempre, pasó lo inexplicable. Julio Palma vivió la sensación de estar en un túnel “extraño”, extraño porque a diferencia de otras experiencias cercanas a la muerte de las que había leído o sabido, su túnel tenía dos puntas, cada una con luz propia y sus paredes eran casi doradas. Lo qué pasó de ahí en adelante, nadie lo sabe o sabrá.

Ni el propio Julio Palma tuvo certeza si eligió por una u otra luz y si fue o no la correcta. Esto porque lo que siguió a continuación es la pelea más dura que un hombre puede dar y la que solo ganan los que están forjados de temple y coraje.

La luz se hizo más fuerte, tan enceguecedora que no pudo ver nada más. Los recuerdos se vuelven difusos y el dolor de

la espalda y extremidades se acentúa con el correr de una camioneta que lleva a Julio Palma al hospital de Chañaral, luego a Copiapó, más tarde a Santiago y finalmente a Antofagasta.

Los tres kilómetros fueron una ráfaga insignificante de tiempo o una eternidad de situaciones inimaginables. Al final de ese recorrido de espanto, Julio Palma llegó a un punto en que las aguas se aplacaban en un remanso. Entre todo el barro que cubría su rostro logró divisar a algunas personas y otra vez el oído aguzado logró diferenciar las voces humanas en medio del eco horrendo del torrente.

Con la energía que quedaba, Julio Palma gritó su nombre para pedir ayuda. Llegaron una, dos, tres y hasta cuatro personas que intentaban entrar al agua amarrados entre sí por un cordel. Al rato lo agarró por la espalda un suboficial de Carabineros, quien no dudó tirarse al caudal asesino. Se amarró a él y fueron sacados hasta la orilla.

Luego al pickup de una camioneta rumbo al hospital en medio de fuertes dolores y otra vez la voz que grita: “vayan más despacio”. El rescate había concluido y comenzaba la agonía.

Nota de autor: Julio Palma, murió el 7 de abril de 2016, luego de 13 meses de ardua lucha contra las numerosas fallas multisistémicas que presentaba debido al carácter de sus lesiones provocadas tras ser arrastrado más de tres kilómetros por el aluvión que azotó Chañaral el 25 de marzo de 2015. El relato corresponde a conversaciones que sostuvo de manera personal con el autor y en largos relatos que su hija Patricia archivó en su computador mientras era atendido en Chañaral, Copiapó, Santiago y Antofagasta. Es considerado como el último sobreviviente de la tragedia, para muchos es un héroe y ejemplo del temple atacameño.

Atacama: zona de sacrificio o castigo

Por Pamela Ydígoras

¿Le parece exagerada esta afirmación? o ¿cree que con ella se sobredimensiona la importancia que se le da a la Región de Atacama? Permítanme argumentar con los rostros de una Atacama azotada: primero, por el Estado y el empresariado minero nacional y trasnacional —separados y en alianza— y, segundo, como consecuencia de lo anterior, la impredecible naturaleza mostró su peor rostro el 25M del 2015.

La historia de muerte e invisibilización que se ha escrito sobre Atacama tiene dos autores: el poder y la centralización. ¿Nuestro pecado? Estar rodeados de cerros que contienen parte del **Sueldo de Chile**, aquel que aporta a ese 18% (variable), del Producto Interno Bruto (PIB), que significa el aporte de la minería (la industria más importante de Chile). Sin embargo, como es sabido, la capital chilena es la verdadera favorecida: **porque aunque Santiago no sea Chile, injustamente, lo es**. Y desde Santiago, en 2010, se duplica el 3% de lo recaudado por el fisco) por el Royalty Minero «para la reconstrucción», esto le permitió a SQM —y a otras empresas mineras de capitales nacionales— acceder al beneficio de la invariabilidad tributaria. Posteriormente, se pone en evidencia el delito de cohecho y actos de corrupción política: descubiertos a través de e-mails entre el entonces gerente general de Soquimich (SQM), Patricio Contesse, y Pablo Longuerira, entonces Senador y exministro de Economía del gobierno del expresidente Sebastián Piñera.

Entonces, ahora permítanme retratar a aquellos rostros embaucados por la promesa de buenos sueldos y un estatus

imaginario, entregados en cuerpo y alma a la ponzoñosa abulia materialista: **en bandeja de cobre a decir verdad**. Piénselo bien, cuántos amigos, familiares, vecinos y conocidos vimos transformarse año tras año de sencillos y esforzados mineros o intelectuales en seres humanos egoístas y materialistas. ¿Y a cuántos de ellos en piojos resucitados? Tantos que duele. Pero la masacre social no fue total y quienes sobrevivieron a ella se sintieron incomprendidos y muchas veces maltratados por sus pares, amigos o su propia familia. Muchos partieron, otros, se aferraron a diversos submundos o se inventaron mundos paralelos en su propia tierra: *todo gracias al adoctrinamiento de una «democracia» neoliberal o plutocracia o «dictatocracia» —como prefiera—*.

Oídos sordos

Pudo evitarse, pero las voces que advirtieron a las autoridades de la zona no fueron o no quisieron ser escuchadas: primera voz, la de la propia naturaleza, con el desastre y rebalse del Río Copiapó en 1997. La segunda voz (entre otras), un informe emitido por la Política Ambiental Regional². El documento final, de esta investigación, fue aprobado en mayo de 1999 por la Comisión Regional del Medio Ambiente (COREMA), y a pesar de lo decidor e importante de su contenido no fue hecho público hasta 2010. El Instituto Nacional de Derechos Humanos (INDH) en su Informe Misión por la zona de la catástrofe destaca parte del documento *«La Influencia Ambiental de la Minería Pasiva y Activa en el Área de Copiapó, III Región, Chile, incluyendo aspectos geológicos ambientales»* de la investigación chileno-alemana, citando: «En parte, el Proyecto Chileno-Alemán, demuestra en forma clara que los residuos

2 Elaborada bajo la responsabilidad de la Dirección Regional de la CONAMA; investigación realizada entre los años 1994 y 1997 por SERNAGEOMIN y el Instituto Federal de Geociencias y Recursos Naturales del Ministerio federal de Cooperación y Desarrollo del Gobierno Alemán.

de las plantas abandonadas de la minería antigua de plata y oro, que contienen sustancias tóxicas, merecen nuestra especial atención en el uso del suelo y en la planificación territorial (...) Este documento nos permite proponer a las autoridades correspondientes, alternativas de manejo preventivo para evitar impactos negativos de las fuentes de contaminación detectadas (...) Los pasivos mineros resultaron ser, en parte, una amenaza imprevista y grave para el medio ambiente»³.

Si me dejara llevar por la paranoia diría que la tragedia nos recordó que «no le ganamos la guerra a la capital», que todo ha sido un plan bien orquestado desde los más oscuros rincones del poder. Acaso habrán querido hundir a la región que un día de 1859 se atrevió a alzar fuerte la voz contra el centralismo —el mejor amigo de los poderosos— en una revolución constituyente menoscabada e invisibilizada por la historia. Y pareciera que escuchara decir al Caudillo, pensador y político copiapino, Pedro León Gallo: «No soportaremos más este centralismo ciego y delirante. Al autoritarismo de Santiago oponremos nuestra valentía; a la ceguera de sus jefes, nuestra sana voluntad de progreso regional; al afán de imponer sus desaciertos, nuestra conciencia batalladora...»

La tierra tira y la solidaridad da esperanzas

Se movilizó mi cuerpo desde el otro lado del mundo, recorrió poco más de 13.300 km. Y como es común en el país de las catástrofes, me encontré con la reaparecida solidaridad local y nacional (y se sumó el apoyo internacional), también se habían movilizado las redes sociales y un gran número de personas dispuestas a ayudar.

El trabajo de limpieza y reconstrucción fue duro y comunitario, y gracias a todo el apoyo prestado la desesperación (que

3 Véase: INDH, III. Contaminación en las zonas de Copiapó, Tierra Amarilla y Chañaral. Informe Misión de Observación a las comunas de Copiapó, Tierra Amarilla y Chañaral, 8 al 12 de julio de 2015, páginas 7 y 8.

no dejó conciliar el sueño por días e incluso semanas) desaparecería de forma paulatina. Sin embargo, faltaba tanto por hacer y tenía que cumplir con mi propia labor de ayuda, pues mucha gente había quedado sin fuente laboral o sin hogar en Copiapó, Paipote, Tierra Amarilla, Diego de Almagro, El Saldo y Chañaral. La mayoría no tenía agua potable o no había dinero para comprar los bidones de 20 litros (recargables): porque el agua potable se compra extra en toda la Región de Atacama. Al comenzar el recorrido por las poblaciones más afectadas, pude dimensionar la verdadera situación y comprender cuáles eran las necesidades primordiales de los afectados por la catástrofe. Fue un recorrido desalentador, pero la esperanza se presentó a través de muchos rostros: conocidos, amigos, familiares, hermanos de la vida, gente con la cual me topé en la calle (como Jason, ciudadano colombiano), escritores y otros profesionales de la región. Pero ninguna autoridad o institución me prestó apoyo o transporte para hacer llegar la ayuda que traía desde Alemania y Santiago, incluso un funcionario de la misma Oficina Nacional de Emergencia del Ministerio del Interior y Seguridad Pública, ONEMI, (que no quiso dar su nombre) comprometió una camioneta para transportar las donaciones y nunca me devolvió ni contestó los llamados. Pero en aquel momento aparecieron los escondidos en los **submundos y mundos paralelos**. Ese fue el caso del administrador de *Natur Andes*, Israel Terrazo, quien acongojado me contó sobre la sugerencia que hizo a las autoridades municipales en medio de la catástrofe: abastecer a la brevedad a la gente de las poblaciones más afectadas de Copiapó y Paipote. Esta última comuna cercana a la central de *NaturAndes*. *Les aseguró que después se vería el asunto de las platas y que procuraría abaratar lo más posible los costos y la respuesta que recibió fue: «no es posible porque usted pertenece a una empresa privada»*, (entrevista personal con Israel Terrazo). Posteriormente, la mesa central de abasteci-

miento sufriría un saqueo debido a la desesperación de la gente por conseguir agua potable. El mismo Terrazo me vendió a precio de distribuidor 15 bidones de 20 litros para un grupo de pobladores afectados de la población los Llanos. Luego, me cobraría solo las recargas de 30 bidones: donando así los embaces que llevaríamos a un grupo de pobladores de Chañaral mi amiga Patricia Olivares y yo.

Emprender el viaje

Una mañana soleada de abril me recogió Patricia, cargamos la mercadería y nos fuimos en búsqueda de los bidones recargados a la central de NaturAndes, en seguida nos dirigimos al noreste de Copiapó (al camino que nos llevaría a Inca de Oro). Nuestros destinos serían Diego de Almagro, El Salado y Chañaral. A poco avanzar, el desierto nos reveló dos plantas fotovoltaica, una al sur de Inca de Oro y otra en construcción entre Inca de Oro y Diego de Almagro, claro, con inversión y para el uso de la minería extractivista, me contaría mi amiga conductora. Y me lo confirmaría algunos meses después un ingeniero español, funcionario experto de una empresa que instala plantas fotovoltaicas en el norte de Chile, impactado por lo sucedido en Atacama. « Fue fácil para las mineras conseguir los terrenos o espacios, en el caso de los que están en la cordillera, a lo largo del norte, porque la mayoría de los pueblos originarios o sus dirigentes llegan a acuerdos económicos con las empresas mineras inversoras, pero también muchas veces se aprovechan de su ignorancia de las leyes...» (Ingeniero español, se resguarda el nombre). Para mí, no era nada nuevo: «(...) estaba preocupada por el comunero Florencia Quispe, porque supuestamente lo iban a echar de su terreno, aunque él ha vivido más de 80 años allí y toda su familia (...) Llamé al director regional de la CONADI y el director dijo que no me preocupara y después no me respondió más el teléfono.

En esos días el comunero sufrió amenazas de parte de la presidenta de la Comunidad Pasto Grande, Candelaria Cardozo, y de otra gente que la acompañaba. Le dijeron que debía irse sí o sí, que ellos subirían con el director de la CONADI Claudio Araya a quitarle los terrenos, y eso que esa comunidad nunca ha vivido allí, nunca ha hecho uso y costumbre, trashumanza ni práctica de la cultura... Así hay varias comunidades que no viven en la cordillera y les han dado parcelas, dinero y no hacen trashumanza como la nuestra y otras familias o comunidades que siempre han vivido allí...» (Entrevista personal Ercilia Araya Altamirano, presidenta Comunidad Indígena Colla Pallote, secretaria del Consejo Colla e integrante del parlamento nacional de mujeres indígenas de Chile).

Destrucción y contaminación. La minería —nacional y multinacional— ha provocado y sigue provocando devastación, por ejemplo, los humedales que la *Minera Maricunga* (Kinross) secó por completo (hasta ahora en total impunidad) debido a la extracción abusiva de agua. Los índices de contaminantes, en la región, superan los niveles de las normas aceptados en Chile y otros países. Al respecto, el INDH en su *Informe Misión* destacó: «En particular, las muestras de agua potable y barro tomadas por el Dr. Andrei Tchernitchin, Presidente del Departamento de Medio Ambiente del Colegio Médico, dan cuenta de: “concentraciones de boro [en agua potable que] sobrepasan las recomendaciones de la OMS pero son similares a aquellas que se observan en diversas zonas del norte de Chile. Las concentraciones de selenio en agua potable de Chañaral y de Tierra Amarilla son aproximadamente el doble de lo dispuesto por las normas chilenas para agua potable»⁴. En este punto se vuelve evidente e innegable que el daño provocado

4 Véase: INDH: II. Mandato de la Misión de Observación. Denuncias realizadas al INDH. Informe Misión de Observación a las comunas de Copiapó, Tierra Amarilla y Chañaral, 8 al 12 de julio de 2015, pág. 6.

por la inconciencia y avaricia de la Industria Minería, sustentada por la inoperancia o la corrupción de las autoridades nacionales y de la zona. El Instituto Nacional de Derechos Humanos (INDH) en su *Informe Misión de Observación a las comunas de Copiapó, Tierra Amarilla y Chañaral*, (Ley número 19.300; Decreto N° 132, Decreto N° 248, Ley N° 20.551) señala: «(...) las empresas dedicadas al rubro han de prever adecuadamente las consecuencias nocivas de su actividad en la vida, salud y desarrollo de la población asentada en la zona y reparar los efectos dañosos que la actividad empresarial produzca en el marco de su influencia»⁵. Después de la catástrofe, en agosto de 2015, *SolarReserve* (empresa estadounidense) recibió la aprobación ambiental del gobierno chileno para desarrollar uno de los mayores proyectos mundiales de energía solar: la planta híbrida fotovoltaica «Copiapó Solar».

Desolación en Diego de Almagro. El viaje continuó. Al acercarnos a Diego de Almagro todo lo que pudimos observar mi compañera de viaje y yo fueron escombros, desolación y desesperación, en ese instante dejamos de quejarnos del calor. Las miradas fuertes y determinantes (que caracterizan a los habitantes del desierto) seguían intactas en cada poblador con el cual pudimos dialogar. Desde lejos pudimos ver a un grupo de personas cargando colchones, estaban bien organizados, y al acercarnos a ellos uno de los dirigentes dijo que recibiría formalmente la ayuda: él junto a otros pobladores ayudaron a descargar las bolsas con la mercadería (distribuidas como canastas familiares básicas). Guardaron todo en una casa de acopió, dispuesta para ello desde hace semanas, según lo relatado por los pobladores. No me sentía capaz de contener el llanto si seguíamos más tiempo allí, así es que respiré

5 Véase: INDH, IV.- Pasivos Ambientales Mineros y responsabilidad empresarial. Informe Misión de Observación a las comunas de Copiapó, Tierra Amarilla y Chañaral, 8 al 12 de julio de 2015, pág. 13.

profundo y continuamos el viaje. Tuvimos que avanzar lento, gran parte del asfalto estaba roto o cubierto por barro seco, la desazón se apoderaba de nosotras.

La ciudad estaba irreconocible y el camino que ambas habíamos recorrido tantas veces en dirección al norte grande, al Salvador o al sur vía El Salado estaba apenas transitable.

Tecitos conversados en El Salado. En camino a El Salado todo se complicó, era difícil avanzar pues la carretera ya no era tal y el avance (en algunos trechos) se volvió cada vez más lento y peligroso. A llegar, nos encontramos un paisaje tan desolador como el anterior, pero casi no había escombros, sino más bien casas abandonadas. Al costado izquierdo de Patricia solo había una larga planicie. Un largo vacío interrumpido por lo que parecía ser un trozo de techo enterrado, al acercarnos descubrí que era parte de una casa enterrada, y en la cima sobresalía un género rasgado y sucio, era lo que quedaba de una bandera blanco azul y roja. No había nadie en la calle.

En ese sector solo quedaban casas en las cercanías a los cerros, el río arrasó prácticamente con todo. Buscábamos alguna señal de vida, pero solo veíamos casas abandonadas y una que otra casa intacta, finalmente, nos topamos con un hombre mayor: venía acompañado de un perro de pelaje blanco que parecía muy enfermo y de todas formas nos movió la colita. El hombre nos preguntó a quién buscábamos, le respondimos que a alguien que copiara ayuda para la gente de la ciudad, nos mandó donde estaban las oficinas de la Empresa Nacional de Minería (ENAMI). A un costado de ella había un pequeño casino. Allí el joven estaba a cargo de un grupo de pobladores organizados nos contó que aunque les costó, consiguieron ese lugar para acopiar la comida y la ayuda. Pero les quedaban pocos días allí, tenían que devolver el comedor a ENAMI.

Compartimos algunas tazas de tecito y conversamos un rato sobre todo lo sucedido. Nos mostraron un cuaderno firmado

por todas las personas que de alguna forma habían ayudado o aportado y nos pidieron que firmáramos e insistieron tanto en que lo hiciéramos que lo hicimos. Después de media hora continuamos hacia nuestro último destino: Chañaral.

Atardecer en la Bahía de Chañaral

El socavón. Nuestro acercamiento al puerto fue a media luz, aquello no impidió que viéramos los devastadores resultados del aluvión. Siempre mirando al costado izquierdo de la carretera, casi llegando a la bahía, se podía ver con claridad el cauce que el Río Salado había seguido. Todo ese vacío acusaba el arrastre de todo lo que encontró a su paso hacia el mar, tal como se pudo observar en videos y fotografías en medios nacionales e internacionales. El centro, la parte comercial, estaba destruido e inundado por los relaves en su mayoría ya secos, sin embargo, nada de lo que había visto hasta ese momento se comparaba con el inmenso socavón que predecía a la playa. Allí ni respirar profundo ni cambiar el tema o seguir avanzando pudo evitar que los ojos estallaran en llanto (un llanto escondido de Patricia, no por vergüenza, sino porque era mi momento íntimo de desahogo). El alma me había dicho muchas veces que ese momento llegaría. Sabía en lo más profundo de mí que esa imagen de mi puerto natal ahogado y hundido en el dolor no era una sorpresa, pues al igual que el Río Copiapó en 1997, el Río Salado buscaría su cauce y nada lo detendría.

Una culpa íntima que no me pertenecía, no me dejaba respirar y me pregunté: cuántas páginas se habían escrito al respecto, cuántos informes se habían entregado, cuántas agrupaciones lo advirtieron y lo denunciaron. Sus nombres venían a mi cabeza y sabía que si la buscaba, encontraría aún más información y no podía comprender que a nadie más que a ellos les importara.

El puerto ignorado y olvidado. La situación de la Bahía de Chañaral era conocida nacional e internacionalmente por su gravedad, existían estudios e innumerables instituciones y expertos que lo acreditaban: el Instituto de Fomento Pesquero de Chile IFOP; El Dr. en Ciencias Biológicas Juan Carlos Castilla; la Universidad del Norte; El Laboratorio Nacional de Hidráulica de Francia; del prestigiado investigador Eduardo Nealler; del Ingeniero Civil en Minas, experto en Ecología Minera Rolf Bencke; El Instituto Hidrográfico de la Armada de Chile; la especialista en Cultivos Marinos Erika Fonck; el Centro de Investigaciones Submarinas de la Universidad del Norte Sede Coquimbo; el Ingeniero Civil experto en Obras Portuarias Hernán Rubio Méndez; El Geógrafo Luis Corniquell; el excapitán del Puerto de Chañaral y experto Buzo, Oficial de la Armada Rodrigo García Bernal; la Empresa especializada Geotécnica Consultores; La Empresa especializada M.N Nenadovic Ingenieros; y la misma Gerencia Técnica de CODELCO-CHILE, entre otras. El caso de Chañaral es nombrado en diversas conferencias internacionales sobre el medio ambiente como un ejemplo de lo que jamás se debiera hacer. La transnacional Andes Copper Mining Company, actual CODELCO-Chile depositó los relaves de sus faenas en la costa chañaralina por 52 años. En 2003, vientos centralistas llevaron a nuestra tierra olvidada —a nada más ni nada menos que— al expresidente Ricardo Lagos, quien se bañó en la playa artificial creada por los relaves. Semejante Show mediático fue solo uno de los tantos que haría el expresidente durante su mandato, pues Sandra Cortés (en 2009) demostró que muchos pobladores de Chañaral presentan exposición ambiental a metales tóxicos medidos en la orina⁶ y el *Programa Ambiental de las Naciones Unidas (PNUMA)* asegura que: «esta es

6 Disponible en: <http://repositorio.uchile.cl/handle/2250/116517>

una de las zonas más seriamente contaminadas del planeta, y en forma concreta, del océano Pacífico»⁷.

Entrega final. Me devuelvo a nuestro viaje y me descubro adormecida descargando los bidones de agua junto a Patricia y familiares, tomando once y comiendo algo antes de partir de vuelta a Copiapó. Escuchaba a uno de mis primos hablar de cuantos escombros, autos, buses y camiones cayeron al socavón y de cuanta gente se despedía de quienes veían a su alrededor mientras el río los arrastraba a su muerte. Contaba historias de personas que se salvaron apenas por unos segundos de ser arrastradas o de casas que por estar un par de metros más altas que el resto no quedaron bajo los relaves. Finalmente, contó sobre los escombros que traía el río desde Diego de Almagro y, claro, me hizo caer en la cuenta de la gran planicie, el vacío, que había advertido en el Salado. En ese momento recordé de forma brutal aquello que dicen de que la realidad supera a la ficción y vino a mi mente una escena tan real como terrorífica.

Tenía seis años, iba caminando con mis primos —como tantas otras veces— desde la población Aeropuerto a la playa, descubrí que la arena cercana al cementerio de Chañaral cambiaba de color, era una mezcla de arena, polvo rojo y verdoso. Acortamos camino y saltamos la muralla. Cruzamos por el cementerio y jugábamos a: quién descubre primero una tumba abierta para mirar la calavera. Luego, cruzamos corriendo la carretera y paramos un rato en la bomba de bencina y saludamos a los bomberos que hablaban con los operadores de las máquinas pesadas y algunos camioneros. Seguimos nuestro camino y cruzamos corriendo la huella hasta llegar a la arena frente a la playa, pero no era

7 Disponible en: <http://www.olca.cl/oca/chile/region03/mineras139.htm>

arena común y corriente: era dura como cemento. Estaba como quebrajada y era medio roja, a veces verde o morada. —«Oye negra, tú que lo sabes todo y lo que no sabes lo inventas, ¿sabes por qué está así la arena aquí y no como en flamenco?», —me preguntó uno de mis primos. —Porque Codelco echa sus relaves a la playa, por el río, esos colores son los minerales po', mira, por eso la mar está tan lejos y no hay pescados ni mariscos aquí. Al menos, eso me contaron mi papá Jorge y el tío Calcuta.», —respondí no muy segura si lo que decía era cierto.

Una noche en el cerro

Por Cristian Muñoz López

Son las 7 de la mañana del día miércoles 25 de marzo del 2015. Suena el teléfono, ¿quién será?, nunca llaman tan temprano. Contesto, del otro lado de la línea mi amigo Víctor Calderón me saluda con un tono de preocupación, me pregunta cómo estoy, ha llovido toda la noche con truenos y relámpagos, le respondo que bien, que por acá todo está normal, se preocupa por las quebradas, vivo a pocas cuadras de una de las más extensas la Quebrada de Paipote.

Corro la cortina y miro por la ventana, los colectores de aguas lluvia han resistido bastante bien, el pasto del parque que tengo al frente brilla de húmedo, los cerros más arriba apenas se ven tapados por las nubes. Víctor queda más tranquilo y se despide. No pude seguir durmiendo, me levaté y retomé un trabajo que tenía pendiente.

Supongo que seguimos nuestra vida como de costumbre, salgo a comprar el pan y ya hay rumores que la calle Los Carrera está inundada, que apenas pueden pasar los vehículos, me imagino que es lo típico de cuando llueve mucho por estas tierras, las calles se transforman en ríos y los alcantarillados colapsan, ni siquiera imagino lo que está por venir.

Ya sin poder movernos de nuestro sector las brisas, planificamos el almuerzo, Mara, —mi hija—, juega en el segundo piso, yo me recuesto un poco, de pronto se escucha un ruido estridente como de la tierra cuando hay tronaduras, miro nuevamente por la ventana; esta vez el panorama es distinto, viene bajando una cantidad de agua y lodo por nuestra calle, Avenida Parque Los Carrera Norte, en pocos minutos empieza a crecer, y trae piedras, cajas, neumáticos y todo los que ha

pillado a su paso, bajo corriendo pesco la pala y comienzo a hacer un dique con arena y piedras por dentro del antejardín, Bruno me ayuda y ambos comenzamos a trabajar arduo para que el barro no entre a nuestro hogar.

Jessica desde el segundo piso y en su afán de periodista comienza a tomar fotografías, pero cuando se da cuenta que el barro comienza a subir su nivel baja al primer piso y comienza a subir nuestros libros, nuestros libros que son cientos, algunos de ellos en cajas que están selladas, logramos detener momentáneamente la crecida de la quebrada en uno de sus ramales, la gente dice que el agua tiene memoria, en ese instante me doy cuenta que vivo en un lugar donde el agua transita desde siglos, una vía aluvial, nuestra casa es nueva, un proyecto de la fundación Invica Provicoop, con subsidio del estado a la clase media; sería lamentable que nos inundáramos.

Subo al segundo piso y miro a mi vecino luchar con el agua igual que nosotros, pero no ha tenido la misma suerte, el barro ha entrado por el portón principal, y empieza a subir al nivel de su puerta, todo esto ocurre mientras llueve copiosamente y estamos mojados hasta los huesos. Mientras lucho por taponear las entradas con arena y ripio, pasa una persona diciendo que tomemos fotos porque hay seguros comprometidos, además nos dice que estemos preparados porque la que bajó es la Quebrada de Paipote, pero se viene la de Puquios que es mucho más grande, aquella advertencia hace que con más ahínco reanude mi labor, efectivamente comienza a correr más barro, afuera de mi casa hay una ola gigante que arrastra unos bolones que podrían quebrar tus huesos si te atrevieras a cruzar. Después supimos que el banco Scotiabank no tiene seguros comprometidos, faltando a una normativa con el consumidor, que en este caso somos nosotros; su política es no pagar nada de seguros, política de mierda, la banca una vez más perjudicando a los clientes.

Ya dábamos por ganada la batalla contra el aluvión, entonces se filtra por una parte un chorro de agua café, mientras nuestro vecino inexistente del lado izquierdo ya tenía el agua hasta la puerta de su casa, ahora debíamos preocuparnos de dos frentes, por un lado la filtración y por otro las rejas de al lado. Fue imposible detener la filtración, llenó una especie de fosa que habíamos hecho, lo curioso es que no se rebalsó y con Bruno nos miramos dándonos por vencidos. De ahí a la inundación de la casa había un paso pequeño, pero entonces sucedió algo inesperado, la Quebrada de Paipote bajo su intensidad, y el chorro por donde mismo había entrado comenzó a salir, como un vórtice y selló su entrada, con Bruno nos miramos y pudimos descansar un momento.

No sé porque lo asocio a esas escenas de películas de extra-terrestres cuando estas a punto de ser descubierto y zafas de la situación. Esa pequeña tregua le dio tiempo a Jessica de preparar un improvisado almuerzo que yo por supuesto no comí, ya que tenía el estómago hecho bolsa. Ahora esperábamos con resignación la Quebrada de Puquios, esa sería otra batalla y había que tener fuerzas para enfrentarla.

Habrán pasado 20 minutos y lo que era una posibilidad se hacía real, otra vez comenzaban a sonar las piedras, y el agua bajaba fuerte, entonces con Jessica nos miramos y tomamos la decisión de abandonar el barco. Juan segura vivió muchos años, dijo Jessica en su tono habitual de templanza en medio de una crisis. Improvisamos una mochila con frazadas, algunos víveres, linternas, agua oxigenada, alcohol, zapatos, calcetines, y nos fuimos al cerro donde ya había un contingente de personas considerable. Salir fue difícil, ya que teníamos las entradas obstruidas por el ripio y la arena, tuvimos que desandar lo armado, con la pala logre sacar suficiente barro, para abrir la puerta, aún teníamos unos minutos para poder cruzar hasta el extremo norte de la avenida y lograr llegar a las faldas del cerro. Además, llevamos a nuestras mascotas, una perrita

faldera, y al Ching Chang, perro extremadamente inteligente, pero con una fobia al agua que te la encargo, aun así nuestro valiente y fiel perro nos siguió.

Caminamos yo de la mano con mi hija Mara y una mochila que pesaba demasiado, Jessica se encargó de la perrita, nos fuimos por la orilla afirmándonos de las rejas, el barro hacía imposible avanzar, te chupaba los pies, Marita estaba asustada, debíamos intentar cruzar la calle río piedra barro, pero nuestros vecinos del pasaje nos aconsejaban que volviéramos a casa, que era muy peligroso intentar cruzar, que la corriente podía arrastrar a nuestra hija, y quebrarnos las piernas ya que traía bolones en su corrida.

Estábamos dispuestos a cruzar, había una sogá amarada a unos postes, esa sería nuestra oportunidad, pero cuando ya nos lanzábamos al ataque, un señor ofreció cruzarnos en su camión, subimos y nos dejó del otro lado, donde la corriente era menos fuerte, y el parque del centro no presentaba inundación. Los vecinos del barrio nos observaban, todos ellos estaban afuera de sus casas, como si fuéramos unos actores mal pagados, en una película cuyo guion se estaba escribiendo. El camión se detiene nos bajamos, una manta cae al barro, tratamos de que no se nos quede nada, hasta un paraguas llevamos.

La corriente de la otra calle es intensa, pero se puede cruzar, hay un negocio abierto a provecho de comprar una cajetilla de cigarros, los necesitaremos, aún no sabemos que nos deparará el destino en el cerro que será nuestra casa por una noche. No recuerdo la hora exacta, todo ha pasado como en un sueño que en realidad es una pesadilla. Entramos a un pasaje la gente lucha para que no les entre el barro, ya hay olor a alcantarillado, antes solo era olor fuerte de lodo y esa mezcla rara con minerales y agua, un señor nos dice que para subir el cerro debemos seguir por esa calle hasta el final. La gente nos mira como bichos raros, caminamos, hay hoyos, Mara muy valiente y con el espíritu aun en alto me pregunta cosas, ella siempre está

haciendo preguntas, yo voy guiando, los demás me siguen, hay hoyos y el lodo ya nos llega a las rodillas. Me pregunto si la decisión de irnos al cerro es la más acertada, muchos se quedan en sus casas, defendiendo sus cosas, en fin, llegamos a la ladera del cerro, tenemos que pasar un último obstáculo, un señor nos ayuda a cruzar el fango, cada vez es más difícil desplazarse, al final todos logramos cruzar una calle perpendicular al pasaje, el tiempo se relativiza cada vez más. Buscamos algún camino para subir, ya nos quedan pocas horas de luz, y nuestras fuerzas comienzan a agotarse.

Llegamos a una pequeña cumbre, Mara, Jessica, Bruno, Ching Chang, y Blanca Nieve, prácticamente toda la familia, el gato se quedó en casa, él puede volar por los tejados, nosotros no. Somos seres que aún reptan por el mundo. Arriba ya hay varias familias con carpas, frazadas, más animales, y preparan una fogata, buscamos un lugar donde poner nuestras cosas, tiramos unas mantas y nos cambiamos ropa, sobre todo a la niña. Mis pantalones están muy húmedos, y no tengo calcetines secos, si lo mezclas con mucho viento que corre en la cumbre las condiciones son desfavorables. Los demás han logrado abrigarse de algún modo, yo tengo demasiado frío en los pies, me estoy congelando, hacemos una improvisada fogata con alcohol en una lata de bebida, un invento del bruno, que jamás le dimos demasiado crédito, pero que hoy cobraba una dimisión de sobrevivencia. Hemos fumado una cantidad considerable de cigarros, y tenemos que racionar, la noche es larga, y tememos que se largue a llover, ese sería nuestro peor escenario.

Como ya dije hay varias familias, los chicos duermen, yo y Jessica escuchamos las noticias en la radio a pila que me regaló mi madre, Mario Huerta no ha parado de transmitir desde que salimos de casa, la Radio Nostálgica ha realizado un gran trabajo. Al fin me decido y me acerco a la manada, hay una fogata, ya está oscuro, les ofrezco alcohol para avivar el fuego,

ellos pensaban que era para beber, y por primera vez en todo el día me sorprendo riendo, me dicen que nos arrimemos hacia la fogata, y nos hacen un lado entre dos carpas, despierto a mi gente y les digo que vayamos hacia el fuego. Trasladamos nuestras cosas, una señora se da cuenta que andamos con una niña de 7 años, nos ofrece su carpa para que duerma ella y Jessica, yo con Bruno nos quedamos junto a los demás hombres que vigilamos nuestro cerro.

En el fragor del fuego conversamos cosas, especulamos otras, escuchamos radio, algunos intentan infructuosamente hacer contacto con sus teléfonos celulares, las mujeres que están despiertas quieren ayuda, hay más niños, necesitamos frazadas, pañales, etc. Muchos de ellos perdieron todo, la mayoría de ellos vienen de un pasaje donde el agua tapo todo el primer piso, alcanzaron a salir antes, con sus carpas, incluso nos dan agua caliente, yo pienso lo increíblemente solidaria que es la gente más humilde, lo han perdido todo, y aun así nos ofrecen lo poco que les queda, simplemente admirable. Días después de lo ocurrido yo iría a devolverles la mano con ayuda en comida y en lo que necesitaran.

Ya no se ve nada, escucho algunos gritos de perros que sucumben al lodo, desde aquí logramos ver la Quebrada de Paipote y el ramal que ha inundado a Llanos I y parte del II, básicamente un badén por donde pasan los autos hacia Paipote. No es posible que las autoridades no hayan hecho nada por contener la quebrada como Dios manda, los necios subestimaron a la naturaleza, hasta construyeron un Mall donde no debían, y la verdad es que una vez que salgamos de esta contingencia tendremos que exigirles que se hagan cargo de la ineficiencia que han demostrado al planificar nuestra ciudad.

Cada vez baja más agua y con más violencia, sólo se escucha el agua, la mayoría de la gente está en sus segundos pisos, alumbran con sus linternas de tanto en tanto para ver cuánto ha subido el caudal. Muchos de ellos ya no tienen primer piso,

y mi temor es que la corrida siga creciendo y luego tengamos que ser testigo del sufrimiento y la muerte de personas, entonces hago una oración al Espíritu de la Tierra y del Agua, le pido disculpas, y le imploro su piedad para nuestra gente, esa oración también incluye que no llueva, que como ya dije sería nuestro peor escenario.

Veo una mancha café de lodo que comienza a subir por la falda del cerro, es prácticamente imposible que llegue al nivel de donde nos encontramos, pero todo puede suceder y hay que estar preparado para lo peor, de ser así aún tenemos mucho cerro hacia atrás, de hecho este cerro conecta con el cerro de la Cruz de Paipote, en el cual sabemos por la radio que hay muchas personas también. Incluso se habla de una mujer que está a punto de dar a luz un bebé, Mario Huerta de la Radio Nostálgica hace el contacto para que algunas personas ayuden a esa mujer. Desde Aquí vemos la cruz del cerro, y yo pienso en el Padre Negro, el vidente, como buen franciscano siempre muy conectado con la Pacha Mama, cosa que nosotros hemos perdido, nuestra conexión sagrada con el cosmos, y el devenir de los acontecimientos.

Jessica ha logrado dormir un poco dentro de la carpa, en la fogata hay preocupación por las noticias cada vez más alarmantes, la gente de los callejones está atrapada, ya sabemos que ha desaparecido El Salado y sus alrededores, hemos sido declarada Zona de Catástrofe, la esperanza que llegue la Presidenta nos da cierto respiro, sabemos que el Gobierno está programando un rescate por la mañana, pero es solo eso una pequeña esperanza, por ahora no pueden hacer nada, tendremos que esperar los helicópteros en la madrugada, no sabemos si aún tenemos casa, no se ve nada, media ciudad está sin luz, miramos hacia el oeste y se ve el casino iluminado, sectores altos y el palomar.

A mi teléfono aún le queda algo de carga, y trato de no contestar las llamadas entrantes. Contesto una tipo 12 de la

noche, es el presidente de la Sociedad de Escritores de Chile, Víctor Sáez desde Santiago, me llama eufórico, me pregunta qué necesito, cómo me encuentro, le cuento mi situación, está perplejo, luego se corta la llamada, vuelve a llamar, le contesto, le digo que tengo poca batería que no me llame más, desde Santiago no es mucho lo que puede hacer. Ahora que lo recuerdo me da risa la llamada de la SECH, pero se agradece la preocupación en el momento mismo de la emergencia.

También recibo una llamada de la hermana de Jessica, la Paty, en su habitual tono de armonía, pero con una mezcla de angustia me pregunta cosas, me dice que va ayuda del Gobierno, que llegarán unos helicópteros, que aún hay esperanzas. Todo se vuelve muy nebuloso, me queda muy poca carga; Jessica cambia la emisora, pone Radio Maray, y llama para establecer un contacto, sus colegas inmediatamente pasan la llamada al aire, se escucha un silencio profesional, es la Jessica llamando desde el cerro, y no como reportera, sino como ciudadana afectada y en apuros. Con Mara subimos el volumen, se escucha el eco típico del acoplamiento y Jessica hace un reporte muy detallado de nuestra situación y la de nuestros vecinos, solicitamos ayuda urgente, pero sabemos que la radio solo está conteniendo a la gente, no se puede hacer mucho hasta que amanezca. Le digo esta llamada quedará como un contacto mítico de la periodista que llevas dentro. Ella esboza una sonrisa.

Son horas límites, las personas comienzan a ponerse más nerviosas a medida que escuchan los reportes, entonces llega una noticia tipo 3 de la mañana, ha nacido un bebé en el Cerro de La Cruz, alguien se emociona, la seremi de salud habla en directo, en medio de tanta tragedia una luz de esperanza, creo que todos de alguna manera nos aferramos a esa luz, a esa bebe que nació en medio de la adversidad más dura, más terrible que ha sufrido Atacama, para todos fue como un alivio saber que había nacido sin complicaciones.

Por primera vez intento dormir un poco, estoy muy callado, como en estado de meditación, aun continuó mis oraciones internas, y de tanto en tanto le hablo al espíritu del agua, le doy las gracias por hacerse presente, pero que ya es bastante; unas estrellas en el firmamento me alivian la angustia de que vuelva a llover, las nubes negras y las estrellas juntas por el cielo, las miro, hace mucho frío, los vecinos me ofrecen un café, me abrigo, avanza la noche ya son las 5 am; y no sabemos si cuando amanezca tendremos casa, es la mayor preocupación por ahora, sin embargo cuando decidimos salir ya habíamos dejado atrás nuestras cosas, nuestros libros y pertenencias materiales, aún estábamos vivos y lo que aparezca tendremos que enfrentarlo con igual capacidad de desprendimiento.

Ha sonado toda la noche el agua y el barro, el rodar y rodar de piedras, un sonido incesante que quedará grabado en mi memoria como el sonido de una naturaleza que nos ha golpeado duro como duro la hemos dañado todos estos años a su existencia. La tierra está viva y nosotros somos apenas un eslabón en su curso.

Por fin llega la madrugada, poco a poco comenzamos a ver la magnitud de la catástrofe, casi todo está inundado, pero aún vemos nuestra casa, resistió estoica la embestida. Por fin vemos las nítidas las caras de nuestros vecinos, lo han perdido todo, pero son las personas más hermosas y mágicas que jamás haya conocido, bajamos el cerro con la angustia de llegar y ver nuestros daños, los materiales, los otros ya viven en nosotros. La fogata aún calienta nuestros cuerpos, sigue encendida gracias a la fe y el tesón de personas que jamás se rinden; nos espera una larga jornada de reparación y también de reflexión sobre la vida.

Un niño rescatado en el mar

Por Omar Monroy

El catastrófico aluvión acaecido el 25 de marzo del 2015 arrastró casas, camiones, buses, maquinarias, animales y un sin fin de escombros, convirtiéndose en pocos minutos en terribles imágenes que permanecerán perpetuas en las retinas de los habitantes del puerto de Chañaral.

En las furibundas aguas que rodaban por la quebrada de El Salado, varias personas lucharon desesperadamente por sus vidas. Un joven se aferró durante cinco horas en la copa de una palmera en la avenida “Diego de Almeyda”. Otro vecino trató de sujetarse en los resbaladizos y fangosos terraplenes de la Ruta 5, sin conseguirlo, siendo llevado a una mortal cascada marina donde desapareció junto a camiones, restos de viviendas, casas rodantes del circo ruso, un bus de dos pisos, animales y diversos tipos de vehículos y materiales.

Las penosas vivencias que sufrieron los pobladores en ese aciago día fueron incontables. Uno de los testimonios más conmovedores fue el rescate de un niño en el mar. Textualmente transcribo las palabras de un camionero que corrió hacia unos peñascos, gritando lloroso:

“¡Mira!, ¡Mira!”, —al divisar a un niño aferrado a un roque-río en el teñido océano lodoso—, “¡Sube hijo!, ¡Qué alegría!, ¡Sigue subiendo hijo!, —voceaba angustiado—, ¡Qué bien, conchatuma...!, ¡Quédate arriba hijo!, ¡Eso es!, ¡Sube y quédate arriba hijo!”, gritaba desesperado el acongojado hombre...

El pequeño logró subirse a una roca que sobresalía en medio del mar. Era Guillermo Carrasco, de 10 años, quien fue arrastrado por el alud junto a su hermano menor Benjamín y sus padres. El grupo familiar se encontraba en su casa ubicada

en la avenida Costanera, cuando la gigantesca y destructiva oleada inundó su hogar.

La angustiada madre al ser arrastrada por el aluvión clamaba desesperada por sus hijos, pidiéndole a Dios por su salvación. Arriba de los techos los sobrevivientes de la hecatombe observaban impotentes esas desoladas imágenes, cayéndoseles por sus rostros amargas lágrimas. ¡Nada podían hacer para ayudarlos!

A punto de sucumbir en las turbulentas aguas, la abatida señora fue salvada por un intrépido joven que osadamente se lanzó al torrente desde el techo de la Biblioteca Pública, nadando unos cien metros hasta el costado del ex local de “Lipigas”. La afligida mujer se asió a un pie de don René Salfate, quien a la vez se sujetó en la estropeada armazón de ese edificio. El épico mocetón nadó en dos ocasiones más para salvar a otros dos pobladores, trasladándolos hasta la techumbre del inundado centro bibliográfico.

Por otro lado, el padre de esa familia, Huber Carrasco, había logrado aferrarse a una estructura del terminal Tur Bus, permaneciendo cabizbajo en ese lugar durante toda la tarde. Desconocía el destino de su esposa y de sus dos hijos que habían sido arrastrados por la avalancha y absorbidos por el socavón horadado en la Ruta 5, que se transformó en una catarata que succionó todo tipo de maquinarias y residuos.

En el rescate del niño intervinieron personas que merecen ser reconocidos por su valentía en las páginas de la historia local. El primer héroe que se atrevió a cruzar hacia la roca rodeada por las aguas oceánicas, fue el Cabo de Carabineros Javier Silva Poblete, quien atravesó gateando por encima de escombros amontonados que flotaban en el mar. El valiente servidor público brindó las primeras atenciones al choqueado infante que inconsolablemente lloraba, preguntando por sus padres y hermano.

Él, milagrosamente se había salvado, pero su hermanito de ocho años, Benjamín, murió, siendo localizado días después en el sector del “Caleuche”.

Para el salvamento fue necesario realizar arriesgadas maniobras lideradas por el entonces Capitán de Puerto, David Sierra Farías, quien solicitó el apoyo del capitán del remolcador “Manutara” con el fin de contar con una espía —cordel de 120 metros de largo— que luego el cabo Silva fijó en el extremo más alto del risco.

La acertada medida dispuesta por el capitán Sierra, dio mayor seguridad y éxito en la labor de rescate, pero justo en ese instante el mar comenzó a agitarse furiosamente. Enormes olas golpeaban la roca donde se encontraba el niño y el carabinero, imposibilitando el salvataje.

El nuevo escenario complicó las tareas concertadas, por lo que se dispuso la participación de otro voluntario para el salvamento, ofreciéndose el Cabo 2° L, de la dotación de la Capitanía, Yimmy Ancar Luarte, quien, afirmado con un arnés de seguridad cruzó con el impulso de sus manos y pies por el cordel o espía. El silencio en ese momento fue tétrico, pero alguien gritó: ¡Arriba Naval!, siendo avivado de inmediato por voces que lo animaban entusiastas. Júbilo que se incrementó cuando en la arriesgada travesía un madero que flotaba golpeó las espaldas del heroico cabo de la Marina. Los vítores eran apoteósicos cuando arribó al promontorio sacudido por la marejada.

El arrojado rescate se realizó con éxito, ante la expectación de los testigos. El primero que pasó desde la roca al borde de la costa fue el Cabo de Carabineros Javier Silva. A continuación, se evacuó al niño y al Cabo 2° L. Yimmy Ancar en salvavidas circulares puestos en la espía. El cabo Ancar, se sentó de frente a Guillermo, hablándole y animándolo en el trayecto para que no se asustara por el golpe de las olas, mientras eran jalados por personas que se hallaban en tierra.

El capitán David Sierra, relató posteriormente este salvamento, escribiendo que “al arribar a la zona segura estallaron los aplausos. La alegría de tener en tierra firme al menor es difícil de describir. Ahí supimos que se trataba de Guillermo Carrasco. Inmediatamente fue derivado al Hospital de Chañaral para comprobar su estado de hipotermia.” El oficial agregó que “lo vivido en esas horas de angustia, pero con un resultado positivo, es el producto de tantas jornadas de formación y desvelo que tuvieron con nosotros nuestros instructores en la Escuela Naval y en la Escuela de Grumetes.”

Esta dramática historia que concluyó con emocionadas lágrimas por su feliz final, perdurará por siempre en la memoria del puerto de Chañaral. Para los valientes protagonistas de este suceso en el que se salvó la vida de un inocente niño, vaya nuestro fraterno reconocimiento y admiración.

Testimonios

Los siguientes relatos fueron escritos por personas que viven en la zona cero y que participaron de la experiencia de un taller literario realizado en el centro cultural “Apacheta” de la “Fundación Ser Humano”, que funciona en el sector, y que nos permitió durante un par de meses juntarnos cada martes a hablar del aluvión, de las experiencias, compartir sus historias y dos de ellas se atrevieron a escribirlas para compartirlas en este libro.

“Era ver la película del Titanic”

Por Flora Flores

Todo comenzó una noche que comenzó a llover, y todo era truenos y relámpagos, mucha bulla en los techos. Entré a mi pieza y saqué la cámara para ver si tomaba unas fotos, pero no pude porque no tenía carga. Me dijo mi esposo, Sergio, “ven a acostarte” porque hacía mucho frío y caían unos goterones muy grandes.

Nos acostamos, pero con mucho susto, y nos salimos tipo seis de la mañana pensando que podría venirse la defensa, llegamos a un albergue que está en la Fundición Paipote, nos juntamos muchas personas que estaban igual que nosotras, pero ahí donde estábamos no había nada, ni siquiera una tacita de té, tiritábamos de frío porque arrancamos con lo puesto.

Nos regresamos a nuestro hogar porque hasta entonces no pasaba nada, sólo mucho susto, comimos algo y nos acostamos, pero a las once de la mañana, gritaban los carabineros en la calle que evacuaran las casas, porque se venía la defensa con olas de 7 u 8 metros, gritaban los carabineros que todos salieran. Esas olas eran como una garra gigante, ellos corrieron y se perdieron por la calle.

Gritos se escuchaban por doquier, al frente, al lado, venía gente subiéndose a los techos, yo le ayudaba a mi esposo junto con mi nieta Makarena, y mi bisnieta Antonella de dos años, la pusimos en la parte del living y ella lloraba mucho, sacábamos de la cama frazadas y todo lo que podíamos porque queríamos tapar el agua que se nos entraba por todos lados, ya estábamos con el barro hasta los hombros y mi bisnieta gritaba, fui a verla y ella estaba nadando y dándose vuelta en remolino. Lo que vi era como en la película del Titanic, todo giraba dentro de

mi casa, los muebles. Mi esposo me gritó “Negra, ya no luches contra el barro, lo único que podemos hacer es salvarnos”. El agua era un torrente, botó la puerta de atrás y entró con mucha furia, llevándose todo por delante.

Los vecinos nos gritaban que nos salváramos, mi esposo tomó a la niña pequeña y la dejó arriba, en el techo de la casa del vecino, y todavía llovía, estábamos embarradas completas, y ella también, hasta sus zapatos. Nos subimos las tres, mi nieta y yo, con ayuda de mi marido, pero él ya no tenía fuerzas para subir, estaba agotado, solamente atinó a agarrarse de la reja, yo de arriba del techo veía que el agua se lo llevaba y lo único que distinguía eran sus pies flotando sobre el agua. Los vecinos gritaban “sálvense vecino”. Todos gritaban.

Esto fue muy duro, nos quedamos sin nada y con mucho barro. A mi esposo, una pandereta le pasó por las piernas.

Después de tres horas nos sacaron de arriba del techo en una retroexcavadora. Llegamos a la escuela llorando mucho. Una señora corrió a darnos una toalla para limpiarnos el barro. Cuál sería la sorpresa al descubrir que ahí también estaban mis hermanas Norma, Lupa y María, todas ellas sin casa, al igual que yo.

En la actualidad vivo en una casa de emergencia donde no tengo donde moverme, pero estamos más unidos que nunca con mi esposo. Mi nieta Maka tuvo que irse con Antonella a vivir con su mamá.

La casita de madera

Thelma Gómez Komori

Con el aluvión, perdí la casita de madera que hasta hoy no la han sacado. Fue muy doloroso ver todo perdido, todo lo que uno atesora durante 50 años de sacrificio comprando sus cosas, y que en unos pocos minutos se los lleve el barro. Ese día, el 25 de marzo, quedó grabado en mí, y en cada persona que lo vivió, niños, ancianos.

Nosotros salimos por el patio de la vecina Nancy, y a Dios gracias que hay un pasaje, nos fuimos a la casa de mi hija Yesika, que tiene un segundo piso, en la mañana volvimos a casa, como a las 8:00, la casa sólo tenía agua en su interior. Comenzábamos la limpieza. Pero como a las once de la mañana empieza a subir el agua, mis hijas comenzaron a gritar para que saliéramos, yo estaba en mi pieza orando a mi Corazón de Jesús, pidiéndole que cuidara mi casa, tuve que salir y nos subimos al furgón y a los 10 minutos ya el barro no dejó nada del Paipote antiguo, hecho de casitas de barro.

Volvimos como a los tres días, teníamos que andar a pies pelados. Lloré mucho, pienso que fue la primera vez, gracias a Dios.

Me dije que con la fe y la esperanza que tengo, todo comienza de nuevo, y Jesús me ayuda a cada instante, te doy gracias amigo, siempre estás a mi lado en todos estos meses de espera que hemos vivido.



Diego de Almagro, fotografía Sonia Flores.



Zona Cero, Paipote. Fotografía Jessica Acuña.



Centro de Copiapó. Jessica Acuña.



Memorial A Alvaro Plaza en Diego de Almagro.



Tecito con Kathy, Llanos de Ollantay.



Jardín con ruedas, Llanos de Ollantay.

Índice

Introducción	7
Voces de barro	11
Campamento La Campana	13
Mi vecina la defensa	19
Olas de barro	30
La niña del cerro.....	35
Zona cero, zona roja	43
El sueño de Sonia	58
Tecito con Kathy y sus vecinos.....	64
Esa historia que me contaron tantas veces	80
El banco nunca pierde.....	84
En el Hospital Regional.....	91
Retroexcavadora al rescate	99
La búsqueda interminable de Álvaro Plaza	104
Transmitir, aunque un aluvión se lleve la radio	112
Tres fugas y un aislamiento.....	117
Miradas de la tragedia	127
La vida en tres kilómetros	129
Atacama: zona de sacrificio o castigo.....	142
Una noche en el cerro.....	154
Un niño rescatado en el mar	163
Testimonios	167
“Era ver la película del Titanic”	169
La casita de madera	171

